ACTO ACADÉMICO

CELEBRADO POR LA

UNIVERSIDAD GRANATENSE

EN CONMEMORACIÓN

DEL

TERCER CENTENARIO DE LA MUERTE

DEL

V. P. M. FRAY LUIS DE GRANADA.

GRANADA.
IMPRENTA DE INDALECIO VENTURA.
1889

AL VENERABLE PADRE MAESTRO

FRAY LUIS DE GRANADA

EN EL CCC ANIVERSARIO DE SU MUERTE.

LA UNIVERSIDAD LITERARIA.

EL TERCER CENTENARIO DEL FALLECIMIENTO

DE

FRAY LUIS DE GRANADA

CONMEMORADO

POR ESTA UNIVERSIDAD LITERARIA

EN SESIÓN PÚBLICA Y SOLEMNE

CELEBRADA EN 1.º DE ENERO DE 1889.

I.

La Universidad de Granada ha considerado siempre como medios fecundos de enseñanza y generoso estímulo para maestros y discípulos, todos aquellos actos públicos y solemnes que tienen por elevado objeto el recuerdo y glorificación de los grandes hombres; y, primera y principalmente, por natural legítimo sentimiento de patriotismo, todo homenaje rendido á la memoria de los excelsos varones que hayan sido gloria y regocijo de las ciencias y de las letras españolas.

Habiendo adoptado, pues, el Excmo. Ayuntamiento de esta siempre culta ciudad de Granada la feliz resolución de conmemorar, en 1888, y con la debida pompa, el tercer Centenario de la muerte de su hijo, cien veces ilustre, el V. P. Maestro Fray Luis de Granada, honor de la sagrada Orden de los dominicos, astro de primera magnitud en la brillante pleyade de escritores del glorioso siglo de oro de nuestra literatura, y orador elocuentísimo, y teólogo profundo, y en todos conceptos varón de santa virtud ejemplarísima, no podía suceder que nuestra Universidad, en fundada opinión *alma mater* del ilustre religioso, dejara por su parte de secundar pensamiento tan elevado y digno

de encomio; y así aconteció, en efecto, apresurándose á ofrecer como parte de los públicos honores que, con tal motivo se tributaran al egregio escritor granadino, un solemne acto académico celebrado en los términos y forma que acordara su Claustro de profesores.

II.

En Junta general del Claustro universitario, celebrada en 13 de Octubre de 1888, quedó efectivamente acordado, por voto unánime, celebrar una extraordinaria sesión literaria en honra del sabio dominico, y nombrada una comisión de profesores de todas las Facultades con el especial encargo de organizarla.

Esta comisión organizadora del festejo académico, compuesta de los Sres. Doctores Cueto, Eguílaz, González Garbín, Perales, Alonso, Vieytes y Torres Campos, se reunió inmediatamente; y, después de detenida deliberación, acordó proponer al rectorado y al claustro: Que la solemnidad literaria se celebrara, en el día siguiente al del Centenario, en el Paraninfo de la Universidad y previa invitación al Claustro general universitario y de doctores, á los demás Institutos docentes de la Capital, al cuerpo escolar y á las autoridades y corporaciones literarias, científicas y artísticas de esta ciudad, y á cuantas personas en ella se distinguen por su amor á las letras; que se pronunciara una alocución ó breve discurso de apertura de la sesión, explicando el elevado objeto y significación de la misma, el cual correspondía naturalmente al digno Sr. Rector, y otro discurso crítico-literario acerca del eminente escritor en cuyo honor se iba á celebrar el acto, que debería encargarse á un catedrático de la Facultad de Letras; y, por último, propuso que solemnemente se coronara un busto del ilustre religioso, que debería ejecutar uno de los artistas más reputados; y que se amenizara la sesión con la recitación de un himno y de adecuadas composiciones poéticas y musicales.

III.

Aceptado este programa, en el día 1.º de Enero de 1889 se reunió en el Paraninfo de esta Universidad el Claustro general de catedráticos y doctores, previa invitación del Excmo. é Ilmo. Sr. Rector, y con asistencia del Excelentísimo é Ilmo. Sr. Arzobispo de esta diócesis, del Ilustrísimo Sr. D. Felipe Sánchez Román, consejero de Instrucción pública, del R. Padre Provincial de la Orden de los dominicos, Fray Juan Vicente Fernández, último resto de la comunidad de Santa Cruz; de los RR. PP. Fray Paulino Alvarez, del convento de Palencia, y Fray Justo Cuervo, Rector del colegio de Vergara é iniciador del Centenario, de representantes de todas las corporaciones oficiales de la población, de los Sres. Diputados y Senadores residentes en la misma, de multitud de damas distinguidas, de numerosos estudiantes de todas las escuelas y facultades y de todo lo más selecto de la sociedad granadina: en cuya brillante concurrencia se notaba claramente el entusiasmo con que había acudido á solemnizar con su presencia el acto importantísimo que se iba á celebrar.

El gran salón de actos hallábase espléndidamente decorado, figurando en la presidencia de honor,—sobre un pedestal cubierto por magnífico paño de terciopelo rojo con el escudo imperial universitario bordado en oro,—un precioso *busto de Luis de Granada,* obra del notable profesor de la Escuela de Bellas Artes D. Francisco Morales.

Después de haberse ejecutado por escogida orquesta y con gran perfección el scherzo, adagio y final de un *Cuarteto en mi menor* del reputado maestro D. Francisco Vila, se inauguró la sesión leyendo el Excmo. Sr. Rector un breve y sentido discurso en loor del insigne religioso de la Orden de Predicadores á quien con tan legítimo entusiasmo glorificaba en aquellos días su patria reconocida; y después de terminada esta alocución, que fué oída con verdadera

conmoción por el escogido auditorio, colocó el respetable Jefe de la escuela, bajo el busto del escritor insigne, una hermosa corona de laurel, entonándose en el mismo solemne momento, por el orfeón del Centro Artístico, un magnífico himno con música y letra compuestas por el citado maestro señor Vila y por el conocido vate Sr. Jiménez Campaña.

Subió seguidamente á la tribuna el docto catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras, D. Fernando Brieva y Salvatierra, y dió lectura á un elegante y eruditísimo discurso analítico-crítico acerca de la vida y obras del eminente escritor granadino conmemorado en aquel acto solemne, cuya profunda disertación fué oída por el público con gratísima complacencia.

Ejecutáronse después varias hermosas piezas de música clásica de los siglos XVI, XVII y XVIII, de los maestros Frescobaldi, Couperin, Romeau y Haendel; y seguidamente el Excmo. Sr. Arzobispo usó de la palabra para ensalzar en una breve y elocuente plática la religiosidad y virtudes del varón insigne á quien rendía tan espléndido homenaje la Universidad, dirigiendo á ésta afectuosísimas alabanzas, como hijo que se gloriaba de haber pertenecido á ella; y significando, por último, á todos, á maestros y discípulos y al distinguido auditorio, la profunda satisfacción con que había presidido aquella solemnidad, celebrada por la que consideraba una de las más venerandas escuelas españolas y en honra y prez del primero y más célebre de sus hijos.

Con lo que terminó el suntuoso acto del que quedará recuerdo perenne y gratísimo en nuestra egregia Universidad literaria.

El Secretario general de la Universidad,

Ldo. Manuel de Lacalle.

DISCURSO

QUE PARA INAUGURAR

LA SESIÓN LITERARIA DE LA UNIVERSIDAD

EN HONOR DEL

V. P. M. FRAY LUIS DE GRANADA,

LEYÓ EL EXCMO. É ILMO. SR. RECTOR

DR. D. SANTIAGO LÓPEZ ARGÜETA.

Excelentísimos Señores;

Señoras; Señores:

I.

VERIFICADA la célebre conquista de esta bella ciudad de Granada, último refugio de la secta mahometana, hecho glorioso que tuvo efecto en Enero de 1492, por el heróico esfuerzo de los ínclitos Reyes D. Fernando V de Aragón y D.ª Isabel I de Castilla, cuyos restos humanos conserva Granada con religioso respeto; acudieron á esta ciudad, en demanda de ocupación y por gozar de algunos privilegios, muchos habitantes de otras provincias. Entre éstos, lo fué Juan de Sarria, que tomó su apellido del pueblo de su naturaleza en Galicia; estaba casado, y tuvo un hijo que fué bautizado en la parroquia de San Cecilio en el año de 1504 con el nombre de Luis, y por el apellido de su padre se llamó por algunos años Luis de Sarria. Á la edad de cinco quedó este niño huérfano, por el fallecimiento de su padre; y su buena madre, sin recursos, se vió obligada para atender á su manutención y á la de su hijo, á trabajar en una panadería y en el lavado de ropas del convento de la Orden de Santo Domingo, establecida ya en Granada con el título de la Santa Cruz. La falta ó escasez de trabajo, obligó muchas veces á esta familia á recibir la limosna que, del alimento sobrante, se repartía en aquel convento.

En tan angustiosa situación y tal desamparo, pasó su primera infancia el niño Luis, que por altos designios de la Providencia Divina había de llegar á adquirir tan glorioso renombre.

Un incidente, que bien pudo contribuir á agravar su triste situación, fué por el contrario la base de su engrandecimiento. Disputaba y reñía Luis con otro chico, un día, en las inmediaciones de la casa que habitaba el célebre conde de Tendilla, el cual presenció la contienda, y habiéndolo llamado para enterarse del motivo, se expresó Luis con tal elocuencia, explicando el hecho y disculpándose, que consiguió simpatizar con aquél ilustre personaje, y calculando éste, con sobrada razón, que el talento y disposiciones naturales debían cultivarse, dió encargo á uno de sus servidores para que hiciese las averiguaciones convenientes respecto á este niño y se encargase de su educación.

Admitido como sirviente en la casa del Conde, justificada que fué su índole y su conducta, acompañaba á los hijos de este señor á sus estudios, y utilizando sus libros y la enseñanza de los maestros de aquellos, fué desarrollándose aquella inteligencia, que había de dar después tan prodigiosos frutos.

Desempeñó también, por algún tiempo, el modesto cargo de acólito de la Real Capilla de esta ciudad, y el contacto con tantos ilustres sacerdotes, su cariño á los PP. Dominicos, que habían socorrido muchas veces las necesidades de su pobre madre y las suyas, y más que todo una vocación, que acaso no se sabe explicar, decidieron á Luis de Sarria á pedir á aquella Comunidad el hábito de Santo Domingo en el año de 1524. Atendida su súplica, hizo su profesión en el día 15 de Junio de 1525, á los 21 años de edad.

II.

ARRAR su aplicación y sus adelantos, su austeridad, compartiendo su ración diaria con su pobre madre, hablar de sus virtudes y su humildad, del concepto que por su elocuencia, sus trabajos literarios y los servicios prestados á la religión y á la moral, en la dilatada vida de 84 años que la Providencia Divina concedió á tan célebre patricio, no es de mi incumbencia en este acto, siendo además tarea superior á mis pobres recursos. Me permitiré sólo decir, que por sus méritos fué distinguido, consultado y respetado por todos los sabios de su época, de los más altos potentados y de los soberanos de España y Portugal, los cuales se honraban visitándole en su más que modesta celda; que, siempre humilde, rehusó mitras y el capelo que repetidas veces le fueron ofrecidos; y que su muerte, ocurrida en el día 31 de Diciembre de 1588 (en el día de ayer cumplió su tercer centenario), fué sentida universalmente, y su cadáver honrado como debió serlo.

Ejemplo admirable que no debe jamás olvidarse. No son siempre la dorada cuna, los ilustres blasones, las riquezas, la elevada posición social, ni la ciega fortuna, elementos bastantes para hacer á los individuos que los poseen dignos de gloriosa memoria. El talento, el estudio, las virtudes, la humildad, los servicios prestados á la moral, á la humanidad y á la patria, son muchas veces los más preciados dones que tejen la corona de la inmortalidad.

III.

Hay un período de la vida del P. Maestro Fray Luis, que comprende, según uno de sus historiadores, más de diez años, desde que salió del colegio de San Gregorio de Valladolid, en el que tomó el nombre de Fray Luis de Granada, por su nacimiento en esta ciudad, hasta que por mandato del General de la Orden de Santo Domingo, pasó nuestro célebre granadino á reedificar el convento que con el título de Escala-cœli fundó otro honorable dominicano, el Maestro Fray Álvaro de Córdoba, en su misma provincia, por los años 1400. En este tiempo que permaneció en Granada nuestro héroe, se dedicó á la predicación y á la enseñanza, ocupación honrosa de la Orden dominicana. ¿En qué Universidades de toda Europa, no fueron los principales catedráticos hijos de Santo Domingo? pregunta un historiador. Parece, pues, probable, y aun pudiéramos decir cierto, que desempeñó una cátedra de Theología en la Universidad de Granada el P. Fray Luis, si hemos de dar crédito á lo que se consigna en la Historia de este establecimiento, de fecha reciente, y en Memorias universitarias más antiguas. No es presumible que así se hubiera hecho constar, sin registrar documento de su archivo, que no nos ha sido dado compulsar, porque desgraciadamente se consumieron ó inutilizaron libros correspondientes á aquella fecha por un incendio en el archivo en época no remota. En apoyo de la posibilidad que dejamos consignada, aduciremos el dato de que hasta la extinción de las Órdenes regulares, y mientras permaneció el estudio de la Sagrada Theología en esta Universidad, formaron parte del claustro de doctores de aquella Facultad, religiosos de Santo Domingo, de lo cual puedo certificar, como alumno de este

centro literario, y por haber desempeñado interinamente la Secretaría del mismo, hace ya muchos años.

Empero aun cuando así no fuese, lo cual no parece probable por las razones expuestas; aunque no cupiese á este ilustre cuerpo literario contar entre sus gloriosos timbres el de haber pertenecido al mismo, como alumno ó profesor, el celebérrimo Maestro Fray Luis de Granada, no por eso estaría menos obligada la Universidad á tributar el homenaje de su admiración y respeto á tan ínclito varón, por que Fray Luis fué hijo de Granada y ha sido y será una de las mayores glorias de esta ciudad y de España, no ya solo por su celo apostólico, su piedad, humildad y virtudes, cuya entidad y valimiento no son competentes para apreciar los profanos, sino también, y muy especialmente, por su ciencia, elocuencia y mérito literario, que juzgado en todas sus esferas, fué asombro de su siglo y los posteriores.

Véanse, pues, los títulos honrosos que puede ostentar el R. P. Maestro Fray Luis de Granada para la veneración pública. Por eso, sus obras literarias, que sería prolijo enumerar, están traducidas en todos los idiomas conocidos, y son admiradas y respetadas hasta por los que no profesan la religión católica.

Tales y tantos motivos, imponían á esta Universidad, aun cuando no hubiera precedido la iniciativa que tanto honra al Excmo. Ayuntamiento de esta capital, el deber, que con grande satisfacción cumple este centro literario, de conmemorar con un acto académico solemne á quien fué honra y gloria de Granada, de España y del Orbe entero.

IV.

STE ilustre claustro ha acordado que como prueba de su admiración y respeto al eminente hijo de Granada, Venerable Maestro Fray Luis, cuyo busto preside este acto, y antes de la lectura de un trabajo crítico-bibliográfico, encomendado á un competente é ilustrado catedrático de esta escuela, coloque en aquel busto el laurel de gloria, que con tanta justicia mereció el héroe á quien conmemoramos por su ciencia y sus virtudes. Al hacerlo yo así, por el cargo oficial que desempeño, me apena considerar que entre todos los individuos de esta científica corporación mi puesto debe ser el último. Si fuera dable que cual otro Lázaro, Fray Luis resucitase; ó desde el cielo, donde su alma goza de eterna felicidad, presenciase este acto, no repare en la pequeñez del que ejecuta el homenaje, y sí en la grandeza del claustro que lo ordena. Observe también que para mayor solemnidad nos honran con su asistencia las principales y dignísimas Autoridades de la capital, varios religiosos sacerdotes que visten el hábito de Santo Domingo, otras muchas distinguidas personas y damas ilustres, que con sus encantos abrillantan estas reuniones, ostentando todos el respeto y veneración que merece el glorioso granadino Fray Luis de Granada.—He dicho.

DISCURSO

DEL DOCTOR

D. FERNANDO SEGUNDO BRIEVA

DE SALVATIERRA.

U. - GRANADA

Excmos. é Ilmos. Señores,

Dignísima representación de la Orden de Santo Domingo,

Señores:

AQUELLAS frases, nunca excusadas, con que se granjea la voluntad y se hace fuerza suavísima á la justicia, quisiera yo que no viniesen aquí tan de molde, de manera que fuesen obsequio de la cortesía y no tributo rigoroso de la verdad. Porque hablar de Fray Luis de Granada, de aquel portento de virtud, saber y elocuencia, y hablar delante de vosotros, maestros en todo linaje de letras humanas, y hablar yo, pobrísimo de todas ellas, cosa es para poner temor en el ánimo, y que me aconsejara declinar honra tan inmerecida, sino fuera contrabando de soberbia con marchamo de humildad pleitear sobre méritos, regateando así la confesión de que es pura gracia lo recibido. Lo que soy y puedo sabíaislo de ántes: tratar de mostrarlo ahora sonára á presunción de que no estaba tan á las claras que no lo tuviéseis bien sabido. Por ventura con vuestro afecto fué también buena parte á ponerme en este empeño en que me hallo, la consideración de que diamantes de tantos quilates no han menester de orfebre primoroso que los engaste, sino que destellan con lumbres vivísimas aun teniendo por todo joyel los guijarros de mi rudeza y las arenas de mi ignorancia. En mucha obligación me habeis puesto; y más lo es todavía para mí porque reverencio y amo al insigne dominico con amor y reverencia casi de hijo, como quien sirve en aquella milicia, tropa ligera de la egregia orden que fué, es y será lumbre de las ciencias, tizón de toda pes-

tilente herejía, y contraste finísimo donde toda novedad se prueba y aquilata. Quiera el venerable maestro, en aquel sábado perpétuo y luz perdurable, que con piadosa presunción creemos que goza; y donde con la inefable visión que los escolásticos llaman teología de los bienaventurados, contempla faz á faz la Verdad increada; quiera digo, pedir para mí una centella de aquella luz que á él le alumbró, de aquel amor que á él le encendió: que solo así podré decir cosa menos indigna de él y de vosotros.

I.

Nació el Tulio español, que así le aclama el consenso unánime de los sabios, en nuestra Granada, año de 1504. Reinaban entónces para bien de España los Católicos Reyes D. Fernando y D.ª Isabel. Reciente la conquista, el amor de los príncipes á su nueva ciudad traía sobre ella de continuo privilegios y mercedes. Aconsejaba también la política lo que el amor pedía: atraer con el cebo de la ventaja nueva gente que ayudase á poblar la tierra y asegurarla de cualquier intento. Con esto los escasos y desvalidos de otras comarcas acudían con la codicia de mejorarse. Entre tódos, los gallegos, como de suelo más fecundo en hijos que en frutos con que proveerlos, vinieron en grande número. Muchos de los nombres de lugares y patronímicos así lo declaran. De ellos fué un tal de Sarriá más rico de limpieza y enjundia cristianas que de hacienda. Acontecióle lo que á muchos, que donde imaginó encontrar aumentos halló trabajos. Salteóle la muerte luego y dejó á la merced de Dios una mujer viuda sin caudal y un muchacho de pocos años. Las hambres y fríos que madre é hijo pasaron entónces, píntalo de mano maestra nuestro Fray Luis replicando con gracejo humilde á quien le pedia que proveyese á su ancianidad con menos rigoroso trato de su persona. «Padre, yo me crié desnudo, y mi madre con una mantellina más vieja que nuestra capa me cubría;

y ella pobre y yo desarrapado íbamos á la portería de Santo Domingo de Granada con nuestra ollica, y en ella traíamos un poco de caldo y unos mendruguillos de pan con que nos sustentábamos.» Pues con tal afán suplían las ningunas sobras y muchas faltas de las labores mujeriles; y eso que su madre se agarraba á lavar la ropa de los religiosos, y á amasar para el convento; mas con todo ello todas estas adehalas apenas divertían el hambre. De lo cual nos certifica el santo dominico que nunca jamás se corrió de esta humildad y miseria de sus primeros años, sino antes con generoso y cristiano corazón hizo de ellas cuarteles de su ejecutoria. Y cosa singular, señores, y como figura de lo que luego había de ser. Que fuese hijo de una pobre lavandera y amasadora quien con sus ejemplos y con sus palabras encendidas en incendios de caridad tantas lágrimas de penitencia, lavadoras de culpas, había de arrancar; quien con sus escritos admirables tanto pan de vida había de procurar.

Así vivían madre é hijo en aquella pobreza, en el barrio de la Alhambra y por ventura en alguna vivienda donde hoy hacen su habitación gente menesterosa y maleante. Y avínole cierto día en juegos de mozuelos trabarse de palabras con otro tal que él y de las palabras irse á las obras. Acertó á ver la brava pendencia el conde de Tendilla, famoso alcaide de la Alhambra, que estaba á una ventana del palacio: afeóles la acción é hízolos departir. Llegóse Luis á disculparse y con tan concertadas razones lo hizo y tan sin empacho, que el valeroso soldado hubo de ver en el mozuelo vislumbres de grandes cosas. Averiguó la ruindad en que le tenía la miseria, y con liberalidad de príncipe tomóle debajo de su acogimiento. Creció el favor con las buenas trazas que el favorecido se dió á merecerlo; el cual vióse luego paje de la casa del conde y por fin asistente de sus hijos en juegos y estudios que en su compañía bajaba á la ciudad á aprender gramática con un preceptor de humanidades. Presto descubrió sus disposiciones porque en oyendo un sermón; y era muy grande aficionado á oirlos; luego hacía corro de los de su edad y

allí les recitaba de coro cuanto había oído; y con tan gentil arte y gracia y con tales fervores de devoción, que se llevaba de calle el auditorio. Llamábale su inclinación á la iglesia; y como lo humilde de su condición no era para que se le abriesen puertas de par en par sino postigos, no fué poco que en la Capilla Real de acólito hallase acomodo. Allí se encendió más y más en amor á las cosas del cielo y se desasió más de las del mundo; y en resolución, que fueron tan recias las aldabadas que la gracia dió en su alma porque se abriese á vida más perfecta, que él se determinó á renunciar todos los halagos que sus floridos diez y nueve años le brindaban, y hasta á romper los dulcísimos y fortísimos lazos de la sangre y vestir el hábito de los frailes predicadores. Comenzaba entonces su gloriosa carrera el Convento de Santa Cruz, que los Reyes conquistadores habían cuidado de fundar, atentos á que no faltase en este suelo, por siglos esquilmado de la morisma, manantial perenne de buena doctrina que le fecundase. Allí pasó Fray Luis su noviciado, y allí profesó, y allí cursó artes y virtudes. Si con grande aprovechamiento, díganlo los frutos que se siguieron. Era el primero aun en las mínimas obligaciones de su nuevo estado. Partía sus vigilias con la oración y los libros, y con licencia de su prelado la tasada ración de refectorio con su madre: única ayuda que le permitia la pobreza, y traza ingeniosa con que, al elegante decir de su biógrafo Luis Muñoz, cumplía de una vez con dos virtudes: la piedad y la abstinencia.

Por aquellos tiempos estaba poblado el suelo español de universidades, colegios y monasterios donde se daba larga enseñanza. Era entonces España como aquella región que en la Reconquista se llamó Castilla; toda ella sembrada de estos alcázares, fortalezas y rebellines en que se guarecían las ciencias, presidiadas por numerosas compañías que celaban la tierra y la defendían de embestidas de errores y supersticiones. Con esto la ciencia española llegó á la cumbre; y tanto abundó que se esparció por Europa, enriqueciéndola con pepitas de oro purísimo: mal que pese á Rousselot y los suyos, adocenados detractores de nues-

tra cultura, que hoy nos regalan con bisutería literaria; y ¡mala vergüenza! solemos tenerla en tanta estima como los indios de América las baratijas y cuentas de vidrio de nuestros padres. Pues entre aquellos institutos, los colegios mayores (y cada orden religiosa tenía los suyos) eran excelentes gimnasios donde iban á adestrarse los que por selección acendrada eran diputados de cada convento para aprender lo más sublime de las ciencias, y emplearse después en la noble tarea de la enseñanza. Pide este ministerio largo caudal de saber y no corta vocación y educación de la voluntad: que al fin la enseñanza más que carrera ni profesión es casi estado; y no digo sacerdocio porque siento repugnancia invencible por ese estilo de guardarropía pedantesco y estrafalario con que se fantasean iglesias y comuniones, que no son la de los santos, sino embelecos pietistas á lo divino para cosas, que como diría nuestro Cervantes, todo lo tienen de humano. Y volviendo al propósito, que la orden de Santo Domingo por su provincia de Castilla tenía el famoso Colegio de S. Gregorio de Valladolid: famoso por su fundador, el insigne D. Fray Alonso de Burgos; famoso por su fábrica, donde en gallardo alarde el ojival y el plateresco ostentan sus más finos primores; y por sus maestros famosísimo, pues según elegantemente dice el biógrafo citado, «era el mayor taller de hombres doctos que tenían las religiones.» Á esta escuela envió al corista Fray Luis el Convento de Santa Cruz, proveyendo en él una beca de dos que tenía, por voto unánime de los padres electores. Notable honra ver así levantado el humilde hijo de una desvalida, allí donde en bendita y no voceada igualdad, no había otra nobleza sino la que los propios méritos se aquistan; y ni el poder con sus fueros desapoderados, ni el interés con sus torcidas mañas podían cosa con los electores; de los cuales bien se pudiera decir lo que el insigne dominico de Fray Bartolomé de los Mártires «que eran muy libres en votar como hombres que tenían á Dios en su pecho y no tenían ojos para mirar más que á sólo él.»

Curioso sería conocer á la menuda estos años de su vida

de colegial, como que acaso fueron la clave de sucesos que vinieron después. Allí también cursaron Carranza y Melchor Cano; de allí por bandos y piques de escolares salieron sus desabrimientos. ¿Nació entónces en el ánimo un tanto agrio del egregio autor del libro de *Locis Theologicis* algún punto de desafición contra Fray Luis, cuya mansedumbre y dulzura tanto contrastaban con sus arranques? Cosa es esta que hoy no se podrá decidir, mas que no huelga para apuntada. Pero en fin ello es que Fray Luis salió del Colegio con más ricos esmaltes de virtud y ciencia, y que el nuevo lector leyó filosofía y teología largos años, y con tanto aplauso que al cabo le fué conferido por el General de su orden el grado de Maestro en Teología. Que entónces iban estas honras más por sus pasos y no se arrebataban como ahora; que tal vez á un dos por tres se hace un doctor en mantillas, y de saber en cueros. Á este período de la vida de Fray Luis corresponde su segunda y postrera estancia en Granada: por desgracia oscuro y lleno de lagunas. ¿Puede gloriarse nuestra Escuela de haberle contado en su Claustro? Alguien en nuestros días así lo apunta: los fundamentos de su afirmación se desconocen. Que pudo ser, la costumbre de nuestras universidades de que en ellas leyesen filosofía y teología los dominicos, parece que lo abona. Así los del Convento de S. Esteban en Salamanca; así también los de Santa Cruz en la nuestra granadina. Por otra parte blasón de tanta monta hácese duro de creer que estuviese arrumbado y de todos enteramente desconocido. En esta duda queden los autos sobre la mesa para ampliación de probanzas.

No es para los breves términos de un discurso seguir paso tras paso la vida del preclaro dominico. Quede á sus biógrafos esta dulce tarea. Ellos nos le mostrarían evangelizando la tierra natal, renovando en el restaurado Convento de *Scala Cœli* los prodigios de penitencia de Fray Álvaro de Córdoba; admirando en San Lúcar, fundando en Badajoz, leyendo cátedras aquí y allá con universal aplauso, y donde quiera cosechando almas para el cielo. Ellos nos pintarían aquel cuadro sereno de la acendrada amistad

de dos hombres apostólicos; aquella santa comunicación de afectos con su dulce amigo y director el maestro Juan de Ávila. Ellos, aquellas horas de soledad con Dios donde se engendraron dos de las más hermosas obras de tan gran maestro de la vida espiritual: el libro de *La Oración y Meditación* y la incomparable *Guía de pecadores*. Baste á mi propósito decir que Castilla y España se llenaron de su nombre; que de todas partes los más altos solicitaban oirle y comunicarle; y las prensas españolas y las extrañas no daban abasto para tantos como codiciaban aquellas páginas donde toda apacible instrucción espiritual y toda riqueza de saber y toda gallardía de decir habían hallado como su natural asiento.

Florecía por entonces Portugal con una familia de príncipes de la buena cepa de nuestros Reyes Católicos. Nieto suyo era el Infante Cardenal Enrique, Arzobispo de Évora, varón de virtud y celo apostólicos, que á la fama de Fray Luis codició traerle á su diócesis que andaba no poco encizañada. Procuró su intento con vivas instancias, y tanto apretó, que al cabo vino á conseguirlo. Y aquí comienza la segunda faz de la vida del venerable maestro. Creció de punto la admiración de los portugueses luego que vieron de cerca al que ya aplaudían de lejos. Trabajaron por ganarlo para sí con egoismo generoso, y con el buen empeño del Cardenal Infante lográronle del General de la Orden para su provincia de Portugal; y á los pocos años en el Capítulo de 1557 los padres electores le elegían por su Provincial á satisfacción de todos. Cosa que á la verdad, Señores, téngola á portento: que cabildo de portugueses viniera en que los gobernase un castellano. ¿Qué decir ahora de lo que puesta en el candelero aquella luz brilló; de su diligencia incansable; de su prudencia en el consejo; nunca dado sino era pedido, cuando la piadosa reina D.ª Catalina y el desdichado rey D. Sebastián acudían á él en los más árduos negocios de estado? Y con ser lumbre de la corte y alma de su religión en Portugal, y venir á él con tantas consultas y cuidados, y haber de decidir en tan varios negocios, no desfallecía un punto aquel

su afan de apóstol, sino que seguía vertiendo á ríos aquella su elocuencia cristiana de todos los púlpitos de Lisboa; y antes las imprentas europeas se fatigaban de imprimir obras suyas, que él de producirlas. Y en este tráfago del mundo él siempre con Dios á solas; y entre la pompa y boato siempre pobre y humilde; y en palacio como en la celda siempre fraile. Amenazáronle las dignidades y supo huirlas; y cuando la reina viuda D.ª Catalina, buscando un santo para la silla de Braga le rogó y porfió y suplicó que la aceptase, puesto Fray Luis entre su humildad y su conciencia dióle otro santo en el héroe de Trento Fray Bartolomé de los Mártires, con lo cual conciencia y humildad quedaron satisfechas. Siempre pronto á toda causa justa, en aquella brava contienda por la Compañía de Jesús en que se hacían guerra sin cuartel del uno y del otro bando, él fué de los generosos defensores del nuevo famosísimo instituto. «Sabe nuestro Señor» escribía á un jesuita de Lisboa á 31 de Agosto de 1556 «con cuánta pena leí la carta de V. Merced porque no quisiera yo que con tanta costa nuestra creciera el provecho de VV. RR. porque en este negocio no temo el daño de quien padece la injuria sino de quien la hace. Porque bien sé que el estilo de nuestro Señor es hacer dulces las aguas con sal y alumbrar los ojos con barro y sanar las llagas con masa de higos y multiplicar los hijos de Israel con la persecución de Pharaón y el pueblo de los cristianos con la guerra de los tiranos..... Y así me parece que en esto ha de venir á parar esta nueva contradicción, que aunque tira á derribarlos los ha de ser ocasión de andar más humildes, más religiosos, más ejemplares, más cautos y más devotos, y por consiguiente más bien quistos y más bien acreditados del mundo. Y así lo que aquel padre «(Melchor Cano de quien luego hablaremos)» toma por medio para abatirlos, toma Dios por remedio para levantarlos, y más verdad es que él barbecha para VV. RR. que VV. RR. para el Antecristo» etc.

Igual prudencia mostró en aquellos días difíciles de la sucesión á la corona de Portugal. Pues como el maestro Fray Hernando del Castillo, Cronista de la Orden de San-

to Domingo y Calificador del Santo Oficio, hombre de muchos respetos, procurase por instrucciones de Felipe II traerle á este negocio como á varón de tanta autoridad, respondióle con estas razones: «Padre maestro, yo tengo por muy cierto y averiguado que este reino es de S. M. y le pertenece como á legítimo heredero de él; y cuando no me valiera de las razones que para pensarlo así hay, me bastaba saber que un rey tan sabio, tan rico, tan poderoso y tan cristiano y que no tiene necesidad de reinos ajenos, temeroso y amigo de Dios, caminando en todas las cosas con el consejo de hombres doctísimos y virtuosos; en ésta, que es de tan gran importancia, habrá hecho las diligencias que el caso requiere; no pretenderá sino lo que entendiere ser suyo y le pertenece de derecho. Lo que á mí me toca en esta parte es encomendarle á Dios, y eso haré de muy buena voluntad cuanto en mí fuere». Y no se entienda que esto fué responder con buenas palabras por excusarse mostrar una convicción menos firme. Notables son aquellas otras que de *motu proprio* dirigía al rey de España desde Almeirín, cuando todavía estaba en juicio la sucesión de la corona, con motivo de enviarle la edición salmantina de sus obras que le había dedicado: «Ya que tomé atrevimiento para ofrecer á V. M. este tan pobre presente, también lo tomaré para ofrecerle con él mis pobres oraciones, aunque este no es oficio nuevo, porque muchos años ha que lo hago, aunque pobre é indigno sacerdote, puesto que more en otros reinos; los cuales esperamos que presto sean de V. M. para que, así como la fe con su favor se ha dilatado por las partes de Occidente, así se dilate por las de Oriente, y así lo que el demonio ha ganado en la desventurada Alemania, lo pierda en estos nuevos mundos que él hasta agora ha poseido; y no es de maravillar que todos hagan este mesmo oficio, porque quien considerare que Dios escogió á V. M. en estos tiempos tan calamitosos para que fuese defensor de la república cristiana, columna de la fe, muro contra herejes y paganos, vara de la justicia, reformador de las religiones y ejemplo de virtudes, no tenga este cuidado de pedir á Nuestro Señor conserve esta can-

dela, que él nos ha dado, por muchos años». Elogio éste de Felipe II en boca de tal testigo que él sólo vale por muchas detracciones. Porque se ha de notar que en casos de verdad y conciencia nada en lo humano fuera parte con él á poder cosa; según su amigo y valedor el Duque de Alba decía en carta á Zayas, Secretario de Felipe II, á quién los émulos de Fray Luis procuraban hacerle las entrañas pintándosele tibio en su servicio. El cual valentísimo soldado y conquistador de Portugal, escribía: «es el hombre del mundo que está más lejos de las cosas dél, y si él no tuviese por buena la justicia de S. M. mal podría absolver al general de la empresa» (el mismo duque á quién confesaba). Ni dejó de acudir el virtuosísimo religioso con su buen consejo é información en negocio tan árduo como era aquel de la sumisión al Rey de España; y aun propuso expedientes que, á ser acogidos, por ventura hubiesen allanado montañas: bien que acaso en esto le engañaba lo que en hombre de su conciencia podía la fuerza del derecho. Siempre procedió en ley de súbdito leal y de español que, aun fuera de su patria, nunca se olvidó de ella, sino que dulcemente la recordaba en la sentida dedicatoria de sus obras al rey don Felipe, el año 79 cuando aun era vivo el rey D. Enrique de Portugal y la contienda sobre la sucesión no comenzada. Pero como hombre todo de Dios, á quién no parecía bien el religioso fuera de la celda y entrometido en el tráfago de los negocios, y menos en aquellos que traian tal reata de odios y furores, huíalos; y así á quién le preguntaba de punto tan vidrioso, respondía: «yo no soy castellano ni portugués sino fraile de Santo Domingo». Conducta prudentísima, que así la hubieran observado todos los de su tiempo.

Porque era grave por demás el estado de las religiones. Tiene mucho arte la malicia para adornar con afeites la mayor fealdad de modo que parezca hermosa. Á la voz del prior D. Antonio andaban desmandados frailes y clérigos, y los de la Compañía con grande disimulación y astucia. Hacían del púlpito Rostros de donde arengaban al pueblo contra los castellanos, inculcando que pelear contra ellos era pelear contra luteranos, á que todos estaban obligados

pena de pecado mortal; y con este odio luego los mandaban á comulgar vistiéndoselo de virtud. Muchos fueron más allá, porque dejando las palabras por las obras, por campos y ciudades andaban á arcabuzazos. Quiso el Nuncio poner remedio, y prohibió que del asunto de la sucesión hablasen clérigos y religiosos ni en pró ni en contra; pero nada aprovechó: y no faltaron teólogos que predicasen que el precepto no obligaba por ir contra *jus naturale defendendi patriam*. El peligro era grande: pensóse en la reformación de los regulares, negocio que pedía otro tiempo y sosiego. Vino á aumentar el mal, que faltó el Provincial de los Dominicos, y con esto amenazaban las dificultades de una elección. Consultóse á Fray Luis de Granada como de tan probada virtud y autoridad en todo el reino; y él, fraile de su regla más que hombre hecho á navegar los mares de la razón de estado, no tuvo por bueno para la provincia que el legado Riario nombrase Vicario general de ella con aplazamiento de la elección de Provincial. De otro modo se veía el asunto en la Corte y en Lisboa, y así vinieron los desabrimientos. Eran aquellos días como de guerra que más que apóstoles pedían soldados; y aún tal vez á los ojos del recelo la dulzura de condición tomaba color de sediciosa. Como si esto no bastase, luego otra nueva ocasión vino á agriar las voluntades; un Breve del Papa que absolvía del oficio al Vicario Fray Antonio de la Cerda, y nombraba para él á Fray Luis de Granada. Hirió mucho en la Corte la novedad, y que se hubiese hecho á espaldas del Legado. Por su parte Fray Diego de Chaves confesor del Rey, hombre áspero y no muy amigo de Fray Luis, echó leña al fuego mostrando así su desafición á su hermano de hábito. Suponía lo acontecido obra de los amigos y fautores del de Ocrato, que buscaban por aquí la elección del prior de Évora á quien había sustituído el absuelto por el Breve; bajo el cual los frailes «que son grandes hombres en marañas cuando pierden el temor á Dios y á su rey», trabajarían más seguros en sus intentos. Entraba también en la acusación el P. Granada; y como los de la Compañía no fuesen los menos culpados en las revueltas, dábale en rostro con el favor y ayu-

da que les prestó años ántes en su establecimiento: lo cual así era culpa como tenía que ver con lo que se trataba. En cuanto á Fray Luis, en las casi horas de su vicariato, procedió de modo que sus accionesfueron no ya su vindicación sino su elogio. Cometió el Legado la causa al Inquisidor D. Diego de Sóusa. Hízose información; quedó el Breve convencido de subrepticio y falso; el rey satisfecho de la lealtad de Fray Luis, y Fray Luis muy contento de verse sin la pensión de aquella carga y más «sin tener que penitenciar á los delincuentes, que es cosa que nadie querría ver por su casa». ¡Hermosa figura la del insigne dominico defendiendo valientemente la inocencia del prior de Évora Fray Jerónimo Correa, sin que otra voz ninguna se alzase más alta que la voz de lo que él creía en conciencia, y defendiéndose con no menos brío de la prevención y suspicacia de Zayas! Hermosa alma, de la cual escribía el Duque de Alba: «tal bondad y cristiandad no se han visto jamás»; y decía verdad, que sólo de hombre tál es este arranque: «aunque el Breve estuviera mil años en mi mano, nunca me pasára por pensamiento ser posible que religioso falsase letras apostólicas, y que con esto dijese cada día misa». Hermosísima alma, en fín, cuya misericordia andaba tan en proverbio, que el secretario Arceo, lastimándose del inevitable castigo de unos soldados, reos de riña con portugueses, por quien se interesaban todos, escribía: «se hará por ellos la diligencia posible, y no quedará Fray Luis ni teatino que no venga á pedírselos al Duque». De la condición del Venerable Padre tengo todo esto por más propio que el sermón que, á creer á Tamayo, «predicó á los portugueses persuadiéndoles que les estaba bién que Portugal se uniese con Castilla». El estado de las cosas y las prevenciones del Nuncio lo hacen también inverosímil. Duda que sea cierto aquel zahorí de nuestra riqueza literaria, D. Nicolás Antonio; y cuando Tamayo diga que él lo vió, el dicho de este mi ilustre paisano, con pesar mucho, no me convence. Y cuenta que el rey de España, celoso de su autoridad hasta la suspicacia, pero honrador del mérito, tuvo á Fray Luis en singular estima, y cuando pasó á Lisboa luego le visitó;

y nada hay que decir sobre lo dicho, del gran Duque de Alba, que hizo de sus obras espléndida edición auterpiana; cuya conciencia en sus últimos días dirigió; á cuya muerte ejemplarísima asistió; y cuya memoria honró con admirable carta á la duquesa viuda, que es de las más hermosas y valientes páginas que en castellano se han escrito.

Todas estas partes de hombre tan esclarecido granjeáronle el amor y admiración de altos y bajos, grandes y pequeños. Ya hemos visto como le buscaban magnates y reyes. Aquel Juan Andrea Doria, príncipe de la mar, figura de las más simpáticas de este tiempo, de continuo le comunicaba. Así también Santa Teresa de Jesús, así el Venerable Ribera, así el Santo Cardenal Borromeo que le amaba y reverenciaba como á maestro; y por decirlo de una vez, así el Pontífice Gregorio XIII que coronó tan santa vida con Breve preciosísimo donde se leen estas notables palabras: «*Quot enim ex concionibus scriptisque tuis profecerunt (profecisse autem per multos, quotidieque certum est) totidem Christi filios genuisti, longeque illos majori beneficio affecisti, quam si cæcis aspectum, aut mortuis á Deo vitam impetrasses.*» Pues su popularidad universal píntala bien á lo vivo el donoso arbitrio para hacer dinero que su fiel compañero Fray Francisco de Olivera le proponía en ocasión que andaba muy congojado por no tener qué dar á los pobres. «Véngase su paternidad un año por España, Italia y Francia, y llegando á cualquier ciudad y pueblo le encerraré en una casa para que quien le quisiere ver pague primero conforme á su estado y persona, y de esta suerte sacaremos mucho dinero y habrá para dar á los pobres.» ¡Tan popular era y deseado de todos! Sus retratos corrían por todas partes.

Grave tribulación vino á amargar los últimos días del anciano venerable. Por aquellos años la priora de la Anunciada de Lisboa, Sor María de la Visitación, moza, noble y de buen parecer, gozaba de mucha fama de santidad. Decíase por sus aficionados, y eran muchos, que continuo recibía de Dios regaladísimos favores. Había éxtasis y arrobamientos y resplandores extraños y no faltaban las

consabidas llagas en pies, manos y costado, con los demás aparejos beateriles que son de rigor. Tódo embuste y trapacería. El vulgo, como querencioso siempre á tales patrañas, la seguía embobado; pero no todos iban de cándidos, sino que como nos dice Fray Agustín Salucio, hubo en algunos no sólo hipocresía, mas bellaquería. Buscaban hacer capa á los enemigos de Felipe II y los castellanos. Fué lo peor que con el vulgo también se engañaron hombres graves y doctos. Nuestro Fray Luis fué de ellos. Suelen los hombres verdaderos tener cerrados los ojos del alma á lo que es embuste y malicia: hace en ellos oficio de cataratas su misma bondad. El santo anciano tenía también casi del todo nublados los del cuerpo, porque estaba medio ciego; y así fué cosa fácil que no viese lo burdo de aquella tramoya, con que su sencillez y buena fe suscribió con Fray Juan de las Cuevas y Fray Gaspar de Aveiro, confesor de la priora, la información sobre las llagas dándolas por reales y verdaderas. Todo iba viento en popa. La virtud y ciencia del Padre Provincial de Santo Domingo venían á poner marca de oro de ley á aquella moneda falsa. Á dicha estaba allí el fiel contraste de la Inquisición. Dió en el olfato á los Inquisidores que no era olor de santidad aquel que la monja trascendía. Hubo avisos sobre ello de sujetos de gran virtud y oración. El Inquisidor de Portugal, Cardenal Alberto, mandó hacer averiguaciones; y aunque la priora al principio se mantuvo en cuanto propalaba, acabó por confesar que todo era codicia de embaucar incautos. En su vista fué condenada á privación de oficio y de voz activa y pasiva en comunidad con cárcel perpetua en uno de su orden y otras penitencias. Se hizo recoger cuanto de ella se había escrito y pintado. Parece que luego vivió bien. ¡Grande dolor este suceso para Fray Luis de Granada, el más acerbo de su vida! Nadie le inquietó, ni la Inquisición; antes el Cardenal Infante no cedió un punto de la veneración en que tenía su persona. Nadie dudó de su virtud inmaculada; pero él, con el ansia de dar pública satisfacción de lo que juzgaba gravísimo escándalo, con las pocas desmayadas fuerzas que le queda-

ban, escribió aquel maravilloso *Sermón de las caidas públicas* sobre el texto de San Pablo: *Quis infirmatur et ego non infirmor; quis scandalizatur et ego non uror?* ¡Quién pudiera trasladarlo aquí! porque él es tal que fué mucha misericordia de Dios permitir aquella gran caida y escándalo públicos porque se escribiese doctrina tan santa y saludable, por tan asombrosa manera, que para este grave daño no habrá en todos tiempos más eficaz medicina que su lectura. Con este postrer generoso arranque y santa obra acabó su vida. Adoleció á los primeros de Diciembre de 1588, y el 31, ayer hizo trescientos años, se durmió en Dios con duelo universal del mundo. Yace en Lisboa. Para enterrarle, puñal en mano hubo que defender su cuerpo de los asaltos piadosos de la devoción. Porque sus virtudes alcancen de la Iglesia confirmación solemne, claman todos los buenos. Por sus reliquias preciosas suspira su patria España.

II.

De propósito he querido cerrar el cuadro donde en breve boceto se rasguea la vida de Fray Luis de Granada, para hablar de otro punto, que por los dislates que de él se han dicho, capítulo aparte merece. Me refiero á sus cuentas con la Inquisición. Porque esto del Santo Oficio es uno de los topos ó lugares más socorridos de eruditos ayunos, filósofos entre dos luces y políticos á oscuras; los cuales con esta receta y otras como ella hilvanan un discurso ó un libro en menos que hortera enamorado epístola amorosa sobre el Manual de cartas para damas y galanes. Y es lo mejor, que porque en esta nuestra tierra española empeñarse en que arraiguen herejías es barbechar en pedregales, ellos andan tan pobres y menesterosos de glorias propias que sólo viven de lo que hurtan; y así se meten por nuestra historia como en parva comunal que es un alabar á Dios. Burlas á un lado; aunque cosas como ella cuesta

trabajo hablarlas en veras; cierto es que ninguna pluma española y bien nacida puede dejar inulta la bendita memoria de la grande España del siglo que por fallo de justicia llamamos nuestro. Vaya que sectarios y vencidos nos calumnien: hacen su oficio. Algo hay que dejar al desahogo de quienes en recuerdo sienten todavía el escozor de la supremacía española; y cuando está viva aún la obra generosa que salvó la Europa latina de la barbarie protestante, no es sino muy natural que vivan los rencores. Pero que gente nacida bajo este sol español, que nos alumbra, hagan coro al agravio, bajeza es que dá náuseas. Porque el calumniador infame es; pero quien sufre en silencio la calumnia de su madre más infame es; y todavía quien en el cenagal de la calumnia embaza las manos y aquella suciedad arroja al rostro de su madre, ese tal sobre infame vilísimo es.

Todo el episodio pseudo-trágico de la vida del Padre Granada, fantaseado por aquel mal clérigo de Llorente, que recibía soldada de todas las ignominias de su tiempo, (cómo andaba la Inquisición cuando tan legal secretario tenía) propalado por nuestros insipientes de España, y aderezado á la francesa por Rousselot *et alii ejusdem furfuris;* todo aquel episodio, digo, pseudo-trágico y temeroso viene á quedar en la aventura de los batanes. Nada tuvo que ver Fray Luis con la Inquisición, que no le procesó y menos le persiguió, sino por mano del Inquisidor de Portugal el Archiduque Alberto, aun en aquel desventurado lance de la monja milagrera de la Anunciada, le vindicó y le honró. Ni pasó el insigne dominico á Portugal huido del Santo Oficio, sino rogado á sus prelados por el Cardenal Infante D. Enrique, que de esta suerte le hurtó á nuestra España. Honróle, como he dicho, el gran Duque de Alba, honróle y visitóle Felipe II; y bien sabido es que en punto de religión ni uno ni otro toleraban cosa que á cien leguas tuviese asomos de menos limpia, ni conocían amigos sino católicos ó herejes. Verdad que en el Índice de Valdes se mandaban recoger con otros libros las primeras ediciones de la *Guía de Pecadores* y de la *Oración* y *Meditación;* pero como atinadísimamente observa el Sr. Menéndez Pe-

layo; á quien no por miedo á la lisonja ha de negar la justicia el título de pasmo de la moderna ciencia europea; «no se mandaban recoger porque contuviesen error alguno, sino por el universal terror que inspiraban en tiempo de los alumbrados los libros místicos, y por encerrar cosas «que aunque los autores píos y doctos las dijesen sencillamente, creyendo que tenían sano y católico sentido, la malicia de los tiempos las hacen ocasionadas para que los enemigos de la fe las puedan torcer al propósito de su dañada intención». Después de esto traer á colación las preocupaciones del pobre de Fray Alonso de la Fuente ó las genialidades del egregio Melchor Cano es harto ruín ejercicio: que hay escritores tan cuitados que con el gancho de su torcida intención andan siempre á la rebusca por los rincones; y estos no son escritores sino traperos cosechadores de papeles viejos.

Era Fray Alonso de la Fuente hombre de pocas luces y muchas manías y cavilosidades. Él fué el descubridor de los alumbrados de Llerena, gavilla de clérigos mal avenidos con sus órdenes y de beatas menesterosas y nada recatadas que hacían bandera de religión de las brutalidades de la carne. Procedió el Santo Oficio á instruir causa, y aunque los alumbrados, que no se paraban en barras, envenenaron al Inquisidor D. Francisco de Soto, no les valió su nuevo crimen y fueron condenados. Quiso por su parte Fray Alonso, que hasta entonces mereció mucho bien de la religión, meter en tan sucio pleito á los jesuitas á quienes tenía ojeriza; y lo que hizo fué correr á Lisboa y allí no perdonó paso ni papel con el Cardenal Inquisidor Alberto y el Santo Oficio de aquel reino, acusando una y otra vez á los jesuitas ó teatinos, que él los decía, y al Padre Granada, sin duda porque *in passione,* como Santa Teresa con los dominicos, estaba con ellos. Pero todo vino á parar en que el Consejo de la Suprema en España, á quien se remitió el asunto, impuso una reprimenda al fraile y lo recluyó en el Convento de *Porta-cœli* de Sevilla, con prohibición de predicar ni de volver á meterse en lo que para su cerebro eran muchas honduras.

Y por lo que toca al inmortal autor del tratado de *Locis Theológicis,* á Melchor Cano, al hombre á quien más debe la enseñanza teológica, ¿qué he de decir señores? Miserable condición la de nuestra naturaleza caída, que suele hacer veneno de la triaca. Acontece á las veces que los hombres hacen de la pasión doctrina y entereza de entendimiento de la acedía de la voluntad. Fué Cano; el Cicerón latino de España; gran sabio, maravilla en Trento, príncipe de la escolástica, celador de la buena doctrina que avizoraba luego al punto y muy de lejos el más sutil enemigo; pero recio de condición y extremoso en sus aficiones; y como nacido en Cuenca, donde Castilla párte términos con tierra aragonesa, muy dado á romper por medio en cualquier negocio. Teniendo razón contra Carranza, sus procederes volvieron celos y flaquezas de hombre lo que acaso en un principio fué celo por la verdad. Contrario á los jesuitas; quizá por la invencible fuerza de la antipatía, que radica en la oposición del carácter; no da paz á la mano, y á tuerto y derecho, y donde quiera los acomete, y no hay mal de los tiempos donde por ventura no se los imagine. De corte discursivo y austero como buen dominico, miraba con adustez y desconfianza todo arranque místico como vecino de peligrosas imaginaciones; y sobrábale la razón; pero luego su genialidad impetuosa bueno con malo venía á barajarlo todo. Solo así pudo afirmar que en las obras del venerable padre había doctrinas de alumbrados y otras contrarias á la fe católica. Pero *¿quid ad rem?* Ello no pasaba de opiniones de hombres que, cuando más grandes, permite la misericordia de Dios que en todo no acierten, porque el desengaño sea lastre contra la presunción; mas no las prohijó el Santo Oficio ni aquella ínclita orden á quien Honorio III con distinción singularísima intituló *Orden de la Verdad.*

Yerra además quien, puesta la consideración en lo presente, imagina que falla en justicia sobre lo que fué. Á estos tales, aunque por modo humano, acontéceles lo que nuestro Fray Luis dice de los siervos de Dios que por andar transformados en Dios en todo se les representa Dios;

que son como «el que tiene sobre los ojos un vidrio verde, que todas las cosas que ve le parescen verdes». Y estos no nacieron para escribir de historia sino para novelar. Son los tiempos de guerra tiempos de celadas y acechanzas, alarmas y rebatos. Pone el soldado la victoria en el descuido de su enemigo, y así la inadvertencia es culpa y la palabra vana delito de traición y el sueño reo de muerte. Por ventura los manjares regalados que sustentan la vida y le dan bríos, con la enfermedad se vuelven ponzoña; y la dieta que al sano llevaría á la muerte, cuando la calentura enciende la sangre, es saludable medicina. Y ¿quién tan necio que denueste al general porque delante del enemigo castigó con pena de la vida la cabezada de un soldado? Ni ¿quién tan injusto que moteje de tirano al médico porque con dieta salvó al enfermo de su peligro? Pues tiempos de guerra eran aquellos del siglo décimo sexto para la sociedad española. Caldeado todavía el brazo de una lucha de ocho siglos contra infieles, empeñaba ahora otra sin cuartel contra las herejías; y de la suerte que en las Navas puso al trance de una batalla con su causa la de Europa, así ahora en vencer ó ser vencida estribaba que no traspusiera en el claro día de la civilización el sol de la Cruz de Cristo, ó que las naciones mediterráneas, en oscurísima noche, fueran sangriento despojo de la barbarie turca y la barbarie de la protesta. Por esto contra España como alcázar del castillo de la cristiandad, ponía el enemigo todas sus máquinas de guerra y disparaba toda su artillería; y en la medida que el embestir era más fiero, y el peligro más temeroso y la lucha más brava, en la misma crecía el alerta de los centinelas, la vigilancia de los capitanes, el celar las puertas, el ojear los espías, el alentar al tibio, el reprimir al dudoso y el castigar la deserción de las banderas con justicia ejemplarísima. Pudo tal vez errarse sobre la intención y extremarse la disciplina con el recelo de la sorpresa; más propio es de quien recela que se le hagan los dedos huéspedes; y en todo caso más batallas perdió la presunción necia que la advertencia desconfiada.

Y que no eran imaginaciones probáronlo los sucesos.

Formidable azote es la peste que viene en el aire por caminos sutilísimos, de manera que lo que es reparo y necesidad de la vida se haga tercero de la muerte. También por los aires de nuestra patria discurría la herética pestilencia; y si la maciza complexión católica de la gente española y la eficacia de las medicinas estorbó que toda la tierra se inficionase, harto graves fueron los efectos morbosos de los casos aislados, para dar que temer que, á cundir el contagio, por ventura no hubiera quedado ya lugar para el remedio. Porque es cómoda doctrina ganar la vida eterna sin otro aparejo que la fe, y no haber de bracear y pasar trabajos haciendo provisión de buenas obras; sino antes tener carta blanca para andar suelto y retozando sin acial ni rienda por el prado de nuestras pasiones. Pues olvidarse cada cual de las obligaciones de su estado; que el nombre solo ya enoja, y hacerse del contemplativo, y andar hecho un para nada, dando á la pereza de alma y cuerpo semblante de santidad ¿quién habrá que no se engolosine con ello y no lo tenga por el más gentil y agradable oficio que imaginarse puede?

De esta suerte no es maravilla que creciese incendio á quien daba pábulo la resina de todas las malas pasiones. A veces también comenzaba la obra la novedad y le daba cima el amor desapoderado del propio dictamen. Algunos, los menos, después de su caída todavía dieron muestras de virtudes puramente naturales. Pero fuera de éstos, que son contados, y singularmente en los alumbrados de todas raleas, hacían el gasto frailes huídos, herrumbre de sus conventos; clérigos zafios y carnales; monjas andáriegas; beatas antojadizas y livianas, que en inmundo sábado sacrílegamente abajaban los sacrosantos misterios de nuestra fe al cenagal hediondo de la más nauseabunda concupiscencia. Para estos táles, forajidos de toda ley divina y humana ¿qué más ley, ni más patria, ni más Dios que revolcarse en el cieno de sus zahurdas? «¿Porqué el turco no verná y ganará á España para que viva cada uno como quiera?» decía uno de ellos, el bachiller Rodrigo Vazquez. ¡Vaya una teoría trascendental, que corre parejas

con la de aquellos que en nuestros días lloran que la raza de Boabdil no reine en la Alhambra, y casi maldicen de los cristianos príncipes que libraron esta hermosa tierra de la servidumbre de la morisma! Miente el de ellos que diga que nació de madre española.

Y con esta gente de tan vil laya formaba también, y no era menor riesgo, la ralea de ilusos, estigmatizados y neuróticos, y aquellos que por ir con la moda «gastaban santidad con pretales y cascabeles», según la saladísima expresión del obispo D. Juan de la Sal; el cual, clavando en tales embaucadores y embaucados el agudo aguijón de su ingenio, añadía; «que son hombres tentados del espíritu como otros de la carne, que se saborean y relamen de que les tengan por santos». Con otros nombres muchas de estas gentes corren por ahí ahora muy sueltas y validas en estos tiempos: que es hierba que luego arraiga donde quiera; y no arrancándola de cuajo pronto se lloran los frutos.

Por dicha sobre aquella caterva, que á seguir cundiendo diera con nosotros en la barbarie, fulminó sus rayos la Inquisición. Dejados los combatientes á sí, tal vez apellidando religión se habría menoscabado la justicia. La historia del Padre Granada, el suceso de Santa Teresa, el del incomparable autor de *Los nombres de Cristo,* así lo demuestran. El Santo Oficio, si pudo errar, que de hombres és, y alguna vez erró, sentado en la cumbre las pasiones sentíalas bullir en el llano. Y esta institución bienhechora y civilizadora era popularísima en aquella España que por convicción firme y por natural instinto de vida no quería dejar de ser católica. Cervantes, Quevedo, Calderón, y tántos y tántos; todos los grandes luminares de aquel tiempo, todos ponen sus firmas insignes al pie del acta de vindicación. Hasta los endechados por perseguidos, todos la aclaman y bendicen. «¿Qué otra cosa es el Santo Oficio dice Fray Luis en el prodigioso *Sermón de las Caídas,* sino muro de la Iglesia, columna de la verdad, guarda de la fe, tesoro de la religión cristiana, arma contra los herejes, lumbre contra los engaños del enemigo, y

toque en que se prueba la fineza de la doctrina si es falsa ó verdadera?» Y cierto, señores, que jurar á ciegas en santidad ó doctrina de hombre, por alto que él sea, más parece postración servil de fetiquistas, hoy muy al uso, que racional obsequio de cristianos. Ni se agravian santidad y doctrina porque se les ponga á experiencia, que antes es honrarlas y ponerlas donde de todos sean honradas: que no hay fuero contra la verdad. Y el platero, que toca la joya por ver los quilates del oro, le da mayor precio, porque con el esmalte de aquella fianza luego son todos á codiciarla. No yerma la tierra el labrador que la escardilla de abrojos, sino que arrancando las malas raíces que le hurtan el jugo, prepara la espiga más lozana. Y así fué: escardillando la Inquisición en nuestro suelo luego al punto brotaron como en tierra empapada en las aguas de la buena doctrina, bosques de sabios más espléndidos y de más rica fronda que aquellos otros de la no hollada América, que cruzaban nuestros padres en su empresa civilizadora. La teología, la filosofía, la filosofía del derecho; criada en pañales de dominicos y jesuitas españoles; la ciencia de la antigüedad griega y latina, la historia, la arqueología, las mismas ciencias físicas y naturales, aunque no por grado tan eminente; todas las ramas del árbol del humano saber, inclinábanse con la pesadumbre de tantos sazonadísimos frutos; y ¡hermoso empleo! todos se servían en la abastada mesa de la verdad. Generación gigantea de teólogos, á los mismos que vencía con la espada, hacíales acatar el señorío de su pensamiento; y rayaba tan alto su cultura intelectual, que en sus entrañas se engendró y para él nació aquel gran teatro teológico del siglo XVII, donde eran familiarísimas y por tal popularísimas las más intrincadas cuestiones políticas, filosóficas y teológicas, que allí se trataban como quien se complace en cosa hacedera y llana, y que hoy parecen griego ó cosa peor que griego, no ya al vulgo; que entonces las alcanzaba y hoy no las alcanza; sino á los graduados y á los sabios que llevan todos los sellos y refrendatas de sabiduría imaginables. Entonces con esta posesión quieta y pacífica de la verdad,

andaban las ideas de autoridad y libertad por los campos de nuestra tan hermosa como desconocida ciencia política, solas y señeras sin que persona osara hacerles agravio; y sueltos y sin trabas corrían aquellos mismos libros de Mariana y Suarez que por osados y peligrosos y perturbadores de la paz pública, quemaba malamente la mano del verdugo en aquella Europa despedazada por guerras sangrientas donde se entronizaba el tiránico y brutal *placet Principi* á los diez y seis siglos de cristianismo. Y para uno y otro cierto que había razón; que si á la sanidad y reciedumbre á que llegó la gente española manjares tan sólidos dábanles nuevos bríos, pero los enfermizos con tantos achaques de voluntad y entendimiento, sin poder digerirlos, padecieran grandísimo estrago. Ni por otra causa bajo la dominación carolina mutilábanse las más valientes páginas del *Príncipe cristiano* del famoso P. Rivadeneyra porque no ofendiesen la honestidad política cosas que en el apogeo de la Inquisición y reinando el gran Filipo eran recibidas y celebradas. Y en resolución, por hacer punto en esto; que con aquella labor y limpia del Santo Oficio rompió nuestra tierra en tantas y tan preñadas espigas de santidad, virtud, saber, heroismo y grandeza, que agavilladas en bien henchidas haces, así y todo apenas caben en las trojes de la historia.

III.

Demás de aquella teología que procede por los caminos del discurso, dice el excelente expositor Billuart, otra hay que llamamos mística ó afectiva; la cual menos por labor del raciocinio que por simple intuición de la mente, y por modo principalísimo en la oración, aprende las cosas divinas y las contempla. «*His communiter additur mystica seu affectiva quæ non tam rationis discursu, quam simplici mentis intuitu, in orationi potissimum, res divinas sapit et contempla-*

tur.» Definición hecha á cincel como todas las de tan conspícuo maestro, y que pone en su punto la naturaleza de este conocimiento y ciencia. Porque es cierto que en esta tarea entra por mucho el afecto encendido de la voluntad, la cual procura comunicar con Dios y contemplarle cuanto más cerca; y con estas alas de su deseo se va llegando á él, y luego aquel conocimiento que se granjea en tan inefable vecindad, y aquel contento de tan perfecta é imperecedera hermosura, refluye en la voluntad, comunicándole nueva virtud, y, como dice nuestro santísimo escritor, «regalándola y moviéndola y penetrando todos los rincones y senos de nuestra ánima.» Y cuenta que si pasión no quita conocimiento sino que pone trabas á la voluntad, de manera que sin gran trabajo no se pueda mover á donde la razón la llama, ni hacer por mirar y considerar la verdad con que le convida; porque el ruin cebo del apetito la mantiene como enquerenciada; pero allí donde la pasión tiene un blanco limpísimo y luminosísimo, el conocimiento y la voluntad van á úna de manera que más conoce el entendimiento cuanto la voluntad más se enciende; y aquello que la mente ve y contempla luego mueve á la voluntad á más contemplar y más amar. De donde se sigue que si el principio y raíz de esta teología es el amor de Dios, cuando toda criatura racional naturalmente se sienta inclinada á este amor, mas sólo allí donde resida aquella suerte de amor de Dios excelentísimo y sobrenatural, que llamamos caridad, sólo allí esta teología y ciencia mística se hallará por modo propio y eminente.

Mas entiéndase bien, que tomada en sentido genérico no se reduce esta palabra á la mística católica. Conforme á su etimología del griego μυστικὴ vale como especulación y contemplación de las cosas arcanas y secretas, y por ello de las divinas. La complexión de espíritu, las corrientes filosóficas y teosóficas, los dogmas religiosos, causas son que en bien varias formas han hecho aparecer el misticismo en diversos tiempos como fenómeno psicológico harto digno de ser estudiado. ¿Qué otra cosa que misticismo, pero misticismo lleno de achaques, neurosis del alma,

era aquel aniquilarse la actividad individual, aquel identificarse con Dios, aquel *nirwana* ó muerte de la propia conciencia, ensalzado en la India como término y remate de la nefanda destrucción de esta obra del hombre en que Dios se miró y se recreó hasta hacerla á su imagen y semejanza? Misticismo era, pero desatentado y ciego, aquel del gnóstico Marcion que, partiendo de un dualismo absurdo, supone condición rigorosa para unirse con Cristo romper de todo punto con la materia; lo cual tanto monta como acabar de un golpe con esta nuestra esencia donde el cuerpo es sujeto á quien se une la forma sustancial del alma. Misticismo era, pero corrompido y corruptor, aquel de Carpócrates donde la unión gnóstica é intuitiva con Dios lleva á la indiferencia entre el bien y el mal, y es cédula para romper todas las trabas de las pasiones: doctrina abominable que los priscilianistas de España, los albigenses del siglo XIII y las varias sectas alumbradas del XVI habían de sacar á plaza. La escuela neoplatónica, sincretismo filosófico y teosófico empeñado en labrar edificio nuevo con escombros de otros viejos, bien que no se revolcase en los cenagales que los gnósticos; pero dió al fin en los despeñaderos del pseudo-misticismo. Con mortificación de los sentidos, con purificaciones y oración se unirá el alma con Dios hasta ser una con él y en él abismarse y aniquilarse, decía Porfirio. ¿Y qué decir de aquel Jámblico que tales amencias llevó á punto donde sólo con las miserabilísimas, que hoy nos invaden, pudieran compararse? ¿Qué es ver el hombre tras de aquella sobriedad y silencio, tras de tantas palabras arcanas, y tantas invocaciones y conjuros, venir á quedar como extasiado y tal vez romper en anuncios y profecias? ¿Qué es verle; según que en el libro *De mysteriis Ægiptiorum* se nos pinta; qué es verle, digo, evocar al dios, y así que lo ha evocado, hé aquí que á deshora desciende de lo alto un soplo sutilísimo con el cual es místicamente aleccionado; y luego ver un como rayo de luz, nuncio del dios recien venido, el cual rayo tal vez es percatado y visto de todos los allí presentes? Pues ¿y el averiguar por estas y otras señales el poder del dios, y su

categoría y sus alcances de suerte que se haga su filiación é historia sin errar tilde? Y por dar salida á cosas que no la tienen, y razonar, si pasa la palabra, aquellas obsesiones del dios, que todo él se apodera de nosotros y por nosotros dice y hace, sin que entendamos ni sepamos qué decimos y hacemos, acude Jámblico á la hipótesis de la doble vida del alma: *anima duplicem habet vitam: unam quidem simul cum corpore: alteram vero ab omni corpori separabilem*, y aun añade que el sonambulismo es un cierto estado entre la vigilia y el sueño, *medium quiddam inter vigiliam et somnum* con otras suposiciones á este tenor. Pero ¿qué más? Porque todavía tan menguada doctrina aparezca más de relieve oigamos qué dice en este otro curiosísimo pasaje: «Diferentes son las señales que de sí dan los inspirados y sus efectos y obras. De ellos los unos mueven todo el cuerpo; los otros tal cual miembro; otros al contrario se están quedos. Ahora cantan y bailan; ahora sus cuerpos se elevan y suspenden; ahora como que se estremecen y dilatan. Ya rompen en voces concertadas y armoniosas; ya en otras desacordes y entrecortadas.» Y á esto pregunto yo: ¿qué hay que añadir á semejante pintura sino poner la escena en confortativa y rica estancia y vestir á los personajes ajustada levita ó bien cortado frac de última moda, para imaginarse á Jámblico trazando en el siglo IV con pincel avelazcado el jocoso cuadro de género del hoy flamante espiritismo?

Y en esta laya de misticismo, carcoma de la sana razón y abajamiento de la voluntad, caen en más ó en menos todas las escuelas panteistas, ya discurran por los campos del materialismo, ya por los del idealismo: así nuestros modernos germanizados. Y es de reir su devoción pietista, y aquel ver á Dios, y aquel su estilo brumoso de iniciados; y el torcer el cuello, y componer el rostro, y trasponer los ojos cuando desde la trípode de su soberbia, y envueltos en el humo vano de su insustancial palabrería, afanan por deslumbrar incautos. Todo ello fuera de la natural devoción española, rancia y cristiana; tan apacible, abierta y regocijada.

De otra suerte, recogida en el cauce de la fe católica, que la defendía de peligrosos desbordamientos, caminaba la corriente mística en los siglos de la Edad Media. La propia complexión y temperamento espiritual, el natural volverse contra las acometidas del racionalismo pujante, y tal vez á la larga cierto dejo de recuerdos neoplatónicos, basta á explicarnos la escuela mística de Hugo y Ricardo de San Víctor. Un como desapego de la razón humana, y desconfianza suma de sus fuerzas; un buscar á Dios tan sólo por intuición directa de la Verdad divina con el ayuda de la oración y la compunción, mas que por discursiva investigación de la ciencia, puesto que del todo no se prescinda de ella; tal es en resumen aquella escuela mística tan celebrada, cuya médula encierran estas palabras de Ricardo de San Víctor: «*Melius in hoc ipsum orando, quam investigando proficimus: altius devota compunctione, quam profunda perscrutatione illuminamur*». «Más caminamos y aprovechamos orando que no investigando; más alta lumbre recibimos de la compunción devota, que no de la escrutación profunda.»

Dulce es parar los ojos en la hermosa figura de Santa Catalina de Sena, lucero de la mañana en aquella oscura noche de Aviñón, no sin causa llamada segunda cautividad de Babilonia. Ríos serenos de mística acendrada brotan de sus tan celebrados *Diálogos:* libro de oro con quien sólo los de nuestra Doctora abulense pueden igualarse. Dulce la memoria del Doctor Estático, el B. Enrique de Suso. Más que el entendimiento dictábale el corazón las argenteas páginas de su libro de *La eterna Sabiduría*. «La más alta filosofía», escribe «está en aprender á Jesús y Jesús crucificado; pero á llegar á él y conocerle no alcanza entendimiento de hombre, siquier más agudo y penetrante que el de Platón y Aristóteles, sino es que Dios omnipotente da para ello nuevas fuerzas». Y discurriendo por el concepto de la esencia divina dice con nervio de expresión bien notable: «Esta esencia simplicísima, primer principio antes del cual nada és, es impenetrable é innominable *(anónimam)*. Pues si el nombre de la cosa denominada

ha de expresar su naturaleza, siendo infinita é inmensa la naturaleza de la esencia divina y superior á todo modo, por ello será también sobre todo nombre. Mas porque para hablar de Dios por fuerza que nos hemos de valer de algún vocablo; viendo que ninguno alcanza á expresar su esencia, aun pudiéramos decirle el *eterno nada*». La unión mística, operación sobrenatural con que el alma llega como á anegarse en la esencia divina y á transformarse en ella, también la pinta el santo dominico por enérgica manera; pero cuida mucho de añadir, que no ha de entenderse por ello que el hombre se haga Dios, según parece al sonar del vocablo; porque con unirse tan estrechamente Dios y el hombre, mas cada cual permanece siendo lo que es. Y puesto que el alma como que se abisma en la callada serenidad de aquella Deidad radiante, luz infinita y esencial; pero siempre se está en su ser de humana criatura. *Anima manet semper creatura.*

Aun con esto, haber reducido la mística á sistema, dándole todo el aparato de ciencia, es gloria que nadie le puede disputar al Doctor Seráfico S. Buenaventura. Propia empresa era ésta de la religión franciscana, como quien tuvo por fundador al hombre de alma más hermosa y dulcemente mística que vivió en los siglos medios: aquel Orfeo de la ley evangélica, cuya historia por todas sus páginas destila santa y encantadora poesía. El Cardenal Obispo de Ostia; que es el doctor franciscano por excelencia; compendia en sí á maravilla todo el espíritu místico del insigne instituto; y aunque se derrama por todos sus escritos, pero donde se muestra en cabal y ordenado conjunto es en la *Mystica Theologia*. Así se explica en el prólogo de este libro: «Es la teología mística como una dilatación del amor hacia Dios nacida del deseo de este mismo amor. Cuanto dista el oriente del ocaso, esto se alza la ciencia de Dios por modo incomparable por cima de la ciencia de las criaturas. Porque las otras ciencias enséñanlas los doctores del mundo, mas en ésta de solo Dios derechamente, y no de hombre mortal, es nuestro espíritu aleccionado. Ésta con lumbres de Dios y destellos del cielo escríbese en el cora-

zón; aquélla en pergaminos con negra tinta y plumas de ánsares. Ésta dice, basta; pues con ella el alma llega hasta su causa, esto es á Dios su creador, y en él, fuente de todo bien y felicidad halla su descanso; pero aquélla no dice basta jamás». Y en el mismo prólogo expone lo que siglos adelante habían de tratar nuestros místicos con tanta maestría. «De tres maneras es esta vía que lleva á Dios, á saber: *purgativa,* donde la mente se apercibe á entender la verdadera sabiduría; *iluminativa* donde con la consideración se enciende en llamas de amor; y *unitiva,* en la cual sobre toda intelección y discurso de solo Dios es levantada y encaminada». Pues de los grados de aquella escala espiritual de la contemplación, que comenzando en el encendido *fuego* del amor de Dios, luego de refrigerada el alma con la *unción* de las dulzuras espirituales que la empapan y confortan, eleva la mente á las altezas del *éxtasis;* y allí, dejado el hombre exterior, la recrea en la especulación de la celestial hermosura y riqueza soberana, donde gusta y como paladea de antemano aquel dulzor divino y suavísimo sobre cuanto más pueda encarecerse; con lo cual alcanza una *quietud* y apacibilidad, que de toda el alma se enseñorea: nuncio de aquella última visión de *gloria* á que no osara lengua de hombre; de este altísimo asunto, digo, lo que escribió el Doctor Seráfico en su opúsculo *De septem gradibus contemplationis,* sóbra para su título de maestro.

Por iguales pasos caminó después el alemán Tauler, bien que con pie menos seguro. Con estas razones proclama la excelencia de la mística sobre toda otra ciencia. «No en las escuelas de París sino en la pasión de Cristo es donde aprendemos. De aquí se saca y aprende toda sabiduría. Fuera de esta escuela las demás para mí muertas son; fuera de este maestro, cuantos haya, esos para mí extraños son; fuera de este libro todos los otros para mí cerrados é ignorados son.» «No hay más estudiar y considerar que abismarse en la contemplación á la vez *clara* y *caliginosa* de aquella unidad y simplicidad de la divina esencia á la cual se reduce la multiplicidad de todas las cosas;

no por modo sustancial sino en cuanto, siendo Dios último término de la simplicidad y unidad, á él se reduce toda multiplicidad que se une en su esencia simplicísima.» Doctrina ésta de Tauler dentro de las lindes católicas; pero un tanto puesta á nebulosas interpretaciones. Y todavía se aventuró más el famoso maestro Eckart, cuyas proposiciones, que de cien leguas trascendían á gnoticismo, quietismo y panteismo, hubo de condenar el Papa por peligrosas y aun erróneas. Decía el dominico alemán que el hombre en el camino de la perfección mística á tal abnegación de sí puede llegar, que nada puedan en él ni la vida futura, ni la devoción ni siquiera la santidad. Apuntaba también que el hombre puede llegar á transformarse en Dios, de modo que pierda su propio sér y el conocimiento de su personalidad, convirtiéndose en Dios de la suerte que el pan se transustancia en cuerpo de Cristo en la Eucaristía. Puso Eckart sus escritos al fallo de la Iglesia y murió en su seno; más acaso hizo de cabeza de aquellos espíritus contemplativos no muy sanos ni de buena casta que por aquel entónces andaban amagados de cierto panteismo indefinido y vacilante; pero que en la misma vaguedad de su contorno ofrecía peligro temeroso. ¡Cosa singular! No sabré decir si las nieblas del septentrion, oscureciendo el espíritu, como que le arregostan á perderse en la oquedad del concepto panteista; más es para notada la bruma que envuelve un tanto los libros de filosofía y mística de los siglos XIV y XV, los más de ellos escritos bajo el cielo de Alemania. Por ventura, (y dé licencia la veneración al atrevimiento de la frase), ¿el mismo autor del milagroso libro de *La Imitación de Cristo, ó Contemptus mundi,* que entónces se intitulaba, no peca á veces de cierta vaguedad, en que por maravilla cayeron los más castizos místicos españoles? No así Raimundo Lulio, ni Sta. Catalina de Sena, ni Sto. Tomás, ni S. Buenaventura: almas soleadas por el sol del Mediodía.

Así navegaba la mística en Europa con estos vientos al asomar el siglo XVI, y entonces tomó mayores vuelos, y más en España donde llegó á formar caudal literario como

ni en cantidad ni en calidad le posee pueblo alguno en el mundo. Aunque parezca extraño, á ello ayudaban las tristísimas novedades de la Protesta. Con tan grande incendio, en que la fe de reinos enteros se consumía, las cosas de religión llenaban todas las cabezas. Enfervorizábase la fe de los buenos, viéndose reciamente atacada, y más en este pueblo nuestro en quien andar batallando con infieles era connatural y de muchos siglos. De la otra parte por la falsa mística peleaban las pasiones, que en tiempos revueltos se disfrazan con hábitos honrados: la ignorancia y la corrupción de costumbres. Ya hemos visto ántes qué estofa de gente se agavillaba bajo de sus banderas. Con esto no es para maravillar que el celo llegase muchas veces á suspicacia. So la capa de un contemplativo imaginábase ver asomar un hereje ó algo que le andaba muy de cerca; y cierto que en más de una ocasión salió verdad. Mirado á esta luz, el arranque genial de Melchor Cano, desatándose contra nuestro piadosísimo escritor porque escribía de devoción en romance, mas parece latido por donde se tome el pulso al sentir de los tiempos. «Fray Luis de Granada, dice, pretendió hacer contemplativos é perfectos á todos, é enseñar al pueblo en castellano lo que á pocos dél conviene; porque muy pocos pretenderán ir á la perfección por aquel camino de Fray Luis, que no se desbaraten en los ejercicios de la vida activa competentes á sus estados. É por el provecho de algunos pocos dar por escripto doctrina en que muchos peligran... siempre se tuvo por indiscreción perjudicial al bien público é contraria al seso é prudencia.» La respuesta del así maltratado es concluyente. «Otros dicen, escribe en el *Prólogo Galeato* de la *Guía de Pecadores,* que algunos toman motivo de tal lección para entregarse tánto á los ejercicios espirituales que vienen á descuidarse de la gobernación de sus casas y familias, y del servicio que deben á sus padres ó maridos. Á esto respondo que ninguna cosa condena más la buena doctrina que este desorden: porque siempre aconseja que se antepongan las cosas de obligación á las de devoción, y las de precepto á las de consejo, y las necesarias á las vo-

luntarias, y las que Dios manda á las que el hombre por su devoción propone. De manera que este desorden más procede de la persona que de la doctrina. Otros dicen que de la buena lección toman muchos ocasión para algunos errores. Á esto se responde que ninguna cosa hay tan buena y tan perfecta de que no pueda usar mal la malicia humana. ¿Qué doctrina más perfecta que la de los Evangelios y las Epístolas de S. Pablo? Pues todos cuantos herejes ha habido presentes y pasados, pretenden fundar sus herejías en esta tan excelente doctrina..... Y allende desto ¿qué cosa hay en la vida humana tan necesaria y tan provechosa, que si hiciéramos mucho caso de los inconvenientes que trae consigo, no la hayamos de desechar? No casen los padres á sus hijas; pues muchas mujeres mueren de parto, y otras á manos de sus maridos. No haya médicos ni medicinas; pues muchas veces ellos y ellas matan. No haya espadas ni armas; porque cada día se matan los hombres con ellas. No se navegue la mar; pues tantos naufragios de vidas y haciendas se padescen en ella. No haya estudios de teología; pues todos los herejes, usando mal de ella, tomaron de ahí motivo para sus herejías. Mas ¿qué diré de las cosas de la tierra, pues aun las del cielo no carescen de inconvenientes? ¿Qué cosa más necesaria para el gobierno deste mundo que el sol? Pues ¿cuántos hombres han enfermado y muerto con sus grandes calores? Y qué digo destas cosas, pues de la bondad y misericordia y de la pasión de Cristo, nuestro Salvador, (que son las causas principales de todo bien) toman ocasión los malos para perseverar en sus pecados, ateniéndose á estas prendas?» É hincando más en este punto, como tan necesario, añade en el prólogo del libro de *La Oración y Meditación*.... «Parece que la causa de nuestros males no es tanto falta de fe, cuanto de consideración de los Mysterios de nuestra fe, porque si esta no faltase, ellos tienen tanta virtud y eficacia que el menor dellos, que atenta y devotamente se considerase, sería grande freno y remedio de nuestra vida.... Porque así como dicen los médicos que para que las medicinas aprovechen, es menester que sean pri-

mero actuadas y digeridas en el estómago con el calor natural, porque de otra manera ninguna cosa aprovecharían; así también para que los Mysterios de nuestra fe nos sean provechosos y saludables, conviene que sean primero actuados y digeridos en nuestro corazón con el calor de la Devoción y Meditación, porque de otra manera muy poco aprovecharán. Y por falta de esto vemos á cada paso muchos cristianos muy enteros en la fe, y muy rotos en la vida; porque nunca se paran á considerar qué es lo que creen. Y así se tienen la fe como en un rincón del arca, ó como la espada en la vaina, ó como la medicina en la botica, sin servirse de ella para lo que es. Creen así á bulto, y á carga cerrada lo que tiene la Iglesia.» Estas razones de Fray Luis de Granada son á la verdad contestación victoriosa y sin vuelta de hoja.

No hay duda sino que en la crisis peligrosísima del siglo XVI fué gran providencia de Dios que alumbrase la sociedad española este príncipe de la mística y ascética cristianas, cuando tantos fervorosos y encendidos afectos había que encaminar y purificar, y tantos errores que contestar, y tantas nieblas de ignorancia que disipar; y como si Dios hubiese querido con la Orden de Predicadores acudir en cada tiempo á la mayor necesidad con el conveniente remedio, cuando más menesterosa andaba la cristiandad de lumbre de entendimiento, vino Santo Tomás á darle la fórmula del pensamiento cristiano; y cuando la voluntad pedía harto ser dirigida y encendida, y las costumbres ser limpias y cristianadas, Fray Luis de Granada vino á dar la fórmula de la voluntad cristiana y del amor cristiano; y de esta suerte por modo admirable lo que comenzó la escolástica del siglo trece, en la mística del décimo sexto tuvo su término y remate.

Porque hombre de su temperamento intelectual y de su lozanía de corazón, requería aquella sociedad para ser guiada y educada. Dominico, y de la misma raza atlética de Victoria, Cano, los Sotos y Bañez, como quien había bebido teología y filosofía á grandes tragos en el mar de la tomista, mantiene la razón humana en su punto y térmi-

no donde por fuero de Dios su creador reina y se enseñorea, sin menoscabarle ni regatearle ninguno de sus naturales derechos. Hombre de mucha lección atesorada en largos años de una labor constante, todo el saber de los tiempos pasados; la antigüedad pagana y la cristiana; Platón y S. Agustín; Aristóteles y Santo Tomás; los filósofos, los moralistas, los historiadores, los poetas y los cultivadores de las ciencias naturales; todo lo trae á colación, y de todo hace pertrechos de guerra para aquella batalla gloriosa en que estaba empeñado. Nacido bajo este cielo de Andalucía, y criado entre las galas de su hermosa naturaleza, enamórale el sol con su lumbre y sus giros perennes, y el aire con sus acentos músicos, y el mar con sus bravezas y abismos, y las flores con sus perfumes y matices, y las rocas abruptas, y las llanuras dilatadas, de vistosas alfombras vestidas: y lleno de amor de Dios, y codicioso de que todos los hombres le amen como él, ciencia y naturaleza, toda verdad y toda criatura hace que vengan como siervas al alcazar de la teología para decorarle y alhajarle con nuevas pompas y servir allí á la inefable y amabilísima hermosura increada. Religioso empapado en el espíritu de su orden, que va al mundo para andar á brazos con él, no tira sólo á hacer heremitas ni frailes, sino en cualesquiera estados de la vida hombres perfectos y evangélicos. En resolución, que hombre de complexión tan rica donde tan varias excelencias de entendimiento y corazón se adunan, parece como figura de lo que sin la protesta luterana hubiera llegado á ser la cristiandad servida por el Renacimiento.

Tiene la doctrina de nuestro escritor una índole práctica tan marcada y un alcanzar á todos, que sobremanera la distingue de los demás libros de mística de su tiempo. Aun en aquellos escritos suyos donde la expeculación parece que domina, allí viene luego la práctica de la vida y el ejercicio de las virtudes á ocupar en ellos buena parte. Así que la ascética, aquella arte dificilísima con que se adiestra el alma á toda buena obra, y se apercibe contra los enemigos que la rodean por saltearla; la ascética, digo,

entra por mucho en aquellos libros, para todos escritos, de todos leídos, y donde el predicador y cosechador de almas aparece siempre. Vocación era ésta de Fray Luis de Granada por natural tendencia de su condición, y por ley del hábito que vestía. Que hombre apostólico fué su fundador, y orden de hombres apostólicos fundó, no sólo para contemplar, más para alumbrar á otros con las luces de la contemplación, en empleo de más excelencia, pues según la expresión de Santo Tomás, cosa más grande es iluminar que brillar. *Sicut enim majus est illuminare quam lucere solum; ita majus est contemplata aliis tradere, quam solum contemplari.*

No se hizo para mí, en tan breve espacio, haber á las manos alguno de los rarísimos ejemplares de los primeros libros de Fray Luis, expurgados por el Santo Oficio; más aplaudiendo el expurgo, pienso que todo ello sería hervores del vocablo. Porque es tal el meollo de su tomismo, que donde quiera rebosa; y así cuando acude á Platón y la Academia, y al mismo Plotino y á los neoplatónicos, de tan vidriosa doctrina; y ¿qué más diré? hasta cuando su temperamento meridional y la ternura suavísima de su alma le inclinan más á Clemente de Alejandría ó al grande Agustino; aun entonces se ve al tomista trayéndolo todo á la unidad maravillosa de aquel sincretismo donde por modo eminente juntó Santo Tomás en un haz de luz todas las lumbres destelladas en los varios tiempos y civilizaciones por la razón humana. Y en este maridaje de la escolástica y la mística, debajo los efectos encendidos y las efusiones de corazón, y los arrebatos de amor del místico, siempre están el teólogo y el filósofo; y las sequedades de la escolástica se empapan con las aguas de la ternura amorosa, y las arideces de la pura filosofía con el calor del corazón vístense de esmaltados verdores. Véase por muestra, entre mil pasajes, lo que escribe en las *Adiciones* al *Memorial de la vida cristiana,* moviendo al amor de Dios con la consideración del amor que él nos tiene: «Dice Santo Tomás, que así como ninguna cosa hay con que más se encienda un fuego que con otro fuego, así nin-

guna hay con que más se encienda un amor que con otro amor. Porque como la primera de las dádivas sea ésta; de la cual manan todas las otras; así como los beneficios recibidos mueven al amor del bienhechor, así y mucho más el amor, que es la causa dellos».

Y si queremos sentir á Dios y vislumbrarle cuanto nuestros ojos flaquísimos pueden atisbar, veamos como nos lo pinta con aquella luz tan clara de su entendimiento y cómo lo siente en el horno hecho ascua de su voluntad enamorada. «Bien sé» escribe en el mismo *Memorial* «que ningún entendimiento criado os puede comprender, mas con todo esto aunque nadie os comprenda, nadie puede hacer mejor cosa que poner los ojos en vos. Pues ¡oh Sumo, Omnipotentísimo, Misericordiosísimo, Justísimo, Secretísimo, Presentísimo, Hermosísimo, Fortísimo, Estable é Incomprensible, Simplicísimo y Perfectísimo, Invisible y que todo lo ve, Inmutable y que todo lo muda; á quien ni los espacios dilatan, ni las angosturas estrechan, ni la variedad muda, ni la necesidad corrompe, ni las cosas tristes perturban, ni las alegres alhagan; á quien ni el olvido quita, ni la memoria da, ni las cosas pasadas pasan, ni las futuras suceden; á quien ni alguna causa dió principio, ni los tiempos aumento, ni los acaecimientos darán fin, porque en los siglos de los siglos permanecerás para siempre! Vos sois el que alcanzais de cabo á cabo juntamente y disponeis todas las cosas suavemente. Vos sois el que criásteis todas las cosas sin necesidad, y las sustentais sin cansancio, y las regís sin trabajo, y las moveis sin ser movido. Todo ojos porque todo lo veis, todo pies porque todo lo sustentais, y todo mano porque todo lo obrais. Vos estais dentro de todas las cosas y no estrechado; fuera de todas y no abatido, encima de todas y no altivo. ¡Oh sumo y verdadero Dios, y suma y verdadera vida, de quien y por quien viven todas las cosas, que verdadera y bienaventuradamente viven! Vos, Señor, sois la misma bondad y hermosura de quien y por quien es bueno y hermoso todo lo que es bueno y hermoso. Vos sois el que mandais que os pidamos, y haceis que os hallemos, y nos abrís

cuando os llamamos. Vos sois, de quien apartarse es caer, á quien llegarse es levantar, y en quien estar es permanecer. Vos sois, de quien nadie se aparta sino es engañado, á quien nadie busca sino es amonestado, y á quien nadie halla sino purgado. Vos sois, aquel á quien conocer es vivir, á quien servir es reinar, y á quien alabar es salud y alegría de quien os alaba». ¿No es verdad, Señores, que oyendo esto en la misma médula de las entrañas se siente á Dios? ¡Quien osa hablar más con lengua ruda y que va como lengua de niño silabeando, cuando se ha oído esta lengua de ángel!

Siga, pues, aquella alma retratándose en sus escritos, que yo no tengo pincel para pintarlo. Oid ahora lo que son las ansias del amor. «¡Oh toda mi esperanza, toda mi gloria, toda mi alegría! ¡Oh amable principio mío y suficiencia mía! ¿Cuándo os amaré con todas mis fuerzas y con toda mi ánima? ¿Cuándo os agradaré en todas las cosas? ¿Cuándo estará muerto todo lo que hay en mí contrario á vos? ¿Cuándo seré del todo vuestro? ¿Cuándo ninguna cosa fuera de vos vivirá en mí? ¿Cuándo me arrebatareis, anegareis y transportareis en vos? ¿Cuándo, quitados todos los impedimentos y estorbos me hareis un espíritu con vos, para que nunca me aparte más de vos? ¡Ay, Señor ¿qué os cuesta hacerme tanto bien? ¿Qué quitais de vuestra casa? ¿Qué perdeis de vuestra hacienda? Pues ¿porqué, Señor, siendo vos un piélago de infinita liberalidad y clemencia deteneis en vuestra ira vuestras misericordias para conmigo? ¿Porqué han de vencer mis maldades vuestra bondad? ¿Porqué han de ser más parte mis culpas para condenarme, que vuestra bondad para salvarme? Si por dolor y penitencia lo habeis, á mí me pesa tanto por haberos ofendido, que quisiera más haber padecido mil muertes que haber hecho una ofensa contra vos. Si por satisfacción lo habeis, tomad este cuerpo miserable; ejecutad en él, Señor, toda vuestra saña; con tanto que no me mengüeis vuestro amor. No os pido oro ni plata ni otra cosa criada; porque todo esto no me harta sin vos, y todo me es pobreza sin vuestro amor. Amor quiero, amor os pido, amor os deman-

do, por vuestro amor suspiro; dádme vuestro amor y bástame». Alguien dirá que es mucho volver éste siempre sobre las mismas razones; pero así es el amor siempre embebecido en el mismo objeto y nunca apurándolo. Pues ¿qué es coloquio de enamorados sino glosa y comento de un mismo verbo? Y con esto y todo, siempre el cuento de nunca acabar. Ahora, imagínese cuánto más será este empeño, cuando el objeto amado sea la infinita esencia de Dios.

A llegarse á él, y comunicar con él, y hacerse uno con él tira el ejercicio de la teología mística, que «no se aprende leyendo ni disputando, sino orando y levantando la pura afición á Dios, para que con el mismo gusto y experiencia de su bondad, suavidad y nobleza, conozca el hombre por experiencia quién es Dios, por haber participado y recibido en sí los beneficios y efectos del mismo Dios; así como sabe uno de un príncipe que es liberal y bien acondicionado, no porque lo leyó y aprendió de otro, sino porque él mismo le trató y conversó mucho tiempo, y experimentó con los muchos beneficios que recibió de la grandeza de su liberalidad y nobleza». Pero en este preclaro maestro de la mística no es la unión del alma con Dios aquel vagar y perderse y confundirse por modo más de tinieblas que de luz con la esencia divina, sino unión de amor donde el amador se abraza con el objeto amado, viéndose y sintiéndose distinto de él; pero siendo como una cosa con él. Y porque en este concepto de la unión con Dios está todo el *quid* de la ciencia mística, y el reactivo por donde se saca lo que hay mezclado y confundido en el fondo, quiero que no por el vidrio verdoso de mis palabras, más por el limpio y transparente cristal de las de tan gran maestro, veais cúal sea esta dulcísima unión. Así escribe en las *Adiciones al Memorial*. «Tiene aun otra excelencia demás de estas la caridad, que es unir al hombre con Dios y transformarle en Dios. Porque como dice San Agustín el amor es vida que junta al que ama con la cosa amada, y de dos cosas hace una. Por donde esta diferencia ponen los filósofos entre el entendimiento y la voluntad; que el entendimiento, cuando entiende, hace las cosas semejantes á sí; de manera que de materiales las hace

espirituales ó intelectuales, proporcionándolas consigo para haberlas de entender; mas la voluntad por el contrario, cuando ama las cosas hácese semejante á ellas, porque toda se transforma en ellas, abrazándose y amasándose con ellas; en lo cual parece que el entendimiento es como sello, que todo lo que toca hace semejante á sí; mas la voluntad como cera blanda, que luego toma la figura de aquello con que se junta. Por lo cual dijo San Agustín: «tal es cada uno cual es el amor que tiene. Si tierra amas, tierra eres; si á Dios amas, ¿qué quieres que te diga? Dios eres». ¿Pues qué mayor excelencia se puede predicar del amor de Dios, que ser él poderoso para transformar el hombre en Dios? Mas para entender esto habemos de presuponer que esta transformación no es natural sino espiritual ó moral, porque no muda la naturaleza de una cosa en otra, sino muda los corazones, esto es, los afectos, los deseos, y toda la vida..... Pues el ánima que desta manera ama á Dios, viene á transformarse en el mismo Dios; de tal modo que lo que él quiere quiere ella, y lo que él ama ó aborrece también ella lo ama ó aborrece, y ni tiene cuenta consigo, ni con su provecho, ni con su honra, y así en todo y por todo viene á tener un querer y un no querer, y una misma voluntad con Dios; y mudada la voluntad luego se muda la vida y las obras que proceden della. Porque así como cuando cortan la rama de un árbol, y enjieren otra, la fruta que de ahí nazca, ya no es conforme á la que se cortó sino á la que se injirió; así, cortada la voluntad del hombre, y enjerta la de Dios, los fructos de palabras y obras y pensamientos, que de ahí proceden, no son ya conformes con la voluntad antigua del hombre sino con la nueva de Dios. De suerte que así como un pedazo de hierro echado en un gran fuego, sin dejar de ser hierro tiene las propiedades y condiciones del fuego, así el hombre que desta manera arde en el amor de Dios, sin dejar de ser hombre, participa de la pureza y santidad de Dios..... Esta mesma transformación se prueba también por otra razón. Porque natural cosa es trabajar los hombres con todas sus fuerzas por mudarse en aquello que aman. De donde el que mucho ama las virtudes procura ser muy

virtuoso; el que las letras letrado; el que las armas caballero, y el que los juegos jugador; y así el grande amador de Dios procura de imitar y participar la pureza y santidad del mesmo Dios, trabajando por cumplir aquello que el mesmo Señor manda, cuando dice: Sereis sanctos, así como yo soy Sancto». En otro lugar, partiendo de esta misma verdad filosófica, aquí apuntada, de que el entendimiento procede de afuera adentro, y la voluntad como potencia expansiva de dentro afuera, dice elegante y profundamente: «más vale conocer las cosas bajas que amarlas, porque entendiéndolas las ennoblecemos y espiritualizamos para hacerlas proporcionadas con nuestro entendimiento; pero amándolas abatimos nuestra voluntad hasta la vileza de las cosas viles. Y por el contrario, entendiendo á Dios; cuanto en esta vida puede ser; le estrechamos y proporcionamos con la capacidad de nuestro entendimiento; mas amándole nos levantamos y nos transformamos en él por medio deste amor».

Pero no es la contemplación embobamiento perezoso y egoista como los quietistas se la imaginan, ni boleta con que se aloje en el alma toda ralea de fealdades, según el desahogado parecer de los iluminados. Limpia ha de estar el alma para unirse con Dios, pues que la unión presupone semejanza en las cosas que se han de unir, y es principio de filosofía que solo se buscan los semejantes. «Así como en el agua clara» escribe Fray Luis en el libro de *La Oración y Meditación* «se ve todo cuanto hay en ella, hasta las muy menudas arenicas que están en lo bajo (lo cual no se puede ver en agua turbia) así nuestra alma conosce claramente todo lo que hay en sí, cuando está quieta y serena; más si los movimientos de las pasiones la obscurescen y enturbian, ni puede ver á sí ni otra cosa». Más sobre esta limpieza, que es presupuesto del amor y conocimiento de Dios, han de ser cultivadas también las virtudes de la vida activa, y en especial las que miran al servicio del prójimo en sus necesidades. Porque como inculca harto el insigne maestro, no hay oposición entre unas y otras, sino que antes van á un fin; bien que sean diferentes, y por ventura difícil salir por igual en todas. Y así ni siempre se ha de andar volando por

los cielos, ni siempre rastreando por las cosas de la tierra, sino acudir á uno y otro; y cuando se esté en lo alto como cuando se baje al llano; contemplando, como cumpliendo con las obligaciones y sirviendo á los hombres; siempre estar con Dios y siempre mirar á Dios. Ya lo reconoce Rousselot; que tal vez suele ver claro, aunque las más muy turbio; cuando vindica á nuestros grandes místicos y santos del siglo décimo sexto de la nota de ensimismados, y descorazonados para toda obra de caridad, con que algunos han querido tacharlos. Afirmación que á la verdad, á menos de no haber saludado el asunto, no sabemos cómo se pueda hacer.

Aunque la doctrina mística del Padre Granada anda esparcida por todos sus libros, más donde parece como que se compendia y resume es en el muy admirable de *La Oración* y *Meditación,* que bien pudiéramos llamar crestomatía ó doctrinal de aquella ciencia. No es para ahora entrar en averigüaciones de paternidad. En esto entraron con mucho empeño dominicos y franciscanos en el siglo pasado haciendo caso de hábito quíen precedió á quíen. Que San Pedro de Alcántara escribió de este asunto, buenamente no se puede poner en duda. Cuando no hubiera otros testimonios (y hay muchos) el de Santa Teresa, que por dos veces lo afirma, bastára para la prueba. Leídos los dos libros resultan concordes en el pensamiento, y casi en el plan. Mas es de notar que en el que corre por del gran Reformador de la Orden de San Francisco hay pasajes enteros que á la letra se hallan en el del Padre Granada; y siendo tan iguales en la dicción y estilo con lo demás de este autor, á voces están diciendo cuya es la pluma que los escribiera. Más parece el de San Pedro de Alcántara compendio de lo que largamente trató el Padre Granada; con lo cual viene lo que aquel asombro de penitencia escribe en la dedicatoria: «habiendo leído muchos libros acerca de esta materia, de ellos en breve he sacado y recopilado lo que mejor y más provechoso me ha parecido». Cosa que el Padre Granada no dice, con ser de tan estrecha conciencia literaria que lo que toma y de donde lo toma, jamás lo omite. Como quiera, la

cuestión quedaría reducida á muy poco; porque en tal modo el pensamiento sale agrandado y mejorado de las manos del insigne granadino, que no obstante las semejanzas de los dos libros, los dos resultan bien distintos. Lo que valga cada cual de ellos no es más ni menos por la prioridad del tiempo, ni siquiera por la originalidad de la invención; que esto de la originalidad, las más veces importa menos de lo que se piensa; y porque un autor aproveche idea que otro tuvo ántes, como él la haya digerido y hecho suya, y con estos materiales levante fábrica que asombre, suya será, y suya la gloria que lo hecho merezca, sin que nadie pueda demandar en juicio la accesión de lo edificado. Por otra parte es el libro de San Pedro de Alcántara más ascético y devoto que propiamente místico, mientras el del Padre Granada tiene todo el alcance de un tratado, donde se resume cuanto es menester para llevar el alma por las vías de la especulación y contemplación. Y en esta materia nada más; que ni da para más el tiempo, ni hace á mi propósito tratarla por extenso, sino apuntarla.

Es la contemplación en Dios obra muy principal de la voluntad, bien que presuponga el ejercicio del entendimiento; y así ha de apercibirse á ella con una entera resignación en la voluntad de Dios, y una dejación sin reservas de los cuidados y memorias del mundo, porque nada estorbe la libre entrada de las influencias de la gracia. «Aquí verás» escribe el Venerable Padre «cúan cerradas has de tener entonces las puertas de tu entendimiento y voluntad á todos los cuidados del mundo, y cúan abiertas á solo Dios; porque si viniere, no se vuelva por hallar cerrada la puerta ó embarazada la posada con otros huéspedes. Pues con este aparejo y espíritu puedes presentarte aquí ante la cara del Señor, como aquel hidrópico que estaba delante dél, esperando de su misericordiosa mano el beneficio de su salud, ó como aquel leproso que arrodillado ante sus pies, humildemente decía: Señor, si quieres, púedesme limpiar. Mira de la manera que está un perro ante la mesa de su señor halagándole con los ojos, y con todo el cuerpo, esperando alguna migajuela de su mesa; y desta manera te debes pre-

sentar ante aquella rica mesa del Señor de los cielos, confesándote por menor que todas sus misericordias, y pidiendo alguna partecica de ellas para tí».

Por la misma razón que este ejercicio no se propone la pura especulación del entendimiento, sino que lo contemplado éntre en nuestra voluntad, y se haga como sustancia del alma con el fuego del amor, como los alimentos digeridos con el calor del estómago se transforman en la sustancia que mantiene el cuerpo; por esto se ha de procurar que el entendimiento no adelante tanto en su camino que deje atrás y como sin acción á la voluntad. «Podemos en su manera decir en este ejercicio, que el entender á Dios con simplicidad ayuda á la voluntad para que más le ame; pero entenderlo con demasiada especulación, impide esa mesma voluntad, y hace por entonces más remisa y floja su operación. Y la razón desto es, porque como la virtud de nuestra ánima sea finita y limitada, cuanto más emplea su virtud por una parte, tanto menos le queda que emplear por otra; así como la fuente que corre por dos caños, que cuanto más se desagua por el uno, tanto menos tiene que repartir por el otro. Y esto principalmente hace el ánima por la operación del entendimiento; por la cual (como sea tan íntima y tan noble) se desagua toda ella de tal manera, que cuasi nada obra por las otras potencias, cuando está muy atenta y ocupada en esta operación..... No habemos de herir igualmente con las espuelas á estas dos potencias, ni caminar en este camino con pasos iguales. Particular destreza es menester para avivar la voluntad, y sosegar el entendimiento, para que no impida con sus tratos propios los del amor. Has de hacer cuenta que vas en carro de dos caballos, uno apresurado y otro perezoso; y que has de llevar las riendas en la mano con tal destreza, que al uno las aprietes, y al otro las aflojes, para que así se aguarden uno á otro. Y si quieres otro ejemplo más palpable, haz cuenta que el entendimiento se ha de haber con la voluntad como el ama que cría un niño, la cual después que le ha mastigado el manjar, se lo pone en la boca para que lo guste y se sustente con él. Porque de otra manera si le mastigase los bocados, y tam-

bién se los comiese, dejando el niño sin comer, claro está que le hacía manifiesto agravio; pues le dejaba morir de hambre, por comerse lo que le daban para él. Pues desta manera se ha de haber el entendimiento con la voluntad; porque á él como un ama, pertenesce mastigar y desmenuzar las verdades espirituales; mas no para que todo el negocio pare en solo esto, sino para que después de así mastigadas las ofrezca á la voluntad, para que ella las guste, y las sienta, y se encienda, y confirme más en lo bueno con el sentimiento dellas».

Una singular temperancia y serenidad de espíritu; una como *sofrosine* que por donde quiera esparce suavísima y apacible dulzura, vive en toda la mística del insigne dominico Vimos como moderaba los vuelos demasiado veloces del entendimiento, sin que por ello sintiese de él con la desconfianza y casi desapego de las escuelas místicas de la edad media. Véase ahora como modera los arranques de la voluntad, y procura templarla, porque no se desmande, y avisa á los espíritus que pecan de afectivos contra ciertas ilusiones de donde podrían salir con grande engaño. «Es de saber que la devoción que pretendemos alcanzar, no es cosa que se ha de alcanzar á fuerza de brazos, como piensan algunos, los cuales con demasiados ahincos, y tristezas forzadas, y como hechizas, procuran alcanzar lágrimas y compasión cuando piensan en la Pasión del Salvador; porque esto suele secar más el corazón, y hacerlo más inhábil para la visitación del Señor, como enseña Casiano. Y demás desto *suelen estas cosas hacer daño á la salud corporal,* y aveces dejan el alma tan atemorizada con el sinsabor que allí recibió, que teme otra vez tornar al ejercicio; como cosa que experimentó haberle dado mucha pena. Y por esto, si el Señor diere lágrimas ó semejantes sentimientos, débense tomar humildemente; mas tomarlos el hombre como por fuerza, no es cordura. Conténtese con hacer buenamente lo que es de su parte; que es hallarse presente á lo que el Señor padesció, mirando con una vista sencilla y sosegada, así lo que padesció como el amor y caridad con que lo padesció; y hecho esto, no se congoje por lo demás cuando

el Señor no lo diere. Y quien esto no supiere hacer, y sintiere demasiada fatiga en su ejercicio, no porfíe á pasar adelante; sino humíllese delante de Dios con entrañable sosiego y simplicidad, pidiéndole gracia para proseguir aquel camino sin tanta costa suya y sin peligro. Y si el Señor le hiciere merced de dar este sosiego de pensamiento, sentirá más entrañable devoción de la que se suele sentir con el desasosiego del corazón, y que dure por muchos días más..... Verdad es que á los principios mal se pueden excusar estos fervores, cuando la maravilla de la novedad y alteza de las cosas divinas hace á los hombres caer en tan grande admiración y espanto, que no se pueden valer. Más después que con el uso cesa la novedad, sosiégase el corazón, y aunque ama con mayor fuerza, no tiene tanto fervor sensible y desasosiego en su amor. Así vemos que el mosto nuevo, y la olla cuando comienza á experimentar el extraño calor del fuego, suele hervir á borbollones, hasta verterse y dar por cima; mas después que ha ya hervido, cuece mejor y arde más, aunque con menos estruendo». No menos se ve al hombre discreto y muy avisado en las cosas de la vida, cuando advierte de ciertos escrúpulos, que suelen saltear á los que se entregan á la oración, «que más necesitan de los remedios de Hipócrates que de otros espirituales». Y no se ha de callar aquí; porque sobre ser dictamen de la prudencia, es contestación á cargos que hemos visto que se le hacían; lo que dice Fray Luis sobre la diferente manera como este mismo ejercicio de la oración y consideración lo han de tomar el religioso y el que vive en el mundo; que «el uno tiénelo por oficio porque camina á la perfección, y el otro lo ha de tomar por medio para cumplir con su obligación; y por esto tanto ha de tomar de los medios cuanto baste para conseguir su fin. (Que) bástale recogerse algunas veces para entrar dentro de sí y mirar por su casa... y con esto... entender en el reparo de su conciencia y en la reformación de la vida».

Por lo que he trasladado se puede comprender el valor que este libro tiene en la historia de nuestra mística. Seguir su análisis pediría estudio especial; y es mucho lo que aun

resta que decir si se ha de dar idea, siquiera á medias, de lo que en las letras españolas representa y monta el preclaro hijo de Granada.

El hombre es compuesto de alma y cuerpo en unidad esencial, donde el cuerpo es sujeto á quien informa el alma sustancialmente. La gracia no destruye la naturaleza, antes la perfecciona, y por tanto la presupone, como sujeto en quien la gracia viene á actuarse. Destruir el cuerpo es destruir la obra de Dios. Afirmar que la gracia pueda ser contra la naturaleza y no sobre ella, es afirmar que dos obras de Dios son contradictorias, y que la perfección que se actua en un ser es la destrucción de este mismo ser. Estas verdades del orden teológico y filosófico son cimiento del magnífico edificio de la mística del Venerable Maestro. Mal consejero es el amor propio que luego mata en su raíz toda buena obra, y así hay que cerrar con él y arrancarle del corazón, como se arrancan los abrojos de la tierra para que dé fruto; pero natural es amarse á sí mismo, como tendencia puesta por Dios en todas sus criaturas, que cada cual según su orden tira á lo que le pueda hacer bien, y huye de sus contrarios. Y más amable es este cuerpo de que estamos vestidos porque para servicio del alma nos fué dado, y para que sirva con él á Dios, y trabaje en llegar á él como á su fin. Cuando Dios nos crió no nos crió puros séres espirituales, sino que nos crió hombres, es decir, compuestos de alma y cuerpo; y así como tales hombres y con cuerpo y alma hemos de buscarle. Por ventura el viajero, que, teniendo que hacer larga jornada, fuese caballero en un jumentillo, si caminase tan llevado de él, que á cada hora le dejase hacer paradas, y retozar, y pastar toda hierbecilla que hallase al paso, mas diríamos de él que iba cuidando de su cabalgadura, que no caminando; y pudiera ser que en estas diversiones le tomase la noche y no llegase á la coyuntura de su negocio. Pero ¿qué diríamos, si á fuerza de darle de palos de largo y en la ración atarle corto, le hiciera desfallecer en el camino, y con esto se quedase á pie y sin más poder adelantar sobre lo andado? Le diríamos ciego destructor de su ayuda y remedio. Pues no de otra suerte la falsa mística, aunque por

bien diferentes caminos, vino en todos tiempos á igual inconcebible dislate.

Muy lejos de ello está el buen sentido de la mística española de la cual es la del Padre Granada espejo y dechado; y como toda ella, la granatense, doblemente española por lo español de la orden que profesó su autor, es suave, expansiva y regocijada. Todo es en ella motivo de alegría interior para el que contempla en la bondad de Dios; y más ver el espectáculo de la naturaleza donde tanto resplandece la grandeza de aquella bondad, en la suerte de contentamiento con que ha querido regalar á todas sus criaturas. Y así alégrase y regocíjase viendo el juguetón triscar de los corderillos, y como los cachorrillos trepan unos con otros y retozan; y las aves con sus harpadas lenguas se saludan y festejan; y los peces surcando las aguas también hallan todo contento. Y es que en la alegría de aquella alma se reflejan y juntan todas las alegrías; y por esto, cuando viene á punto, no falta el genial chiste andaluz para aquellos buenos arrieros que querían hacerse sus parientes para hacer la costa á su costa; y después de despacharlos remediados, dice con donoso gracejo: «yo bien sabía que tenía parientes arrieros, pero no tantos». ¿Hay quién se espante de que la santidad tenga también su donosura? Poco se le alcanzará entonces de esto. En San José de Ávila se guarda el tamboril con que Santa Teresa se holgaba á veces: yo lo ví, y á fe que me habló con harta elocuencia de nuestra maravillosa Doctora. ¡Qué mucho que se holgase alma tan empapada en santa alegría! Así también era alegre y serena aquella nuestra España á quien no entenebrecían dudas, ni desgarraban bandos y rencores, sino que con la posesión de su fe vivía en luz y bienandanza.

IV.

Dije ántes que la ascética tiene buena parte en los escritos del Venerable Granada, y de ello certifica su lectura. Es la ascética, arte que mira al gobierno y dirección del hombre, y como la etimología reza, ejercicio y adestramiento con que se apercibe á pelear las batallas de la virtud. Que no otro significaba en Grecia ἀσκητης que atleta ó luchador; y cierto que la vida es arena donde la lucha con los enemigos destrísimos del alma se ha de estar sustentando cada hora.

Pues esta parte práctica de la vida espiritual, y estas asperezas por donde se ha de comenzar la subida á el alto asiento de la mística; sirviendo así á Dios en los nobles oficios de Marta y María; esta parte práctica, digo, que toca á todos y es de rigor á todos en cualesquiera estados y condiciones, campea en las hermosas páginas de nuestro escritor tanto como la especulativa ó mística. Porque en aquella faena de sesenta años, donde no dió paz á la palabra ni á la pluma, ni un punto se olvida del hábito que viste, que es hábito de soldado, y aun el silencio y quietud de la soledad no son para él sino campo de operaciones donde se templan y acicalan las armas, y se estudian las acometidas, y se precaven las celadas, y se ensayan los mil recursos y ardides de la estrategia; con que en viniendo á las manos con el enemigo luego se le venza y desbarate. De modo que en Fray Luis de Granada no se sabe qué admira más; si aquel casi penetrar con vista angélica en el piélago de luz de la esencia divina, ó aquel irse metiendo con paso firme y sin perderse un punto por entre las intrincadas y oscuras revueltas del corazón humano, sin que haya rincón, por escondido y entenebrecido que él esté, que

no lo descubra y escudriñe. Porque no sólo en las especulaciones de la celda, donde á veces campan por sus respetos las imaginaciones, sino en el trato y comunicación de hombre apostólico con el mundo había visto y aprendido aquellas experiencias. Y he aquí porque de nuestros místicos el más ascético, popular y para todos es Fray Luis de Granada, y el que más ahonda en el corazón; de la suerte (y valga descender á lo profano) que el dramático español á quien más se alcanza de achaques de alma, y que con más castizo color pinta el cuadro de la vida, es otro fraile, Gabriel Tellez, el Maestro Tirso de Molina. Que es el confesonario mesa de disección donde se hace anatomía del alma, y se ven y examinan y escudriñan sus partes más menudas y sutiles. Y como el médico del cuerpo, levantada esta cubierta de hermosura, regalo de los ojos, y del humano corazón suavísimo contento, va con el escalpelo músculo por músculo, nervio por nervio y víscera por víscera, penetrando en la complicada máquina del organismo, y viendo allá dentro las causas ocultas, y acaso espantables, de este arreo y brío exterior que tánto nos enamora; así el médico del alma, en aquel tablero de la confesión, penetra y ahonda en todos aquellos resortes ocultísimos y delicadísimos de nuestros pensamientos y aficiones, y con el escalpelo de la moral va levantando capa á capa y célula á célula de este no menos complicado organismo de nuestra alma, hasta dar con el principio tenue y sutil de nuestras acciones: por donde tal vez resulta hediondez que corrompe lo que de fuera á perfumes regalados de virtud y aun santidad trascendía.

Este conocimiento del corazón, que forma los psicólogos, ascéticos y moralistas, aunque se descubra en todos los escritos de Fray Luis de Granada, pero en ninguno como en el libro de *La Oración y Meditación*, del cual hablé ya, y singularmente en el popularísimo intitulado *Guía de Pecadores*. Su autor, que le ponía antes de los demás suyos, con predilección más merecida que la de Cervantes por el *Persiles y Segismunda*, decía de él: «¿Es posible que yo hice este libro en Badajoz? ¡Buen cielo y clima debe

de ser el de esta ciudad!» Y bonísimo el libro, dechado de cuanto bueno en materia espiritual cuentan las literaturas europeas; maestro de tantos bienaventurados, fanal de tantas conciencias, catequista de tantos infieles. Y clarísimo cielo sus páginas; única luz que en las lobregueces, desenfrenos é impiedades de la Conserjería alumbraba á trechos la todavía más lóbrega oscuridad de alma de aquel abate Marchena, acabado ejemplar de aquellos enciclopedistas y afrancesados, escoria de la España de hace cien años! No salió de boca elogio de libro de religión que á estas palabras de aquel desdichado pueda igualarse: «¿Vé V. este volumen» decía á un su amigo «que por lo ajado muestra haber sido tan manoseado y leído como los breviarios viejos de nuestros clérigos? Pues está así porque hace veinte años que le llevo conmigo sin que se pase día en que deje de leer en él alguna página. Él me acompañó en los tiempos del Terror en las cárceles de París; él me siguió en mi precipitada fuga con los Girondinos; él vino conmigo á las orillas del Rin, á las montañas de Suiza, á todas partes. Me pasa con este libro una cosa que apenas sé explicarme. Ni lo puedo leer ni lo puedo dejar de leer. No lo puedo leer porque convence mi entendimiento y mueve mi voluntad de tal suerte que mientras le estoy leyendo me parece que soy tan cristiano como V., y como las monjas y como los misioneros que van á morir por la fe católica á la China ó al Japón. No lo puedo dejar de leer porque no conozco en nuestro idioma libro más admirable». ¡Ah, Señores, que á el alma española se le hace muy cuesta arriba decirle adios á la fe! Quizá la hedionda lepra de pasiones vilísimas y pensamientos bastardos no había ahondado hasta causar la completa necrósis de aquel alma; y cuando por entre tanta podre penetraba el fuego de ardentísima caridad de las benditas páginas, una punzada de dolor venía á decir que no era acabada la vida.

Cierto que no hay dureza de corazón que no la ablande la dulzura de libro tan maravilloso donde con tal caudal de razones, y río bien henchido de afectos, y viveza de color, y magia de estilo, que arregosta invenciblemente á la lec-

tura; á los hombres «que amancebados con los vicios (por parecerles más sabrosos) andan descasados de la virtud, teniéndola por desabrida» les evidencia «cúan grandes sean las riquezas, los deleites, los tesoros, la dignidad y la hermosura desta esposa celestial» y cúal ande de ellos desconocida. Y como la virtud sea pensión común, y no haya coyuntura, ni condición, ni estado que de ella pueda eximirse; porque en cada estado y sér del hombre la virtud es la misma perfección de él; en este libro de Fray Luis de Granada halla el hombre lo que ha menester cada y cuando lo necesita, cualesquiera que sean los rumbos de la vida. No busca su autor poblar los monasterios, sino que, cumpliendo la ley de Dios, se aumente la población del cielo; no tira á que se rompa con el mundo; pero sí á que, viviendo en el mundo, el hombre no se encariñe con el mundo; no pretende hacer á todos contemplativos; más, según su gráfica expresión, «exhorta á todos á no hacerse semejantes á los animales brutos, que están debajo la encina, los cuales cuando les está su dueño dende lo alto vareando la bellota, ocupados ellos en comer, y gruñir unos con otros sobre la comida, no miran á quien se la da, ni saben qué cosa es levantar los ojos para ver por cuya mano se les hace este beneficio». Y con este pensamiento tiende el vuelo de águila de su elocuencia para hacernos entrever, cuanto ojos alcancen, la bondad y hermosura de Dios, porque conoscamos lo que hemos de amar y buscar; y abátese después á las más menudas operaciones de nuestra alma, y á todos los secretos de nuestras flaquezas, porque veamos con quien nos las hemos de haber, y á quien hemos de evitar. Gran libro es el Kempis de lección honda y maravillosa; pero algo tiene del temple de acero de los tiempos en que se escribió. La misma universalidad de sus máximas, puesto que más las arraigue en el corazón; pero requiere para digerirlas y hacerlas caudal con que acudir á cada necesidad del espíritu, mayor esfuerzo del entendimiento. Sorpréndese éste al primer golpe y como que le anonada la misma pesadumbre de la verdad; con que más hay que seguir sin tregua en esta labor de la mente porque también se aficione y quede cau-

tiva la voluntad. Leyendo en él llega el alma á enamorarse de la meditación; más cierta dureza y á las veces vaguedad del concepto, es, al fin, dificultad que hay que vencer. Escóndese el autor y casi desaparece, de modo que la doctrina, como venida de lo alto, hace huella más honda: así el agua cuanto más de alto cae, más cava en la tierra y la empapa; más con esto, quedando el que lee más bajo, siente menos el amor que el recogimiento. Pero el *Guía de Pecadores*, escrito para tiempos más dulces, y quizá más flacos, si con la fuerza del concepto convence, con la ternura suavísima enamora; con el color y relieve con que traza la batalla de la vida interesa; con la verdad de las imágenes evidencia; y en cada palabra, y en cada concepto y en cada afecto se ve al autor embelesado en la contemplación de Dios, lleno de su amor y de amor á los hombres sus iguales, que les dice: Hombre como vosotros soy; flaco como vosotros soy; venid y gustad y saborear esta dulzura y quietud sin semejante que gusto y saboreo yo.

En la dificultad de escoger en este libro sin temor de dejarse olvidado lo de más valer, no hay sino cerrar los ojos y, á lo que salga, que todo es de calidad que lo que quiera que sea será la mejor. Así habla de las perfecciones de Dios: «Son tantas y tan grandes, que (como dice un doctor) si todo el mundo se hinchese de libros, y todas las criaturas dél fuesen escriptores, y toda el agua de la mar tinta, antes se hinchiría el mundo de libros, y se cansarían los escriptores, y se agotaría la mar, que se acabase de explicar una sóla de estas perfecciones, como ella es. Y añade más este Doctor; diciendo: Que si criase Dios un nuevo hombre, con un corazón que tuviese la grandeza y capacidad de todos los corazones del mundo, y este llegase á entender una destas perfecciones con alguna grande y desacostumbrada luz, corría gran peligro no desfalleciese del todo ó reventase con la grandeza de la suavidad y alegría que en él redundaría, si no fuese para esto especialmente confortado de Dios». Y asomando, como dije arriba, el filósofo, para reforzar más este argumento, escribe en otro lugar: «Esto se verá más claro» (la gloria y grandeza de Dios) «si consi-

deramos la diferencia grandísima que hay de aquel sér no criado á todo otro sér criado, que es del Criador á sus criaturas; porque todas ellas vemos que tuvieron principio y pueden tener fin; más él no tiene principio ni puede tener fin. Todas ellas reconocen superior y dependen de otro: él ni reconoce superior ni depende de nadie. Todas ellas son variables y subjetas á mudanzas: en él no cabe mudanza ni variedad. Todas ellas son compuestas cada cual de su manera; más en él no hay composición por su suma simplicidad; porque si fuera compuesto de partes, tuviera componedor que fuera primero que él, lo cual es imposible. Todas ellas pueden sêr más de lo que son, y tener más de lo que tienen, y saber más de lo que saben; más él ni puede ser más de lo que es, porque en él está todo el sér, ni tener más de lo que tiene, porque él es el abismo de todas las riquezas, ni saber más de lo que sabe, por la infinidad de su saber, y por la excelencia de su eternidad á la cual todo está presente. Por la cual causa lo llama Aristóteles acto puro, que quiere decir, última y suma perfección; tal que no sufre añadidura, porque no es posible sea más de lo que es, ni imaginarse cosa que le falte». Ahora, para los ateos, vayan esas razones de nuestro Fray Luis, si valen razones á quien perdió la razón. «Por ventura dirás: Esos comunes beneficios más parescen obras de naturaleza que beneficios de Dios. ¿Qué debo yo, pues, particularmente por la orden y disposición de las cosas, que se van siempre por su curso? No es esta voz de cristiano sino de gentil; ni aun de gentil sino de bestia. Y porque más claramente lo veas, mira como lo reprende este mesmo filósofo (Epicteto) diciendo así: Dirás por ventura que la naturaleza te hace estos beneficios. ¡Oh desconocido! ¿No entiendes, cuando esto dices, que mudas el nombre á Dios? ¿Qué otra cosa es la naturaleza sino Dios que es principal naturaleza? Así que, hombre desagradecido, no te excusas con decir que esta deuda la debes á la naturaleza y no á Dios; pues no hay naturaleza sin Dios».

Estos capítulos donde propone al hombre por cuantos títulos está obligado á buscar á Dios, exceden á todo encarecimiento; y así perdonad que me detenga en ellos. Gallar-

damente expone la prueba filosófica de la tendencia de todo lo criado á su criador como término de su perfección: «Generalmente todas las cosas que nascen, no nascen luego con toda su perfección. Algo tienen y algo les falta que después se ha de acabar; y el cumplimiento de lo que les falta ha de dar el que comienza la obra: de manera que á la mesma causa pertenesce dar el cumplimiento del sér, que dió principio dél. Y por esto todos los efectos generalmente se vuelven á sus causas, para recebir dellas su última perfección». Y después de símiles bellísimos concluye: «Pues, oh criatura racional ¿qué otra causa es la tuya sino ésta? No estás aun acabada de hacer. Mucho es lo que te falta para llegar al cumplimiento de tu perfección. Apenas está acabado el dibujo. Todo el lustre y hermosura de la obra queda por dar. Lo cual claramente muestra el apetito continuo de la mesma naturaleza, que, como quien se siente necesitada, no reposa sino siempre está piando y suspirando por más. Quiso Dios tomarte por hambre, y que las mesmas necesidades te metiesen por sus puertas y te llevasen á él. Por eso no te quiso acabar dende el principio; por eso no te enriqueció dende luego: no por escaso sino por amoroso; no porque fueses pobre; sino porque fueses humilde; no porque fueses necesitado sino por tenerte siempre consigo. Pues si eres pobre y ciego y menesteroso, ¿porqué no te vas al padre que te crió y al pintor que te comenzó para que él te acabe lo que te falta?» No se puede sentir ni decir mejor. Y más adelante, ponderando la indignidad de ofender á Dios con los mismos bienes que él nos da, y citando á nuestro Séneca para acreditar con su autoridad que esto es el último y más feo grado de ingratitud, dice de brava manera: «¿Cúal sería la ingratitud de una mujer casada, si las joyas que su marido la inviase para honrarla y provocarla más á su amor, las diese ella á un adúltero para ganarle la voluntad y tener más segura su afición? Si alguna cosa fea se pudiese en el mundo pintar, esta parece que lo sería, y aquí la injuria no es más que de hombre á hombre, que es de un igual á otro igual. Pues ¿cuánto mayor mal es cuando esta mesma injuria se hace contra Dios? Pues ¿qué otra cosa hacen los hombres

cuando las fuerzas y la salud y los bienes, que Dios les dió, emplean en malas obras? Con las fuerzas se hacen más soberbios, con la hermosura más vanos, con la salud más olvidados de Dios, con la hacienda más poderosos para tragarse á los flacos, y competir con los mayores, y para regalar su carne y comprar la castidad de la inocente doncella, y hacer que ella venda como otro Judas el precio de la sangre de Cristo, y ellos la compren por dinero como hicieron los judios». Cuadro lleno de color, y que hoy se tendría por atrevido: que en esto de la forma somos muy celosos de honestidades. Pues ¿dónde con elocuencia más persuasiva se habló de aquella unión hipostática con que la Divinidad asumió nuestra humanidad para hacerse uno con el hombre, y consumar así la obra de la Redención? «¿Quién dijera al hombre» exclama, «cuando tan desnudo y tan enemistado se sintió con Dios, que andaba buscando los rincones del paraiso terrenal para esconderse, que tiempo vendría en que se juntase aquella tan baja sustancia en una persona con él? Fué tan estrecha esta junta y tan fiel, que, cuando hubo de quebrar; que fué al tiempo de la pasión; antes quebró que despegó, porque no faltó por la juntura sino por lo sano: ca pudo la muerte apartar el ánima del cuerpo, que era junta de naturaleza; más no pudo apartar á Dios ni del ánima ni del cuerpo, que era junta de la persona divina; porque lo que una vez por nuestro amor tomó, nunca jamás lo dejó».

Quien dice de la avaricia «que niega á sí lo que quita á los otros» y de la ambición «que busca las dignidades haciendo cosas indignas» es el primer pintor de pasiones, y el que más penetró en su conocimiento. Y aquí está el mayor encanto de este libro, y aquí la fuerza invencible con que su doctrina se mete por el corazón y se hace luego con él, sin que haya resistir que sea poderoso á estorbarlo. Pues de tal suerte se ve allí el hombre retratado en las líneas más menudas del semblante de su alma; y con una seguridad y tino ve al autor ir poniendo los ojos en todos los pródromos y síntomas de sus dolencias, que ha de confesar, que médico que así conoce nuestro natural, y con esta exac-

titud diagnostica, por fuerza que ni yerra el pronóstico ni desconoce la medicina. «Todos los pecados, como dice Santo Tomás, originalmente nascen del amor propio; porque todos ellos se cometen por cobdicia de algún bien particular que este amor propio nos hace desear... Deste amor nascen el amor de los deleites, el amor de la hacienda, y el amor de la honra, y de cada uno de ellos se originan los vicios capitales, sino es la ira y la invidia los cuales sirven á cualquiera destos malos amores; porque la ira nasce de impedirnos cualquiera destas cosas que deseamos, y la invidia de quienquiera que nos gana por la mano y alcanza aquello que el amor propio quisiera antes para sí que para sus vecinos». En estos breves términos trata de maestro el principio fundamental de la patología del alma: nada se echa menos en este principio perfectamente científico. Y tan clara como es la patología, tan clara y precisa es la terapéutica; y para no discurrir ahora por todas las enfermedades de nuestro espíritu, ¿qué más remedio contra el ansia de riquezas, siempre afanada y nunca harta, que estas hermosísimas palabras? «El amor de las riquezas más atormenta con su deseo que deleita con su uso..... Y sobre todo esto nunca las riquezas, se adquieren sin trabajo, ni se poseen sin cuidado, ni se pierden sin dolor; más lo peor es que pocas veces se alcanzan sin ofensas de Dios; porque, (como dice el proverbio), el rico es malo ó heredero de malo. Considera otrosí cúan gran desatino sea desear continuamente aquellas cosas que, aunque todas se junten en uno, es cierto que no pueden hartar tu apetito..... De suerte que discurriendo el triste corazón por las cosas del mundo, cánsase y y no se harta; bebe y no apaga la sed, porque no hace caso de lo que tiene sino de lo que podría más haber, y no menos molestia tiene por lo que no alcanza, que contento por lo que posee». Pues oigamos ahora sentencia que viene como anillo al dedo, hoy que gastar y triunfar es tiranía de nuestras costumbres, abonada hasta por el donosísimo apotegma económico que mide por las deudas la prosperidad de los estados. «Procura que no duerma en tu casa el trabajo y sudor de tu jornalero. No le hagas ir y venir muchas veces

y echar tantos caminos para cobrar su hacienda, que trabaje más en cobrarla que en ganarla, como muchas veces acaesce con la dilación de los malos pagadores....., Préciate de no deber nada á nadie, y así tendrás el sueño quieto, la conciencia reposada, la vida pacífica, y la muerte descansada. Y para que puedas salir con esto, el medio es que pongas freno en tus apetitos y deseos, y ni hagas todo lo que deseas, ni gastes más de lo que tienes; y desta manera midiendo el gasto, no con la voluntad, sino con la posibilidad, nunca tendrás por qué deber». ¿No os parece que nuestro dominico hubiera hecho un buen Ministro de Hacienda?

Pues quien la alteza de aquella limpia inclinación, que puso Dios en el corazón del hombre, porque en su sér espiritual y corporal santamente se completase, la abate á la vileza de los burdeles, vea aquí pintada bien al vivo cuánta sea la fealdad que ama: «Esta alhagüeña pestilencia... (así)... le zabulle todo en el cieno deste deleite, que ya no huelga de pensar ni hablar ni tratar cosa que no sea vileza y suciedad... Y además desto las mujeres deshonestas nunca se hartan de joyas, de anillos, de vestidos, de holandas, de perfumes y olores, y cosas tales; y más aman estos presentes que á los mesmos amadores que se los dan». Con igual fineza discurre sobre los mil vahos que empañan el cristal de la honestidad: lección que había de ser muy para tomada; pues padres hay, y maridos hay, y no pocos, muy pagados de lo que tienen en casa, los cuales hicieran lance de honra que sobre su limpieza cayese la menor mácula de duda; y con todo, ellos públicamente les procuran donde con los oídos oyendo, y con los ojos viendo, y con el entendimiento entendiendo, lleguen donde no llegó la obra; y por ventura lo menos es lo que falta: que esta es prostitución del alma, y no caida de la carne.

Sabido es que Fray Luis de Granada hubo de sufrir no pocas contradicciones aun en la apacibilidad del claustro. Suele la santidad, como tan desusada en el mundo, ser piedra de escándalo donde tropiecen todos. Quien habrá, oyendo esto, que lo echará á lo trascendental é ideológico,

y con ello armará todo un retablo de Maese Pedro, que no habrá más que ver; pero el ánimo exento de preocupaciones, que mira de lo alto; puesto que se duela de que la miseria humana en lo más noble ponga el sello de su ruindad; pero no se espanta de ello: que juntas de hombres son al fin las casas de religión; puesto que á vida más perfecta llamados; y el sér y naturaleza de hombre nadie lo pudo dejar á la puerta de la clausura. Demás que ciertos pecados se ceban en aquellos que acaso no tienen otros. Digo esto á propósito del murmurar, y juzgar temerariamente, sobre lo cual escribe Fray Luis estas notabilísimas palabras: «Otro pecado que se debe también mucho evitar, es el de la murmuración; el cual no menos reina hoy en el mundo que el pasado, sin que haya casa fuerte ni congregación religiosa, ni lugar sagrado contra él..... Y no pienses que te excusas deste vicio cuando murmuras artificiosamente, alabando primero al que quieres condenar; porque algunos murmuradores hay que son como los barberos, que cuando quieren sangrar untan primero blandamente la vena con aceite, y después hieren con la lanceta y sacan sangre». Y, como más adelante advierte, basta asentir con el silencio á la murmuración, para pecar de murmuración, «pues así como es gran mal pegar fuego á una casa, así también lo es estarse calentando á la llama que otro enciende, estando obligado á acudir con agua».

Ya veis por estas enseñanzas, tomadas á bulto de documento tan admirable; ya veis, digo, al ascético, al moralista, al psicólogo. Pero ¿qué más? Si en su noble empeño de formar el perfecto hombre evangélico; que es también el hombre cortés y caballero; desciende hasta las más mínimas advertencias para el porte y trato social, que no daña á la virtud sino que la hace más simpática y atractiva: ¿Qué sería ver los que por más cómodo piensan siempre por apoderado; los cuales toda la idea que tienen del fraile es la silueta orteguesca, oronda y mofletuda, hinchiendo holgado cangilón de chocolate de rabanadas que la menor de ellas bien podrá contar su media libra; que sería ver, vuelvo á decir, la cara espantadiza que pondrían oyendo de boca

de un fraile esta lección de cortesía y comedimiento? «Algunos hay que cuando se asientan á la mesa, descubren el apetito de la gula y la destemplanza de su ánimo; y con una desasosegada inquietud de los miembros menean la cabeza, arremangan los brazos, levantan las manos en alto, y (como si hubiesen ellos solos de tragarse toda la mesa) así verás en ellos unos acometimientos y meneos, que (no sin gran fealdad) están descubriendo la agonía y hambre del comer. Y estando asentados en un mesmo lugar, con los ojos y con las manos lo andan todo; y así en un mesmo tiempo piden el vino, parten el pan, y revuelven los platos; y como el capitán que quiere combatir una fortaleza, así ellos están como dudando por qué parte acometerán este combate, porque por todas partes querrían entrar».

Tan hermosamente traza Fray Luis de Granada la noble figura del hombre cristiano. En las dignidades como en la oscuridad, en el tráfago del mundo como en el retiro de la celda, en la abundancia como en la pobreza, en todos los estados y condiciones una sola y suavísima ley. Y ella es tal, que no hay obligación, si es honesta y legítima, cuyo cumplimiento no presuponga; porque en cumplir cada cual las que le son propias, y cumplirlas por Dios y mirando á Dios, aquí está toda la salud. «La mujer casada» (y vaya esta muestra del precioso capítulo sobre las obligaciones de los estados), «la mujer casada, dice, mire por el gobierno de su casa, por la provisión de los suyos, por el contentamiento de su marido, y por todo lo demás; y cuando hubiere satisfecho á esta obligación, extienda las velas á toda la devoción que quisiere, habiendo primero cumplido con las obligaciones de su estado». Y cierto que otra cosa es hazañería, y hacer su gusto diciendo que es de Dios. Con igual criterio de prudencia dice en otro lugar: «Ni tampoco el hombre para acertar á escoger ha de poner los ojos en lo que de suyo es mejor, sino en lo que para él es mejor y más necesario, porque muchas obras hay altísimas y de grandísima perfección, que no serán por eso mejores para mí, aunque sean mejores en sí, porque no tengo yo fuerzas para ellas, ni soy llamado para eso».

En esta verdad se funda el capítulo *Acerca de diversas maneras de vida que hay en la Iglesia,* coronamiento de lección tan práctica. De una mirada abarca todo el fértil campo de la Iglesia donde la misma variedad, que en la naturaleza engendra tantas diversas especies de hermosuras, aquí también produce mil suertes de flores todas con sus perfumes y matices, y que van á una en el concierto admirable de la providencia de Dios. Perdonad si alargo el discurso, más no lo gustaríais oyéndolo de mis labios. «Suele haber un muy común engaño entre personas virtuosas, y es que los que han aprovechado por algunos destos medios, piensan que como ellos medraron por allí, que no hay otro camino para medrar con Dios, sino solo aquél, y ese querrían enseñar á todos, y tienen por errados á los que por allí no van, pareciéndoles que no hay más de un camino solo para el cielo..... De suerte que cada bohonero (como dicen) alaba sus agujas, y así cada uno con una tácita soberbia é ignorancia (sin ver lo que hace) alaba á sí mismo, engrandeciendo aquello en que él tiene más caudal. Y así viene á ser el negocio de las virtudes como el de las ciencias, en las cuales cada uno alaba y levanta sobre los cielos aquella ciencia en que él reina, apocando y deshaciendo todas las otras..... Y á ninguno le faltan razones y grandes razones para creer que su ciencia es la mejor y más necesaria..... Esta variedad nasce en parte de la naturaleza y en parte de la gracia. De la naturaleza decimos que nasce, porque aunque el principio de todo el ser espiritual sea la gracia, más la gracia recibida como agua en diversos vasos, toma diversas figuras, aplicándose á la condición y naturaleza de cada uno. Porque hay unos hombres naturalmente sosegados y quietos, que según esto son más aparejados para la vida contemplativa; otros más coléricos y hacendosos que son más hábiles para la vida activa; otros más robustos y sanos, y más desamorados para consigo mesmos, y estos son más aptos para los trabajos de la penitencia..... La segunda causa de variedad es la gracia; porque el Espíritu Sancto (que es el autor della) quiere que haya esta variedad en las suyos, para mayor perfección y hermosura de la

Iglesia. Porque así como para la perfección y hermosura del cuerpo humano se requiere que haya en él diversos miembros y sentidos, así también para la perfección y hermosura de la Iglesia, convenía que hubiera esta diversidad de virtudes y gracias..... Por donde aparece aun más claro cuán grande yerro sea condenar á otro porque no tiene lo que tengo yo, ó porque no es para lo que soy yo. ¿Cúal sería si los ojos despreciasen á los pies porque no ven, y los pies murmurasen de los ojos porque no andan y los dejan á ellos con toda la carga? Porque realmente así es necesario; que trabajen los pies y descansen los ojos, y que los unos anden arrastrados por tierra, y los otros estén á lo alto, limpios de polvo y paja. Y no hacen menos los ojos descansando que los pies caminando».

¡Gallarda idea, Señores, del concierto con que todo lo criado en el orden de la materia y en el del espíritu, por diferentes modos y caminos vá á la obra que plugo á la mente de Dios! ¡Y lección grande y profundísima de cualesquiera tiempos y lugares, pero hoy más que nunca necesaria! Porque hoy también es empeñado el batallar de oficios é inclinaciones; más por contrarias tendencias y con más bajo y grosero espíritu que en el siglo XVI. Tiempos son estos donde no sale la mirada del ámbito de la tierra, y se moteja de baldío, cuando no de perniciosa holganza, todo vacar del alma que no se enderece al tráfago de lo que se pesa y mide en el mercado. Y con esta ansia desapoderada de granjear riquezas, y este buscar el gusto á la molicie y correr tras el provecho, despréciense por oficiales inútiles en la obra común, los que sólo tratan en oraciones: valores que no se negocian en Bolsa, bien que sean letras á la vista en la banca de Jesucristo. Y aun vá más allá esta avenida de positivismo que nos invade; porque ya se mira por sueño el noble ejercicio de la razón, que nos da el sér de hombres, y se niega la realidad de las ciencias metafísicas: con que á poco más bajar por estos despeñaderos, tánto se angostará el cielo para los hombres, que todo el horizonte de la ciencia humana quedará entre las paredes de un laboratorio municipal donde se analicen los manjares que han de regalarnos.

V.

on ciego error sobre la naturaleza nos recomiendan nuestros pseudo-teólogos los estudios filosóficos. ¡Cuánta hinchazón y soberbia no hay en Platón! No sé como se pueda hacer que con aquella vanidad platónica no se contraigan vicios.» ¿Habrá acaso quien piense que tan adusta sentencia es apostilla escrita al margen de formidable *Índice expurgatorio* por la pesada mano de algún descomunal calificador del Santo Oficio? Pues quien tal creyera, Señores, se engañaría de medio á medio, porque quien lo escribe es Melanchton, el más suave y culto de los fautores de la Protesta; ¡que así de holgadas andaban las ideas con aquellos honrados padres de la libertad del pensamiento, y de la cultura! Pues oid ahora «Así como son cuasi infinitas las obras de naturaleza, así también lo son en su manera las del arte. Lo cual podrá notar quien rodeare con los ojos alguna grande ciudad, como es Venecia ó Lisboa. Porque andando por todas las calles destas ciudades, verálas pobladas de mil diferencias de oficios y oficiales mecánicos; y si fuere á la marina, verá el trato de la mar y tantas diferencias de navíos grandes y pequeños, con toda su jarcia fabricada muy á propósito para el oficio de la navegación.... Y si de ahí pasare á las librerías y escuelas generales, hallará mil maneras de libros y de artes y ciencias naturales y sobrenaturales, inventadas por el entendimiento humano..... Y si en cabo entrare un día solemne en una iglesia catedral, hermosamente fabricada y ornamentada, ahí hallará en que apacentar los ojos con la hermosura del edificio y ornamento de los altares, y en que recrear los oídos con la suavidad de las voces y instrumentos musicales que ahí dulcemente resue-

nan. Y si sobre todo esto se hallare en una feria general como es la de Medina del Campo ó otra semejante, ahí verá tanta variedad y muchedumbre de cosas artificiales que le parecerá competir el arte con la naturaleza, no sólo en la fábrica y hermosura de las cosas, como está dicho, sino también en la variedad y muchedumbre dellas. Y así como Dios crió este mundo lleno de obras naturales, así el arte ha hecho cuasi otro nuevo mundo de cosas artificiales.» Pues este himno al poder del hombre y á las maravillas de la civilización es, (si ya no os lo ha dicho á voces el estilo) de aquel humilde fraile todo él lleno de Dios, y tan pobre y vacío de hacienda, que toda la componían tres sillas de jerga, un lecho apocado y fementido, y un solo hábito, tan raído y sutil, que, á contarle los hilos, no se perdiera uno solo de la cuenta. Por donde vereis en este gallardísimo y alentado espíritu, que bien pudiéramos llamar España menor; porque en él como que se compendia y resume el sér de aquella grande España; cúal era entonces el esparcirse la mirada por ciencias, letras y artes, y traerlas en hermoso concierto, por que como luminares menores cortejasen y sirviesen al luminar mayor de la eterna verdad. Y donde esto se vé por modo que pasma es en el libro intitulado *Introducción al Símbolo de la Fe,* en el cual nuestro Fray Luis se muestra teólogo, filósofo, fisiólogo, naturalista, y en resolución, dueño y señor de todo saber humano que lo pone á los pies de la infinita sabiduría divina.

«Procede á las veces el discurso en el conocimiento de Dios por principios que nos son conocidos por sola la luz natural. Vá otras veces caminando por lo que nos muestra la luz sobrenatural de la fe. En aquel caso hace su jornada por los campos de la teología natural ó metafísica: en este otro por los de la teología sobrenatural.» *Secundum vero nominis significationem, Theología importat considerationem discursivam, quæ si principiis solo lumine naturali notis nitatur, dicitur Theología naturalis seu Metaphysica: si principiis lumine supernaturali fidei notis, dicitur Theología supernaturalis.* Y aquí veis, por estas definiciones del claro Billuart, otros caminos de conocer á Dios

distintos de aquel de amor y unión de la teología mística; de suerte que en ésta parece como que del amor vamos al conocimiento, y en aquéllas por el conocimiento de lo que Dios es, llegamos á aquel amor. Esta manera de conocerle también es de todos los hombres, sino que unos tan sólo por la luz natural como en vislumbres ven á Dios; más otros con la mayor luz que dá la fe, más ven en él, como quiera que la luz es quien hace visibles todas las cosas. Y entonces es conocimiento que más llena la natural codicia del entendimiento del hombre, cuando según la hermosa expresión del insigne granatense «se casa la fe con la razón y la razón con la fe, contestando la una con la otra, (porque) cáusase en el ánimo un nobilísimo conocimiento de Dios, que es firme, cierto y evidente: donde la fe nos esfuerza con su firmeza y la razón alegra con su claridad.» Y no se ha de imaginar que el conocimiento teológico que estriba en la fe, como que no procede por principios por sí conocidos, según es de ley en ciencia, no tiene la condición de tal; porque á esto responde Santo Tomás con aquel su certero disparo para dar en el blanco: «Dos especies hay de ciencias: unas que proceden por principios conocidos de la luz natural de nuestro entendimiento, como la Aritmética, la Geometría, y así las semejantes á ellas; otras que proceden por principios conocidos con la luz de otra ciencia superior. Tal es la Perspectiva que procede por principios que mostró la Geometría, y la Música que párte de los que sentó la Aritmética. Y de este modo la Teología es ciencia, porque procede por los principios conocidos con la luz de una ciencia superior, que es ciencia de Dios y de los bienaventurados. Por donde como la Música cree los principios que el aritmético le dió, así la Teología los que Dios le reveló».

En la doctrina expuesta se cifra el pensamiento de el *Símbolo de la Fe,* donde en sus varias partes, acá por los principios de la teología natural ó metafísica, y allá por los de la teología sobrenatural ó revelada, se demuestra la existencia de Dios; y de aquí partiendo se llega rigorosamente hasta la última conclusión de nuestra fe católica. Y

es de ver como delante el tribunal de la razón hace comparecer Fray Luis de Granada los testigos que han de deponer en la causa. Es fiscal de ella el principio de causalidad que á todos los vá citando y emplazando. Allí viene el primero el sol como príncipe y cabeza de la hermosa máquina del universo, tendidos los cabellos de oro, cuyas lumbres vivifican y alegran todas las cosas creadas; allí la luna de mirar dulce y apacible, fanal de la noche, iman amoroso de las ondas de los mares; allí el aire, el agua y el fuego que en mil combinaciones sirven al concierto de la naturaleza; allí la tierra vestida riquísima túnica que bordan y matizan las flores y hierbecillas de los campos, y recaman de brocado el oro y la plata que se crían en sus entrañas: huéspeda generosa que á todos los seres vivientes da espléndido y nunca regateado alojamiento; allí los pajarillos músicos, y la hormiga diligente, y la abeja industriosa, y el lobo espanto del corderillo, y el can en quien halla resguardo, y el caballo que en olfateando la sangre y oyendo tocar á pelea, luego se hiergue y sacude la crin y se ensancha bajo la apretada cincha; allí el león señoreador de la selva, formidable en la acometida, desdeñoso con el flaco y con el vencido usando blandamente de la victoria. Allí en fin el hombre, emperador de todo este vasto imperio creado, debajo de cuyos pies puso Dios todas las criaturas sin pedirle por ello otra paga que la voluntad. Allí viene vestido el arnés tranzado de esta armadura de su cuerpo, según el elegante decir de nuestro Granada; dentro de la cual guarécese la delicada máquina de los nervios, músculos y vísceras, y cuanto hay que sirve por modo maravilloso á todos los menesteres de la vida; y vivificando este sér el alma racional tan gallarda y noble con aquella luz que brilla sobre su frente. Y cortejando al hombre, y como hechuras de su poder acuden también ciencias y artes, y las varias industrias, y el comercio, allegador de riquezas y pueblos, gran concertador de voluntades. Allí también Aristóteles, entendimiento que formuló la ciencia antigua; y Platón que tuvo como adivinaciones cristianas; y Séneca y Cicerón que en la oscuridad de la noche de Roma el alborear del

día del Evangelio entreveían. Allí Hipócrates y Galeno con sus conclusiones, muchas de ellas inconmovibles; y el cantor de Mantua, guía del Dante en las regiones infernales; y el que en el Ponto lloraba ausencias de Roma, gran escrutador de corazones. Allí acude San Agustín, el Platón de la ley de Cristo; y San Jerónimo, hombre del Oriente, alma cristiana con saudades tulianas; y Basilio y Ambrosio y el Crisóstomo, que con el más dulce humor de las flores del clasicismo labran el cristiano panal de la oratoria. Detrás de ellos en escuadrón cerrado los Profetas con las Escrituras, y el glorioso coro de los Apóstoles, y el ejército de los Mártires de cándidas vestes. En resolución, que todos acuden, y todos afirman, y todos se ratifican. Dije mal que todos, que allá abajo queda la piara epícurea de todos los siglos comiendo la bellota. Bien pudo, pues, decir hermosamente nuestro insigne escritor: «¡Oh testificado con tantos y tan fieles testigos! ¡Oh abonado con tantos abonadores! ¡Oh aprobado por la Universidad no de París ni de Atenas sino de todas las criaturas! ¿Quién, Señor, no se fiará de vos con tantos abonos? ¿Quién no creerá á tantos testigos? ¿Quién no se deleitará de la música tan acordada de tantas y tan dulces voces, que por tantas diferencias de tonos nos predican la grandeza de vuestra gloria?»

Con esto queda dicho que el *Símbolo de la Fe* es libro de catequesís y apología. Igual propósito había guiado la pluma de otros egregios escritores cristianos. San Ambrosio en su *Exaémeron,* tantas veces citado por nuestro autor, Lactancio, y el español Draconcio, aunque en vario concepto, también sometieron así á residencia la verdad cristiana. Bravamente salió con su empeño el gran dominico español, que emula á sus modelos, sino es que los aventaja, en la abundancia de la doctrina, y en la misma galanura de su decir asombrosamente expresivo y pintoresco. Cuanto se alcanzaba en el siglo XVI, todo lo trae á colación y le sirve de piedra donde tocar la doctrina católica: que bien dice el proverbio que no duelen prendas á la verdad. Sería para un tratado hablar de esta joya de nuestras letras con el espacio que pide, y mal que me pese habré de hablar en

páginas. Quien busque saber lo que es, tome el libro en sus manos, y enfrásquese leyendo en él, y llénese el entendimiento de verdad, y la voluntad de amor de Dios, y el ánimo entero de contento de tanta hermosura. Voy, pues, á reducirme á la primera parte. De las demás, con decir que parece que en ellas como que se juntan aquella razón de Santo Tomás; que crió Dios por muestra de lo que razón de hombre en este mundo puede alcanzar; y aquel abrasado corazón de San Agustín, en el amor mar sin orillas, queda hecho el elogio. Y quiero hablar de esta primera parte del *Símbolo de la Fe,* porque en ella se muestra Fray Luis de Granada naturalista y fisiólogo por tan alta manera como en todas sus obras escolástico, místico y filósofo.

Las ciencias físicas, naturales y antropológicas, dirigidas con no pequeño impulso en medio de las dificultades de los tiempos hacia los caminos de la experimentación, por Alberto Magno, el Doctor Universal, y por el español Raimundo Lulio, el Doctor Iluminado, tuvieron nuevo florecimiento en la España del siglo XVI, de la cual bien se pudiera decir que llevaba de frente todas las artes. Yerran y mucho los que por ir al amor del agua; que es más fácil que marchar contra la corriente; cuando nos concedan la gloria literaria de nuestro siglo de oro; pero imagínanse que no tuvo la vena española amplísimo cauce, de manera que fuésemos otra cosa que un pueblo de ergotistas y poetas. Pero á dicha contra esta afirmación hay buena copia de testigos que ni flaquean ni se corrompen. Perdonadme si meto la hoz en mies ajena: ¡ojala subiérais aquí á hablar de esto tantos de vosotros, que lo diríais mucho mejor! Más no hablaré yo, que hablará la historia por boca de tantos nombres insignes como guarda en sus páginas contra la bárbara injuria del olvido. Hablen en la Química, Pérez de Vargas con su libro *De re metállica* donde se muestra al igual de Paracelso y Agripa tan celebrados; y D. Pedro José Velasco que en 1566 fué el primero en usar del mercurio ó de la amalgamación en la limpia del oro y de la plata; y Acosta con su *Historia natural y moral de las Indias;* y Álvaro Alonso Barba con su *Arte de los metales*, obra de maestro al

sentir unánime de los coetáneos. Hablen en la Botánica, como seguidores de aquella afición de los españoles á herborear, que ya Plinio atestigua, el polígrafo Gonzalo Fernández de Oviedo que dedica á solo este asunto cuatro libros de su *Historia general de las Indias;* y Monardes que enriquece la farmacopea con su tratado *De las drogas de las Indias,* publicado antes con el título de *Simplicium medicamentorum in India nascentium Historia;* y Pedro de Osuna, y el portugués García de Orta, y sobre todos ellos la obra monumental del toledano Francisco Hernández á quien con grandes expensas y larga compañía de gente docta que le ayudase envió á las Indias porque explorase y estudiase aquellas regiones, aquel Felipe II que promovió el primer mapa geodósico que se intentó en Europa, y que escribía á su embajador en París D. Francés de Alava, que á cualquier precio recogiese cuantos libros merecedores de ser leídos alumbrasen las prensas europeas: príncipe en quien todo saber y alteza de ingenio hallaron siempre generosísimo acogimiento. Pues en la Historia Natural hable el famoso médico Álvaro de Castro con su diccionario universal de piedras, plantas y flores, intitulado *Janua vitæ;* y el famosísimo traductor de *Dioscórides,* el doctor Laguna á quien sobre Columna dá Clavijo la gloria de haber sido el primero en abrir láminas con que bien al vivo estas enseñanzas se mostrasen; y el valenciano Pedro Ximen autor del *Diálogus de ré médica*, escrito en 1549, y según muchos descubridor del hueso estribo, que él pintó semejante al delta griego: gloria que con los extraños le disputan también los españoles Luis Collado y su díscipulo el doctísimo catedrático de Salamanca Cosme de Medina. Pues entre los médicos lleve la voz el divino Vallés cuyos comentarios á Hipócrates, al decir del lusitano Zacuto, encierran mejor que otro libro alguno los principios de esta nobilísima ciencia; y Juan Almenara, y Francisco López de Villalobos de popularísimo renombre; y Bartolomé Montaña, y el valenciano Gaspar Torrella primero en la formación de las historias clínicas, ojo de investigaciones tan intrincadas; y Luis Mercado á quien Torti proclama primer definidor y

diagnosticador de las intermitentes; y Monreal, y Gómez de la Parra, y Villarreal, y Soto, y Herrera, que hacen afirmar á Wilke que los españoles fueron los que conocieron bien y diagnosticaron la angina maligna. Hable también muy alto el benedictino de Sahagun Pedro Ponce primero en enseñar á leer y escribir á los sordos-mudos; en lo que fué tan allá, según el gravísimo Ambrosio de Morales, que discípulo tuvo que hablaba correctamente en la mism lengua latina. Y el descubrimiento de la circulación de la sangre, entre todos famoso; del cual si por ventura tuvieron los antiguos alguna idea, luego se perdió en la común ruina; á nadie más que á los españoles se debe. Que demás de aquel desalumbrado de Servet, á quien llevó á la hoguera, no el alzarse contra el acatamiento de doctrina bajada de lo alto, sino el negarse con altivez española á jurar por la infalibilidad de Calvino; demás de Servet, digo, descubridor de la circulación menor en torno al corazón y los pulmones; que en los propios términos también pintó Valverde en su famosa *Anatomía del cuerpo humano;* sale á reivindicar para sí la gloria de haber tratado el primero la circulación general otro español, el zamorano Francisco Reyna en su *Libro de Albeytería,* ya reimpreso en Mondoñedo el año 1549: que en aquella dichosa edad hasta los albeítares españoles enseñaban á Europa. Con tantas pruebas hablar con menosprecio de la ciencia española de nuestra gran centuria, sino fuese vulgaridad insigne, sería injusticia notoria.

Pues de esta labor científica se muestra conocedor y sabedor nuestro Granada como si toda la vida lo hubiese profesado. No desluce su mérito que á veces admita como de recibo los sueños de Solino y Plinio; que este error estaba en los tiempos, cuando la experimentación no lo había tenido aún de correr por campos dilatados: y no era error de España más de toda Europa. Y hay que admirar que con aquella su genial afición á la naturaleza, á las experiencias de otros añade las propias, con lo que su libro gana en quilates. Pareceríame agravio de su mérito, huyendo de la prolijidad, no trasladar algunos de sus párrafos. Véase

como habla de la vida vegetativa de las plantas. «Ni es menos de considerar la manera en que estos árboles y todas las plantas se mantienen. Porque en las raíces tienen unas barbillas, por las cuales atraen el humor de la tierra, que con el calor del sol sube á lo alto por el corazón y corteza del tronco, y por todos los poros del árbol, para cuya conservación sirven esas mesmas cortezas, que son como camisas ó ropas que los abrigan y visten. Tienen también las hojas, á manera de cuerpo humano, sus venas, por donde este jugo corre y se reparte, de tal manera trazadas, que en medio está la vena mayor que divide la hoja en dos partes iguales, y desta se enraman todas las venas, adelgazándose más y más, hasta quedar como cabellos: por las cuales se comunica el alimento á toda la hoja. Lo cual noté yo en unas hojas de un peral, de las cuales se mantienen unos gusanillos que comian lo más delicado de la sobrehaz de la hoja, y así quedaba clara aquella maravillosa red y tejedura de venas muy menudas, que allí se descubrian. Pues desta manera no sólo se mantiene el árbol, sino también cresce mediante la virtud del ánima vegetativa, y cresce más que cualquiera de los animales que tienen la mesma ánima. Y entre otras causas deste crescimiento, una es que los brutos no solo se ocupan en sustentar el cuerpo, sino también en las obras (que se llaman animales) de los sentidos; del cual oficio carescen las plantas, y por eso como más desocupadas crescen más. Y de aquí procede que los hombres estudiosos ó dados á la contemplación, tienen los cuerpos más flacos, porque ejercitan más estas operaciones animales, no de los sentidos exteriores sino de los interiores; y la virtud repartida es más flaca que la que está junta». Oyendo ésto ¿se tendrá á maravilla que de estos capítulos que tratan de historia natural, trasladados en lengua latina, hiciese Gaspar Manero libro por separado con el título de *Philosophia christiana?* Y donde más sobresalen prendas de tanta estima es en la anatomía y fisiología del hombre, porque allí suspende con la exactitud y deleita con la elegancia. Bien lo entendió así el prebendado complutense D. Manuel Serrano, el cual juzgó beneficio para los médicos de lugar, faltos de

libros que los guiasen, hacer un compendio de todo ello, que intituló *Descripción de la fábrica del Cuerpo humano y de las partes principales que le componen.* Hecho harto significativo en loor del fraile del siglo XVI, y no tanto de nuestra ciencia á fines del XVIII: y por mi fe que no sin gracia.

En estos términos se explica el P. Granada sobre la circulación de la sangre: «Mas otra parte della vá derecha al corazón, el cual como tenga dos ventrículos ó senos distinctos, recibe esta sangre en el primero dellos; y allí con el gran calor dél, otra vez se refina y purifica, despidiendo por la canal del pulmón toda la fumosidad y hollín que tiene. Y deste primer seno vá al segundo, donde aun mas se afina; y de sangre venal se hace arterial, que es una sangre purísima y calidísima, la cual sirve para engendrar los espíritus que llaman vitales, porque son los que dan calor y vida á nuestros miembros. Desta manera aquella infinita sabiduría y providencia dispone todas las cosas suavemente, dando orden como las cosas imperfectas y groseras se vayan de tal manera perfeccionando y adelgazando y (si decirse puede) espiritualizándose; con lo cual tengan mayor virtud para oficios más altos y más importantes, como luego diremos. Y para ésto diputa sus vasos y senos con especiales propiedades y virtudes, para que esto se pueda convenientemente hacer: como lo vemos en estos dos senos del corazón, y en todo lo que luego diremos que dél procede. Lo cual bien considerado nos obligará á exclamar muchas veces con el Profeta Real, diciendo: Cúan engrandecidas son, Señor, vuestras obras. Todas están hechas con suma sabiduría, y la tierra está llena de vuestras riquezas y maravillas. Porque trás desto se siguen luego las arterias, que proceden del mesmo corazón (las cuales llevan dentro de sí la sangre que llaman arterial, y los espíritus vitales por todo el cuerpo), así como del hígado nascen las venas que llevan la sangre nutrimental con que nos mantenemos: y así se distribuyen estas arterias, y ramifican por todo el cuerpo como las mesmas venas, etc.»

Pues la distinción de los cordones medulares en sensitivos y motores, á lo que se veía entónces (y en siglos no se

vió mucho más), conocida y tratada la tenemos del Venerable Maestro: «Así como en el corazón hay dos senos ó ventrecillos en que se fraguan los espíritus vitales, así en los sesos hay otros dos, en que se forjan los espíritus animales....» «Mas aquí es de notar que de estos espíritus, unos son para dar movimiento á los miembros, y otros para dar sentido. Para lo cual proveyó el Criador los caminos por donde corriesen y se distribuyesen por todo el cuerpo, que son dos diferencias de nervios: unos para que lleven los espíritus que causan el movimiento y otros los que dan el sentido. La cual diferencia se vé clara en algunos paralíticos, que por tener estúpidos los nervios que son causa del movimiento, no pueden mover la parte del cuerpo que está paraliticado; y con todo eso sienten si los tocais y punzais, por no estar cerrados los nervios que causan el sentimiento....» «Y porque el lugar donde estos espíritus animales se fabrican es aquella masa de los sesos, esta masa corre por todo el espinazo, cercada de muy duros huesos, que la defienden, como á los de la cabeza el casco, y así mesmo vá también ella envuelta con aquellas dos túnicas ó camisas que digimos tener los sesos, que son la dura madre y pía madre que está junto á ella. Porque cosa tan delicada y tan preciosa como ella ordenó el Criador que estuviese no solamente defendida y amparada con los huesos, sino también regalada y abrigada con estas dos camisas susodichas. Y digo tan preciosa, porque de la masa blanca que vá por este canal, que llamamos la médula del espinazo, nacen veinticuatro pares de nervios, de los cuales los doce sirven para dar estos espíritus animales á la parte de nuestro cuerpo que sube de la cintura arriba, y los otros para la que resta de la cintura abajo hasta los pies, de tal manera repartidas, que los doce sirven á un lado del cuerpo y los otros doce para el otro. Y porque nada faltase á esta obra proveyó aquel Artífice soberano que en todos estos huesos del espinazo hubiese unos muy sutiles agujericos por donde estos nervios salen á hacer estos oficios susodichos. Y aun de otra cosa proveyó más sutil, que es de una delicadísima tela que divide las dos partes de esta médula espinal; y de la una banda desta tela

proceden los nervios de un lado, y de la otra los del otro, sin perjudicar los nervios de la una parte á la masa de do proceden los de la otra....» «Mas si alguno quisiere entender cuáles sean estos espíritus que tanto pueden, digo que son como unos rayos sutilísimos de luz, que corren por los poros destos nervios, y por medios dellos se distribuyen por todo el cuerpo....»

Finalmente, ¿quién mejor que el gran filósofo español resume la doctrina, entónces corriente, sobre el lugar y asiento de cada función del cerebro, según se entendió hasta que vino Gall con su sistema de todos tan conocido? Y lo que dice hablando de los sentidos es lo que vais á oir: «Los exteriores y particulares son los cinco que todos conocemos, los cuales van á rematarse en un sentido común que tenemos en la primera parte de los sesos. Porque de aquí nascen los nervios, por los cuales pasan los espíritus que dan virtud de sentir á estos cinco sentidos, y por estos mesmos nervios envían ellos las especies é imágenes de las cosas que sintieron á este sentido común, y le dan nuevas de lo que percibieron, y en esta moneda pagan el beneficio recibido, sirviendo como criados y mensajeros á su señor, dándole cuenta de lo que por defuera pasa....» «Después de este sentido común está, un poco más adelante, otro seno que llamamos la imaginación, que recibe todas estas mismas imágenes y las retiene y guarda fielmente. Porque el sentido común está en una parte de los sesos muy tierna, y por eso está más dispuesta para que en ella se impriman estas imágenes, más no lo es para retenerlas y conservarlas, por su mucha blandura. Y por esto preveyó el Criador de otro ventrecillo en otra parte de los sesos más duros, que se sigue después desta, la cual recibe todas estas imágenes y las guarda, y por eso se llama imaginativa....» «Después de esta potencia, está un poco más adelante, en los mesmos sesos, otro ventrecillo, que en los brutos se llama estimativa, y en los hombres, por ser en ellos más excelente esta facultad, se llama cogitativa....» «Últimamente, en la postrera parte de los sesos que están en el colodrillo, puso la memoria, la cual es más propia del hombre que de los bru-

tos, aunque della participan algunos.... Mas en el hombre es más perfecta y universal esta memoria como luego declararemos....» «....Mas tratando del órgano de la vista, es de saber que de aquella parte delantera de nuestros sesos, donde digimos que estaba el sentido común, nascen dos nervios, uno por un lado y otro por otro, por los cuales descienden hasta los ojos aquellos espíritus que llamamos animales, y estos le dan virtud para ver, siendo primero ellos informados con aquellas especies é imágenes de las cosas que digimos....» «Pasemos del sentido del ver al del oir.... Pues de este sentido son causa dos nervios, que proceden del sentido común, uno por una banda y otro por otra, los cuales llevan los espíritus animales que nos dan virtud para oir...» «El mesmo origen tiene el sentido del oler, al cual descienden otros dos nervios que proceden de la mesma fuente del sentido común, y llegan á las narices, las cuales tienen dentro de sí dos pezones chiquititos de carne muy blanda y esponjosa, envueltos en unas telas delicadas, á donde vienen á parar los nervios sobredichos....» «De aquí descendemos, un poco más abajo, al sentido del gusto.... Y la causa deste sentimiento son dos nervios que están en medio de la lengua, y se ramifican y extienden por toda ella....» «El postrer sentido es el tacto.... Este sentido no tiene lugar señalado en nuestro cuerpo donde esté situado, porque está extendido por todo él, por ser así necesario para que el animal sienta lo dañoso y lo provechoso, y así huya lo uno y procure lo otro. Y la causa deste sentimiento es otro linaje de nervios que se derraman por todo el cuerpo, y son causa del sentido, así como hay otros que lo son del movimiento, según está declarado....»

Tal es, Señores, aunque visto de soslayo, el estupendo libro de la *Introducción al Símbolo de la Fe*. Extasíase en él, contemplando lo criado, el alma dulcísima de Fray Luis de Granada, que sentía la naturaleza como no la sintió hombre alguno después de S. Francisco de Asís. Pero no es esta contemplación aquel perezoso esfumarse del espíritu, que luego asoma en la literatura de los pueblos flacos y decadentes; ni el anonadamiento sombrío del panteismo

materialista, donde Dios semeja inmenso polípo que tiende por doquiera la muchedumbre de sus ramales, sino que es la clara y hermosa idea del universo mundo creado, conservado, sustentado, regido, vivificado é iluminado por Dios. Dios sapientísimo en las más gallardas criaturas como en las que parecen más ruines; Dios poderosísimo en lo grande como en lo mínimo; Dios bondadosísimo cuando los mil regalos de la creación nos ofrece en abastada mesa, y cuando en ella nos pone el acíbar de lo que parece criado para nuestro tormento. Dios en el mundo por esencia, presencia y potencia, retratándose en el espejo de sus criaturas porque mejor le sintamos y veamos. Pues el mar «cuando está quieto y libre de los vientos, ó cuando con un aire templado blandamente se encrespa» entonces nos representa «la blandura y mansedumbre del Criador para con los buenos»; pero «cuando es combatido de recios vientos, y levanta sus temerosas ondas hasta las nubes, y cuanto más las levanta á lo alto, tanto más profundamente descubre los abismos» (entonces) «nos declara el furor de la ira divina, y la grandeza del poder que tales tempestades puede levantar y sosegar cuando á él le place». «Pues en los ramalicos retortijados con los cuales se prende» (la vid) «en las ramas de los árboles, y suben cuanto ellos suben.... parece estar impresa la imagen de la Redención. Porque desta manera subimos los hombres (con ser criaturas tan bajas si nos comparamos con los ángeles) arrimándonos á aquel alto cedro del Monte Líbano, que es Cristo nuestro Redentor». «Y todas estas hermosuras que vemos y otras innumerables que no vemos..... como en el entendimiento del maestro la ciencia que enseña á sus discípulos, así en Dios están por muy excelente manera como criador dellas». Libro que con esta verdad habla de Dios, como por boca de hombre no se habló mejor, ¿qué mucho que corriese por Europa y se arrebatase y se devorase? ¿Qué mucho que se trasladase hasta en las lenguas bárbaras, y que donde quiera se divulgase como el mejor concertador de voluntades para la verdad? Ya lo dijo Gregorio XIII, que las obras del Venerable Granada eran grandes obradoras de milagros: porque mila-

gro es que el ciego vea, que el sordo oiga, y que el tullido cobre su agilidad; más todavía mayor milagro es, al entendimiento que estaba ciego, hacerle ver, á las pasiones que ensordecían con el vocear de sus apetitos, hacerlas oir, y á la voluntad que claudicaba, hacerla marchar derecha y firme hacia el bien.

VI.

Fray Luis de Granada es escritor polígrafo; y aunque de lo mucho que escribió, ya en lengua latina, ya en la nuestra castellana, no he de hablar aquí, cuando con lo breve de la ocasión voy tan solo apuntando; pero no son para omitidos sus escritos biográficos: género de historias por demás interesante y donde á veces se aprende más de lo que fué que en las generales. Dos han llegado á nosotros de varias que escribió; y las dos, memoria de grandes amigos suyos, que fueron ornamento y lustre de la España del siglo XVI. Porque si el uno de ellos Fray Bartolomé de los Mártires, nació en Portugal, y allí vivió y floreció, españolas son también las glorias portuguesas, como las de Aragón y Castilla; y porque desventuras y desaciertos pasados mantengan hoy fuera del estado español, aquel reino de Portugal

Tierra española *cuando Dios quería,*

no han de poder más desventuras y desaciertos que la voz de la sangre; ni una raya de tinta, tirada en el mapa, ha de ser parte á separar lo que naturaleza quiso que viviese en uno, y uno habrá de ser (mas que nosotros no lo veamos), para bien y prosperidad de la gente española; cuando plegue á Dios, que del caimiento presente se levante otra vez á la alteza de los destinos que en la historia de Europa sin duda ninguna que le están señalados. Y volviendo al propósito, que tienen las dos biografías dichas algo que pudiéramos llamar memorias íntimas para la vida de su autor, por lo mucho que amó y comunicó á sus personajes, cuyas

almas tan parejas eran de la suya.—Complacíase el dulcísimo escritor en dejar correr la pluma en alabanza de aquellos varones extraordinarios, que junto con él fueron en la empresa de cristianar las costumbres de su tiempo; uno de los cuales tan en camino le había puesto de la verdadera predicación, y el otro por su consejo se vió sobre el candelero de donde alumbró á la iglesia de Braga y aún toda la universal y católica. Pero con aquel su pensamiento de enderezar todas sus obras á miras altísimas, no tanto se propuso Fray Luis de Granada en estos libros contentar la curiosidad con las particularidades de la vida de sus héroes, cuanto presentarlos como dechados, cada cual en su estado y profesión: el uno de apóstoles, y cosechadores de almas, y el otro de prelados, según el patrón estrecho por donde los cortaba S. Pablo, y no al tenor de lo que con grande estrago de la fe solía estilarse. De aquí la brevedad en los pormenores puramente externos; que forman lo más de todas las biografías; y el que se dilate en la consideración y pintura del alma de los historiados, y del pensamiento que los alentó, de suerte que los dos libros resultan dos estudios de los que llamaríamos hoy psicológicos. Y en este punto tan bien tomados están, y con tal verdad retratados á pluma, que las dos hermosísimas figuras del apóstol y el obispo se muestran en toda la grandeza que tuvieron.

«Digo que mi intento principal en esta historia fué declarar, que sin demasiado aparato y grande familia podrá un prelado acabar todo lo que pertenesce á su oficio, teniendo las otras partes que se requieren, que son virtud, prudencia, diligencia en los negocios, y largueza en las limosnas». Estas palabras del insigne biógrafo del gran Arzobispo Fray Bartolomé de los Mártires, descubren todo su pensamiento. Andaban las costumbres del clero, y aun de los más altos de él, grandemente relajadas todavía: reliquia de la rudeza y grosería del siglo XIV, y de la espantable corrupción del XV. Puesto que la raza de los Fonsecas y Tenorios, con sus escándalos enormes, parecía acabada; pero muy válidos corrían aún para ofensa de los ojos y daño de las almas, el fausto y pompa de príncipes, y el aparato estruen-

doso de maestresalas, escuderos, palafrenes y jaurias, y aquel engordar con las rentas de las encomiendas, sin más cuenta con las cargas que traian anejas que con los negocios del gran turco. Tomaban de aquí pie los protestantes apellidando Reforma, bien que no hicieran más de trocar pasiones con pasiones, y ahitar príncipes desalmados, robadores de la hacienda de los pobres, que proclamaban la tiranía de su voluntad sobre los pueblos, mientras humillaban la voluntad propia á la tiranía de sus apetitos. Clamaban también por reformación los buenos; y el Concilio de Trento, convocado al fin y reunido por los esfuerzos de España, hubo de poner mano en ésto, como en tantas cosas que tocaban á la disciplina y á las costumbres; junto con las definiciones dogmáticas que opuso á las proposiciones heréticas de la Protesta.

¡Grande gloria es para España, que tantas alcanzó en aquel siglo venturoso, la celebración del Concilio tridentino que con ser ecuménico, bien se pudiera decir español; pues por España se convocó, y por España se juntó, y por España, contra los vientos desatados de pasiones é intereses contrarios, felicísimamente se terminó. Porque natural cosa era que los protestantes pusiesen estorbos á quien había de juzgarlos y residenciarlos, como que no buscaban el remedio de los males de la Iglesia, sino la destrucción de ella; y no habían de querer venir á razones, poniendo así en descubierto que peleaban contra la razón. Es perder el tiempo y el trabajo ponerse á traer á convencimiento á quien de antemano está resuelto á no dejarse convencer. Pero menguado papel el de la Francia de entónces, aliándose de protestantes, turcos y corsarios contra la causa de Europa, y suscitando más dificultades al Concilio que todos los herejes juntos: borrón éste y el del cisma de Occidente de que no se limpiará jamás. ¡Y valiente contraste el del Emperador y Felipe II cediendo á las veces de su derecho porque se llevase á término obra que tánto importaba á la cristiandad, y poniéndola como cláusula principalísima de todos sus conciertos y tratados! Pues los nombres de españoles que brillaron en Trento y fueron luz y guía de sus decisio-

nes, ¿quién los podrá citar? Un libro no bastaría para esta empresa, y si me alargara en ello podríais muy bien llamarme á la cuestión. Un español, el insigne teólogo Fray Domingo de Soto, redactó las seis primeras sesiones. Dos españoles, sabios clarísimos, D. Antonio Agustín y D. Diego Covarrubias, escribieron el decreto final, y de esta suerte pluma española comenzó aquella insigne obra, y plumas españolas la terminaron. ¡Y qué hombres! No sediciosos como los franceses; no exigentes como los alemanes; no demasiado blandos y contemporizadores como los italianos, si no firmísimos en la fe, purísimos en la doctrina, y con la Santa Sede como ningunos respetuosos. Porque en Trento, ladeábanse unos del lado de los reyes y príncipes temporales con daño de la potestad espiritual; guardaban otros, como rebozados, resabios peligrosos de Pisa y Basilea; y quienes había que en el calor del combate propendían al extremo contrario con detrimento de las sanas tradiciones teológicas y canónicas: así también nuestros jesuitas Salmerón y Laynez, hijos de la escuela italiana. Pero salvo éstos, los españoles, encastillados en el tomismo de la grande escuela que los formó, á cada cual dieron lo suyo; al papa, á los obispos y á los príncipes, y todo en nobilísimo tributo á la verdad. Y cuenta, que si en toda Europa las costumbres del clero necesitaban reforma, y las mil corruptelas de la disciplina severísima corrección y enmienda; pero en ninguna otra iglesia había menos que reformar, corregir y enmendar que en la de España. Mucho quedaba aún de los males pasados; pero mucho se había remediado yá. Embarga el ánimo y le llena de suavísima alegría ver el jardín de santos y sabios que perfuma nuestra historia en la segunda mitad del siglo XVI, donde se recogió la mies lozana, sembrada por los Reyes Católicos, por el Emperador y por Felipe II; de modo que florescencia tal y tan copiosa ni se vió ántes, ni fácilmente se verá jamás. Era caso de conciencia para aquellos príncipes la provisión de cargos y empleos, y singularmente para el gran Filipo, como quien sabía que antes han de medirse por las fuerzas que sustentan que no por la codicia que solicita. Que esto y no otro significa proveer un

oficio: acudirle con lo que pide su desempeño. Y con aquel ojo que tenía para conocer los hombres y medirlos y ponerles á cada cual donde sus talentos y disposición le llamaban, lo mismo la Iglesia que el Estado dotó de los hombres más capaces, sin acepción de personas ni otra mira que el bien común. Y así no es maravilla que los medianos se aupasen á buenos y los buenos á mejores, pues donde por la puerta real de los merecimientos se llega á lo más alto, allí son luego todos con animoso corazón á acometer empresas en que señalarse. No así cuando se han de saltear los portillos del favor ciego, de la lisonja vil, ó del cohecho miserable; que entonces empequeñécense los hombres, y con el uso de andar encorvados no aciertan á alzar el corazón ni los ojos del suelo de su ruindad. Este dón, pues, de saber buscar los hombres, (que junto con la rectitud de intención son los primeros que pide el oficio de rey), bien se le reconoció al Rey de España hasta el Papa, cuando lastimándose en ocasión solemne de pérdida tan grave para la Iglesia, como fué su muerte, entre otras excelsas dotes que le adornaron encareció ésta, como una que grandemente le señaló.

Pues de los hombres de entónces, el amigo de Fray Luis de Granada y hermano suyo de hábito Fray Bartolomé de los Mártires, es uno de los que se han de poner en primer lugar. Pasa muchas veces la posteridad con injusticia por la memoria de ciertos nombres sin hacer alto en ellos porque no le hablan de hazañas estruendosas; mas por ventura merecen mayor consideración y sirven de más enseñanza. Bien sabía nuestro dominico lo que procuraba á la reina D.ª Catalina de Portugal cuando le proponía para arzobispo á Fray Bartolomé de los Mártires. Resistiólo el favorecido á quien tan alta dignidad no deslumbraba con su brillo, sino antes poníale temor con su pesadumbre. Sintióse de ello la reina, aunque no la replicase con el desabrimiento con que Cisneros respondió en caso igual á la de Castilla; mas nada pudo con él, y fué menester que la obediencia hiciese virtud de la aceptación, para que al fin la humildad se diese por vencida. Pero así y todo nunca se hizo á

vivir en aquellas alturas, y no veía la hora de volver á la obscuridad de la celda y darse, según su expresivo decir, «un hartazgo de fraile»; y cuando tras muchas instancias, tánto pudo hacer que consiguió de Felipe II lo que deseaba, fué su alegría de manera que más contento quedó él renunciando, que muchos quedan obispando: y más no se puede encarecer. Este fué el varón cuyas virtudes, después de procurarles donde brillasen, quiso Fray Luis inmortalizarlas en áureas páginas tan hermosamente escritas como sentidas. Obispo que autorizó la dignidad de su oficio con el largo cortejo de muchas y santas prendas, más bien que no con el séquito y aparato de los palacios. Era su hacienda alcancía de los pobres, de la cual por ventura tomaba para sí porción menor de la que ofrecía al primero que le pordioseaba. Jamás se concedió lo que la costumbre intitula exigencias del respeto, y no tuvo en su cámara suerte ninguna de regalo, ni tapíz de blasón, ni antepuerta que del rigor del frío le defendiese. Blandamente daba oídos de piedad al caído que le buscaba para levantarse, y aun al enemigo que le hería, tendíale los brazos, logrando así quedar vencedor de él con más generosa victoria. Mas con ser de cera para los humildes y menesterosos, era de acero con los altivos y soberbios, y en lo que tocaba á conciencia, ó se debía á su autoridad; como quiera que lo que es de obligación liga invenciblemente á cumplimiento, y lo que es del cargo no se puede renunciar como propio, si no antes se ha de defender como ajeno. No hallaba trabajo que ahorrarse si había de ser en bien de su iglesia: buena prueba el viaje de Roma, que le emprendió sólo por solicitar del Papa que los beneficios se proveyesen por concurso. Solicitud que ponía el dedo en la llaga, por ventura más lastimosa, que dañaba el cuerpo de la Iglesia.

Pero en Roma y en Trento fué donde el insigne portugués se mostró en todo lo que era. No quedó por él, que valientemente lo propuso, si no se decretó que la renta de los prelados, cubierta la decencia de la mitra, se gastase en obras pías. Con lo cual el santo arzobispo, que con santísima libertad se había quejado públicamente en el Concilio del

fausto de algunos mitrados, parecía recordar las tradiciones de la primitiva disciplina de España, que no hacía porción de frutos para los pobres, porque así entendiesen todos que cuanto no fuese necesario para el sustento y decoro de los ministros, todo ello era caudal de los pobres, que en los pobres había de emplearse. Y más aun sucedió, porque tratándose de puntos de reformación, como la lisonja, que donde quiera sutilmente se entra, dijese que los cardenales no habían necesidad de ser reformados, el egregio sucesor de San Martín de Braga, volviéndose á los Cardenales exclamó: Bueno es que fuente donde los demás prelados hemos de beber esté bien limpia. Pero ¿qué más? Si recibido en audiencia por Su Santidad delante de algunos cardenales y obispos, éstos en pie según era costumbre, y mandándole el papa que se sentase, respondió: Santísimo Padre, yo no puedo sentarme donde los obispos mis hermanos están en pie. Con que desde entonces se introdujo en Roma esta otra costumbre mejor. Y todavía cuando el mismo papa Pio IV le convidó á comer, tuvo cristiano desenfado para proponerle que se sirviese de porcelanas en vez de la bajilla de plata con que la mesa se servía. Bien dice nuestro escritor hablando de estas hazañas: «¡Oh cuán grande cosa es el temor de Dios, pues donde este reina echa fuera como más poderoso todo otro temor humano!» Y temor de Dios era esto y no soberbia de reformado, como harto lo dice aquella humildad y fe vivísima con que en llegando á un lugar de donde se veía á Roma, luego se apeó de la mula que cabalgaba é hizo apear á todos sus criados, é hincado de rodillas saludó á aquella Santa Iglesia, «madre común de todas las del mundo, escuela de la religión, columna de la verdad», santo suelo «á quien, como escribe Cervantes, de contínuo beatifican las aguas de su famoso río, con las infinitas reliquias de mártires que en ellas tuvieron sepultura». Que este era el espíritu de nuestros grandes prelados tridentinos, y este fué siempre el catolicismo de los españoles, tan austero y franco como ferviente y de buena casta.

Si mucho quedaba aún por remediar de los viejos males de España en las costumbres del clero á mediados del siglo

XVI, no poca enmienda pedían también las de la sociedad en general; y más en Andalucía donde venía de antiguo la relajación por muy diferentes causas. Con la gran fertilidad de su suelo abundaban en ella los ricos de más que razonable hacienda, y los señores de dilatadísimos estados; muchos, adquiridos gloriosamente en los varios lances de la reconquista. Y como la abundancia sea más propensa á enviciarse que no la estrechez y pobreza, con estos regalos, y con lo que de suyo dá la apacibilidad del cielo, y los ardores del sol del mediodía, que encienden la imaginación y la provocan á deleites, las costumbres más se iban tras estas dulzuras que tras la austeridad y rigor de otros tiempos; en los cuales, estar siempre con la guerra al ojo y de cabalgadas y embestidas contra infieles, mantenía los hombres más sobrios y recogidos. Pues la levadura de la bestial sensualidad mahometana, que ya por los días de Alfonso VI de Castilla se había metido con grande estrago entre los cristianos, después, con la mayor comunicación y trato, y con la estada de infantes sediciosos, y ricos hombres rebeldes en tierra de moros, había cundido de suerte que en el siglo XV más parecían los poderosos moros con bautismo que no gente que profesase la fe de Cristo, á la cual en la vida muy poco ó nada se conformaban. Y no se hable de los resabios judáicos, ni de las mil supersticiones y embelecos gentílicos que lo estragaban todo; que en esto el daño era tan hondo, que todavía más de medio siglo adelante el famoso *Coloquio de los Perros* nos dejó pintura fiel de muchas fealdades de éstas que aun entonces corrían autorizadas. Y en pie estaba también el escarnecer la justicia tomándosela cada cual por su mano, y la guerra sin entrañas de linajes y bandos, y los odios inextinguibles que ensangrentaban villas y ciudades. Sabidos son de todos los bandos de Extremadura, y el nombre de una plaza recuerda los de Salamanca: que allí donde la justicia es flaca todos se erigen en justicias. Y aunque el brazo de hierro de los Reyes Católicos, levantando lo miserablemente caído, humilló los soberbios, tan arrogantes en otros reinados; pero mal, que tales raíces tenía, no se podía descuajar de modo que no quedasen algunas. En reso-

lución, que gemia el oprimido bajo su desafuero, el hambriento bajo su miseria, el desalumbrado en la noche de la superstición, y holgábanse opresores, ahitos y embaucadores; y todo era leña donde, á prender el fuego de la herejía, por ventura levantara hoguera formidable.

¿Cuyo era el remedio de males tan desastrados y la medicina de dolencias tan peligrosas? De un hombre casi mozo que paseó bayetas en las aulas de Salamanca y Alcalá donde cursó leyes y artes, discípulo del clarísimo Domingo de Soto, y amiguísimo de aquel D. Pedro Guerrero, después arzobispo de Granada que tan grandemente se había de señalar en Trento. Hombre de singularísima piedad, de gran rigor de vida, de corazón siempre inclinado á amar con inclinación invencible, y de una elocuencia natural y ardorosa que á los que le oían, por arrecida que les tuviese el alma el hielo de la culpa, encendíalos, y mal su grado los arrastraba. Creo que no necesito nombrar al Venerable Maestro Juan de Ávila pues todos le habreis reconocido. Comunicóle estrechamente nuestro Fray Luis de Granada, que confería con él de cosas espirituales, y aprendió en sus lecciones mucho de lo que tiene de divino el arte de la predicación, y quiso dejarnos en la relación de su vida y modo de predicar el espejo en que han de mirarse los que quieran predicar, no de sí ni por vanidad ó granjería, sino á Cristo, según le predicaba el Apóstol de las gentes á quien el de Andalucía tomó por dechado que imitó siempre. «Aquí entiendo, escribe nuestro granatense, formar un predicador evangélico, con todas las partes y virtudes que ha de tener; más no poniendo yo nada de mi casa sino mostrándolo en la vida y ejercicios deste nuestro predicador. Y para llevar algún orden en esta historia, trataré primero de las virtudes y gracia que nuestro Señor le concedió para este oficio; y luego de las virtudes especiales de su persona, y después del oficio de su predicación y fructo della, que de todo lo susodicho se siguió». Por estas palabras veis confirmado lo que arriba dije del pensamiento altísimo de que se llevó Fray Luis escribiendo estas biografías. En la del Venerable Ávila quiso como encarnar en este varón apos-

tólico la escuela de un predicador según la mente de la Iglesia; de modo que esta biografía y el libro de la *Retórica Eclesiástica,* de que hablaré luego, son el uno al otro lo que la práctica á la teoría, y juntos una misma lección provechosísima. Y cierto que del arte de predicar, aun en lo que tiene de ejercicio literario y puramente humano, el maestro Ávila fué restaurador y casi fundador. Porque en su tiempo adolecía el púlpito de la hinchazón y culteranismo que la escuela de Juan de Mena introdujo en la literatura del siglo XV, y de que la oratoria sagrada más que otros géneros literarios tardó en purgarse; mas el maestro Ávila con su palabra limpia y sin artificio, que buscaba todo su poder en la fuerza de las razones y en la verdad de los afectos, y no en los aliños retóricos ni en las citas y referencias eruditas, es un orador cristiano del corte austero y de la severidad de líneas con que piden ser tratadas y dibujadas las cosas grandes. Y si tal vez alguna comparación trivial ó alguna llaneza demasiada puede ser lunar que afee la hermosura de sus sermones; pero suya es la gloria de haber mostrado el camino á los que venían después; y al fin más disculpa tiene bajarse mucho porque alcancen todos, que andar con remilgos pedantescos tan fuera del buen gusto como lejos de la ocasión. Así pudiera entrar aquí en el examen sabroso de la doctrina de este maestro; pero me descaminaría de mi asunto. Esparcida está en sus sermones y en sus cartas espirituales con que dirigía muchos espíritus de los más aventajados en la virtud; y singularmente en la admirable intitulada *Audi, filia,* instrucción escrita para la esforzada de D.ª Sancha Carrillo, que, dispuestas ya las galas para ir á la corte, se volvió atrás del camino y tomó dichosamente la vuelta del cielo. Rebosa en este y en los demás escritos suyos, más ascéticos que místicos, una ternura suavísima y un encendimiento grande en el amor de Dios, tánto que bien pudiéramos llamar á su autor el apóstol de este divino amor. Pero este mismo fuego en que se abrasaba, y que le hacía ser tan dulce y conmovedor cuando hablaba de las excelencias de Dios, y de lo amable que él es, tratándose de los vicios, pone en sus labios pala-

bras de expresión terrible, y aun toda la crudeza de frase de Alfonso de Venegas y del autor del *Abecedario espiritual,* Fray Francisco de Osuna: y en esto principalmente se presenta como significando la transición de estos y otros autores de principios del siglo XVI á Fray Luis de Granada. Pues de lo que sus sermones hicieron en Andalucía, que le mudaron el semblante, ¿qué decir que no lo tengais mejor dicho por su venerable historiador? Paréceme ver cómo se despueblan las ciudades, y las plazas se hacen templos por oirle. Paréceme ver en derredor de él, dándole gloria, aquellas hechuras suyas; aquel Hernando de Vargas, apóstol de los moriscos de Aragón, aquel Venerable Pedro de Ojeda catedrático de Baeza, más sabio en virtudes que en doctrina; aquellas D.ª Sancha Carrillo y D.ª Leonor de Inestrosa, portentos de virtud, que abren la cuenta de tantas almas nobilísimas; de cuyas historias, tan olvidadas hoy como dignas de ser leídas, si se recogieran, formaríase uno de los más hermosos é interesantes libros que sobre la vida española en el siglo XVI puede imaginarse. Y el loco cuerdo, S. Juan de Dios, apóstol de la Caridad: que también él se volvió á Dios con las aldabadas que la palabra del Venerable dió en su alma; y en fin, los Benavides y Carvajales de Baeza, que con sus apellidos recuerdan dramática tradición del reinado de Fernando IV el Emplazado: bandos antiguos y sangrientos que á la voz del siervo de Dios, pisados los odios, se dieron abrazo de hermanos. También fué probada la virtud de este hombre apostólico *tamquam aurum in fornace* en el crisol de la adversidad. Acusáronle al Santo Oficio los envidiosos, y los que sentían lastimados intereses y pasiones con su predicación. Salió de la prueba más limpia su fama y su santidad más acreditada. Baldón para los calumniadores; pero no se afee la justicia que procedió sobre la calumnia, antes considérese por este y otros ejemplos, qué tiranía no hubiese pesado sobre los hombres más insignes de aquel tiempo, y qué persecuciones fieras de la ignorancia torpe, de la vulgaridad necia, de la superstición meticulosa y apocada ó del fanatismo bárbaro, no hubieran tenido que padecer, si á tribunal tan alto y tan so-

bre las pasiones no se hubiese encomendado con la jurisdicción la sentencia. Quiso el Santo Oficio que la vindicación igualase al agravio, y así ordenó que el calumniado predicase un día de fiesta en la misma iglesia del Salvador, donde ántes predicaba; y en apareciendo en el púlpito rompieron las trompetas en alegres sones celebrando la victoria. ¡Honor á quien padeció por la justicia! ¡Honor á quien sin acepción de personas juzgó, y, vista la inocencia, exaltó al calumniado más que le habían querido humillar los calumniadores!

¿No os parece que entrambas figuras la del obispo y la del apóstol, merecían que pluma tan bien cortada como la de nuestro insigne dominico las dibujase? A tal pintor tales asuntos llenos de sublimidad cristiana.

Dos de los tres tratados más famosos de la ciencia espiritual, que corrieron por todo el mundo en la edad media, y tuvieron la dirección de los espíritus; *Los Grados* de San Juan Clímaco y el *Contemptus Mundi* ó *Imitación de Cristo,* puestos en hermoso romance castellano nos los dejó nuestro venerable escritor; y esto más (que por sí fuera ya bastante), tenemos que agradecerle. *Los Grados ó Escala espiritual*, ya había sido publicado ántes en tiempo de Cisneros; que atento á todo lo que pudiera ser para el bien común, con el desembarazo que si en solo aquello hubiese tenido que pensar, también cuidó que este libro, con las *Epístolas* de Santa Catalina de Sena (del cual tenemos en esta Universidad ejemplar precioso), y otros de buena doctrina, se diese á la estampa y se divulgase. Pero las traducciones castellanas, las dos que corrían, valian bien poco: la una por anticuada, que pocos entendían ya; y la otra por hecha en castellano de levante lleno de extrañezas. Queda, pues, casi íntegra para el Padre Granada, la gloria de primer traductor, y más en trabajo tan difícil por la calidad del libro, del cual dice en la dedicatoria á la Reina D.ª Catalina de Portugal: «me fué tan grande, que si al principio lo entendiera, por ventura no me atreviera á él». Palabras que es bueno se recuerden, por que sirvan de aviso á los que piensan que el trasladar de una lengua en otra es

oficio de ganapanes que se ejercita á poder de brazos; y así le tienen en menos. Verdad que según algunos lo usan sino son los brazos lo que emplean, lo que es el entendimiento no puede ser, porque ni le muestran ni acaso le tienen.

No hablaré del famoso libro de S. Juan Escolástico, que le valió el sobrenombre griego de Clímaco, como es sabido de todos; aunque bien merecía que se hablase de él, porque la obra del monje sinaita del siglo VI es lo primero que de propósito se escribió en orden á la ascética. El ingenio griego y su inclinación al análisis, que hizo que sus filósofos rayasen tan alto, descúbrense luego en aquel estudio, que emprende S. Juan, del estado del espíritu en cada grado ó escalón κλιμαξ de la escala espiritual. Un desmenuzamiento del alma verdaderamente hecho á la griega, pone á S. Juan Clímaco en disposición de apreciar nuestra vida interior ó anímica de modo que suspende con la delgadez y acierto de sus observaciones. Acaso el estudio psicológico y antropológico más completo que nos ha legado la ciencia helénica, es este libro, que se divulgó por Occidente, y fué pasto de los hombres espirituales por muchos siglos. Fuente copiosísima de doctrina ascética fué para Fray Luis de Granada, que no sólo le trasladó en romance de modo que puedan saborearle todos, mas también aprendió de él, y tomó de sus enseñanzas.

Habent sua fata libelli. Cuando se habla de Fray Luis de Granada, ¿quién se acuerda del traductor del *Contemptus mundi?* Fué necesario que la *Biblioteca de Autores españoles*, divulgadora de algunos de nuestros desconocidos clásicos, incluyese entre las obras de Fray Luis su magnífica traducción, para que se cayese en la cuenta de que tenemos en ella acaso la mejor que en lengua alguna se hizo de este libro, traducido con tanta repetición como merecimiento. De la suya pudo decir con verdad el Venerable Granatense, comparándola con las malas anteriores, que estaba en nuestro castellano con mejor y más apacible estilo; pero este juicio se ratifica con las que vinieron después, ninguna de las cuales la llega ni con mucho. Al decir

esto me refiero principalmente á la del Padre Nieremberg, autor sin duda clásico; pero ya del siglo XVII, y ni tan buen hablista, ni de tan limado y fino gusto como nuestro escritor. No se hable de la que en este siglo hizo el Padre Magin Ferrer, ni de otras que la codicia de editores y libreros antepone á las que tratan de anticuadas, porque no gustan á su paladar ni al de la gente estragada para quien se hacen las ediciones de pacotilla. Por que se vea claro, trascribiré un párrafo de ambas traducciones, y así cada cual juzgará por sí mismo.

Sirva el capítulo XI del libro II que es por donde he abierto: cualquiera otro sería igual. Pongo la una junto á la otra de modo que luego se puedan comparar.

Traducción del P. Granada.

Jesucristo tiene agora muchos amadores de su reino celestial, mas muy poquitos que lleven su Cruz. Tiene muchos que desean la consolación, y muy pocos que quieran la tribulación. Muchos compañeros para la mesa, y pocos para la abstinencia; todos quieren gozar con Cristo, mas pocos quieren sufrir algo con él. Muchos siguen á Jesús hasta el partir del pan, mas pocos á beber el cáliz de la pasión. Muchos honran sus milagros, mas pocos siguen el vituperio de la cruz Muchos aman á Jesucristo cuando no hay adversidades. Muchos le alaban y bendicen en el tiempo que reciben dél consolaciones; mas si Jesús se escondiese y los dejase un poco, luego se quejarían ó desesperarían. Mas los que aman á Jesús por el mismo Jesús, y no por su propia consolación, bendícenlo en la tribulación y angustia también como en la consolación. Y si nunca les quisiere dar consolación, siempre lo alabarían y bendecirían,

Traducción del P. Nieremberg.

Tiene ahora Jesús muchos amadores de su reino celestial, pero pocos que lleven su Cruz. Tiene muchos que desean la consolación, pero pocos la tribulación. Muchos compañeros halla para la mesa; pero pocos para la abstinencia. Todos desean gozarse con él; pocos quieren padecer algo con él ó por él. Muchos siguen á Jesús hasta la fracción del pan; pero pocos hasta beber el cáliz de la pasión. Muchos veneran sus milagros: pocos siguen la ignominia de la cruz. Muchos aman á Jesús mientras no suceden adversidades. Muchos le alaban y bendicen en tanto que reciben de él algunas consolaciones. Mas si Jesús se oculta ó los abandona por un instante, al punto se quejan ó se abaten excesivamente. Pero los que aman á Jesús, por él mismo, y no por algún consuelo suyo propio, tanto le bendicen en toda tribulación y angustia como en el mayor consuelo. Y aunque nunca más les quisiere dar consuelo,

y le harían gracias ¡Oh cuánto puede el amor verdadero de Jesús sin mezcla de amor propio! Muy claro está que se pueden llamar mercenarios los que siempre buscan consolaciones. Ciertamente más se aman á sí mismos que á Cristo, los que de contínuo piensan en sus ganancias y provechos. ¿Dónde se hallará que uno sea tal que quiera servir á Dios de balde? Pocas veces se halla alguno tan espiritual que esté desnudo de todas las cosas ¿Quién hallará el verdadero pobre de espíritu, desnudo de toda criatura? De muy lejos y muy preciado es su valor. Si el hombre diere su hacienda toda, aún no es nada. Si hiciere gran penitencia, aún es poco. Aunque tenga toda la ciencia, aun está lejos. Y si tuviere gran afección y muy ferviente devoción, aún le falta mucho, y es una cosa que ha mucho menester: que dejadas todas las cosas deje á sí mismo, y salga de sí del todo, y tan del todo, que no le quede nada de amor propio. Y cuando conosciere que ha hecho todo lo que debe hacer, piense haber hecho nada, y no tenga en mucho tener de que le puedan estimar por grande; mas llámese en verdad siervo sin provecho, como dice la Verdad. Cuando hubiéredes hecho todo lo que os he mandado, aun decid: siervos somos sin provecho. Y así podrá ser pobre y desnudo de espíritu, y decir con el Profeta: Uno sólo y pobre soy. No hay alguno más rico, ni más libre, ni más poderoso, que aquel que sabe dejarse á sí y á toda cosa, y ponerse en el más bajo lugar.

siempre le alabarían, y quisieran siempre darle gracias. ¡Oh cuánto puede el amor puro de Jesús sin mezcla de interés ó amor propio! ¿No deben llamarse mercenarios los que siempre buscan las consolaciones? ¿No dan pruebas de que son más bien amadores de sí mismos que de Cristo los que contínuamente piensan en su utilidad y ganancia? ¿Dónde se hallará alguno que quiera servir á Dios desinteresadamente? Rara vez se halla alguno tan espiritual, que esté descuidado de todas las cosas. Pues quién hallará el verdadero pobre de espíritu y que esté desnudo de toda criatura? Si diere el hombre toda su substancia, aún es nada. Y si hiciere gran penitencia, aun es poco. Y si poseyese todas las ciencias, aún está lejos. Y si tuviere gran virtud y muy fervorosa devoción, todavía le falta mucho, esto es, una cosa que le es sumamente necesaria ¿Y cuál es ésta? Que dejadas todas las cosas, se deje á sí mismo, y salga de sí enteramente, y nada retenga de amor propio. Y cuando haya hecho cuanto conozca que ha de hacer, piense que aún nada ha hecho. No tenga en mucho que pueda ser tenido por grande; mas llámese con sinceridad siervo inútil, como dice la Verdad: Cuando hiciéreis todas las cosas que os son mandadas, decid: siervos inútiles somos. Entonces podrá ser verdaderamente pobre y desnudo de espíritu, y decir con el Profeta: Porque yo me veo sólo y pobre. Y sin embargo, nadie es más rico, nadie más poderoso, nadie más libre, que el que sabe dejarse á sí mismo y todas las cosas y ponerse en el más bajo lugar.

Repetir los ejemplos sería causaros enfado, y nada más. Ahora, á quien pregunte cómo versión tan elegante y fiel no se ha dado cien veces á la estampa, ni anda en manos de todos, sólo le sabré responder que en los libros también hay sus modas, y que si es verdad, como nuestro escritor dice «que cada buhonero alaba sus agujas», no cayó su libro en manos de quienes alcanzasen mucho de este oficio, porque antes bien nunca se dieron arte para alabar las suyas.

VII.

Preciase nuestra literatura de que el compilador y ordenador de los preceptos del bien decir, según lo entendieron los antiguos, y el que los mejoró y amplió, sea el español Quintiliano, cuyo áureo libro *De Institutione oratoria,* porque á todos los anteriores llevaba mucha ventaja, quedó diputado por cánon del clasicismo. Que así España como tierra fecunda y agradecida, con sus nobilísimos ingenios, volvía á Roma, que la labró, el ciento por uno de lo sembrado. Y es curioso que conservándose en las letras españolas la tradición del insigne maestro del imperio de Galba, en orden á la Retórica y á aquel arte soberano que alumbra los entendimientos, y los atrae poniéndoles de bulto y hermoseada la verdad, andando los siglos, otros españoles, y entre ellos nuestro clarísimo granatense, quisieron hacer aplicación de la doctrina de Quintiliano á la oratoria sagrada, que por su excelencia sobre las demás, y por desconocida de los antiguos, parecía á algunos despropósito grande, cuando no profanidad licenciosa, que á aquellos cánones se acomodase. Porque en este punto del arte literario discordaban los pareceres de nuestros humanistas; no tan dóciles á lo antiguo como se pudiera creer de tiempos que soñaban con la antigüedad, y siempre prontos á dar suelta á la genialidad española, que

en todo lo que hace quiere marcar con líneas que no se borren, el aire de familia.

Fuera de Luis Vives y de los demás filósofos y humanistas de su desembarazo de pensar y decir, que entendían que el estudio de la antigüedad y la imitación de ella no había de ser obra de mosáico donde se copian líneas y figuras del modo que hoy los chinos en sus labores, buenas para asustar la paciencia más bien ejercitada, sino el fino arte de la abeja que, libando la flor, fabrica panal riquísimo de dulce miel y cera limpia y trasparente; fuera, digo, de estos filósofos y humanistas, que hablaban de la oratoria en general, respecto ya de la sagrada, había muchos que defendían su independencia del ritual de los antiguos, porque además de que la sublimidad de la materia tendría como que rebajarse para encajar en modelos, buenos para cosas menos altas, era natural que á nuevas gentes nuevos estilos y á nuevos pensamientos nueva manera de significarlos. Este modo de ver, que en el beato Alonso de Orozco y en los que pensaban como él, forma doctrina y aun escuela, en otros de sentir más estrecho era temple de espíritu, y prevención de que ataviar la oratoria sagrada con primores retóricos, y más con las galas que griegos y latinos usaron en sus discursos, valía tanto como vestir la palabra de Dios á lo profano, y predicar á Atenas y á Roma en vez de predicar á Jesucristo.

Con esto queda dicho que las dos primeras doctrinas tenían forma y sér de teorías literarias, y cierto que más firmes en sus principios y más fecundas en su aplicación, que el encogimiento de espíritu de muchos renacientes de Italia, que entendían el amor de la antigüedad y su estudio, de modo tal, que antes entumecía el ingenio que le soltaba á grandes cosas. En cuanto al último parecer, pobre y meticuloso, por querer probar demasiado nada probaba, si no era que sus mantenedores condenaban de plano el arte de la oratoria, cabalmente en su expresión más alta, y en el más noble empleo que la palabra humana puede hallar: que es hablar de Dios, verdad y hermosura por esencia, y llevar los hombres á él. Y en esta condenación quedaban in-

clusos los Padres de la Iglesia griegos y latinos que con las preseas más ricas de los oradores de la antigüedad pagana adornaron la palabra de la verdad evangélica, como con despojos de un enemigo vencido y magníficos trofeos de victoria.

Acaso en este rigor de juicio (y esto no pasa de conjetura), se ha de buscar la respuesta del Venerable Juan de Ávila al Conde de Feria que le preguntaba qué sentía de un sermón de nuestro Fray Luis, cuando le dijo: Sermón donde no se predica á Jesucristo crucificado y á S. Pedro, y siguiendo su doctrina no me satisface mucho. Pero Fray Luis de Granada, que por igual estaba empapado en las letras sagradas y en las profanas, en los Padres de la Iglesia y en Santo Tomás, como en los filósofos, historiadores y poetas griegos y romanos, tenía que poner bien de relieve su personalidad literaria en el arte de predicar, del modo que su personalidad teológica y filosófica aparece cincelada en sus tratados de mística, ascética y catequística. Así pues el hermoso sincretismo de su espíritu donde todo cabe con tal que sea luz y verdad, se vé luego campear en el libro de la *Retórica eclesiástica* en el cual expone la doctrina de Quintiliano; pero no cerrada á toda otra idea nueva, sino comentada, exornada y perfeccionada con cuanto antes de él y después de él, por los hombres de la sociedad pagana, y por los hombres de la ley de Cristo, se trabajó y afanó en pulir el divino arte de la palabra. El fondo del orador y la materia de la oratoria tratado lo tenía de mano maestra en la vida del Apóstol de Andalucía; aquí, puesto que también vuelva sobre ello y más y más lo inculque, como circunstancias sin las cuales el orador sagrado no pasará de insustancial retórico; pero estudia ampliamente la forma considerando la oratoria sagrada como verdadero arte que tiene sus preceptos que hay que aprender y guardar. Su pensamiento cerca de este arte pónele bien de manifiesto en el capítulo segundo de su libro, donde contesta de antemano las objeciones que se le pudieran hacer. «Los que predican al pueblo pueden socorrerse mucho con la ayuda del arte retórico. Y creyendo que las otras artes son necesarias

para la más cabal inteligencia de la sagrada teología, ¿por qué no hemos de emprender igualmente el estudio del arte de bien decir, para ejercitarnos más felizmente en el empleo de predicador? Sabido es cuán de antiguo llamaron nuestros teólogos las criadas al alcázar, esto es decir, que atrajeron á toda la filosofía racional, natural y moral, al obsequio y firmeza de la sagrada teología. Y en nuestros días se gloria Jerónimo Vida, famoso poeta, de haber llevado al río Jordán las musas, de haberlas limpiado de la suciedad que se les pegó de los poetas gentiles y de haberlas consagrado á la historia evangélica y á las alabanzas de los santos. Siendo pues esto así, ¿por qué razón no acomodaremos al oficio de predicar la retórica ó arte de bien decir, inventada por Aristóteles, príncipe en todas las ciencias, aumentada y enriquecida con grande estudio por otros doctísimos varones que le siguieron?.... Si nadie puede loablemente ejercitarse en las disputas filosóficas y teológicas, si no está diestro en el arte de disputar, así apenas sin el socorro de la retórica podrá alguno predicar bien, á no estar inspirado por el Espíritu Santo, como sucedió á los apóstoles y profetas, ó no está dotado de un ingenio muy feliz y de una natural fecundía, lo que en muy pocos se encuentra.... Por tanto, no sin razón debe culparse la negligencia de muchos predicadores, que suben al púlpito sin el subsidio de esta arte. A la verdad tengo por cosa indignísima que un empleo tan noble, tan necesario en la Iglesia, y el más difícil de todos, se ejerza sin ningún principio ni regla; siendo así que hasta los oficios mecánicos no pueden ejercitarse bien sin haberlos ántes aprendido». Y confirmando esto mismo dice en otro lugar: «¿Creerá acaso alguno que á S. Crisóstomo, á S. Basilio, á su hermano S. Gregorio Niceno y á S. Cipriano, que fueron elocuentísimos y hablaron con grandísimo artificio, les fué de estorbo la retórica para tratar la causa de Dios con ardentísimo celo y afecto, y para convertir á los hombres del vicio á la virtud?» Pero si defiende la excelencia del arte para la mejor forma de predicar, no se olvida de que este ministerio de la predicación tiene más de divino que de humano, y así encarece

su dignidad, y la dificultad grande que hay en él, y la pureza y rectitud de intención, y la caridad ardentísima que pide al predicador. «El hombre, dice, olvidado de sí, de sus comodidades y de su honor ponga fija la mirada en la gloria de Dios y salvación de las almas, atienda solamente á aquella, búsquela, piense en ella, téngala siempre delante de sus ojos, y jamás aparte de ella el pensamiento, para pensar en sí mismo.... (porque) ....esta deformidad de hacer el hombre su negocio cuando Dios le encarga el suyo, desdice tanto de toda buena razón, que apenas hay términos para poder explicarla; y esto no obstante es dificultosísimo no incurrir en ella.... Claro está, pues, que no es fácil guardar esta pureza de intención en el ejercicio de este empleo, si el predicador no procura alcanzarla de Dios como un don suyo raro y singular, con muchas lágrimas, muchas oraciones y méritos de virtudes». Y por esto recomienda al predicador meditación muy atenta de las cosas de Dios, y recojerse á templar las armas en su presencia, y aun celebrar aquel día con la mayor humildad y devoción, guardando este rescoldo para que luego en el púlpito le encienda más en deseo de servir solo á Dios. En suma, es este libro de la *Retórica eclesiástica,* que su autor escribió en hermoso latín y dedicó á la Universidad de Evora, arsenal riquísimo de todos los pertrechos del bien decir según el estilo clásico. Nada más completo en su género ni mejor compuesto. Fray Luis de Granada entra á saco las letras sagradas y profanas, y toda esta riqueza la pone á servicio del orador cristiano. *Omnia subjecisti sub pedibus ejus*, podía decirse del egregio escritor.

Nadie tampoco parecía más á propósito para enseñar los caminos de la oratoria que Fray Luis de Granada, orador de nacimiento que tenía elocuencia tan espontánea. Sería presunción decir de ella más de lo que dice Capmany, que sentía arrasársele los ojos leyendo las meditaciones de la pasión, escritas con verdad y calor que llegan adentro. Bien escribe que «en los discursos del P. Granada anda el Altísimo como anda por el Universo, dando á todas sus partes vida y movimiento» y, que parece que descubre á sus lec-

tores las entrañas de la Divinidad, y la secreta profundidad de sus designios y el insondable piélago de sus perfecciones». Oriundo de Galicia y nacido en esta tierra, rebosa en su oratoria la ternura gallega y la exuberancia de imaginación de Andalucía. Tomista del Renacimiento, con el rigor dialéctico y la precisión de términos de la escuela, junta la magnificencia de forma de Berruguete y Sancio de Urbino, que ya lucieron también los Cicerones, los Basilios y los Crisóstomos. Menos nervioso y enérgico que Fray Luis de León tiene más suave atractivo y pompa más deslumbradora. Con ser tan encendido en los afectos y tan brioso en el decir como el maestro Juan de Ávila, resulta más retórico sin presumir de serlo, y aventájale en elegancia y buen gusto. Todos sus escritos están como rodeados de un ambiente de serenidad, que yo diría euritmia, y que no es sino la buena proporción de las partes de aquella alma, y la serenidad tranquila de sus movimientos, todos blandamente dirigidos por la fuerza suave de la virtud. Pues en cuanto al lenguaje, por más que Valdés y Fray Antonio de Guevara, y el donosísimo obispo de Bona D. Juan de la Sal basten para ponerle muy alto en la primera mitad del siglo; con todo ello, Fray Luis de Granada halló nuestra lengua todavía algo entumida, y sujeta aún entre los antiguos andadores del romance, y los nuevos que se le querían poner de un latinismo dislocador y postizo. Él la desentumió y soltó para que marchase sola con andar gallardo y corriese por Europa y rodease el mundo como señora de las lenguas. Y ved que la española recibió su última mano empleándose en alabar á Dios y defender las verdades católicas, como que «no se forjó para decir herejías»; y tan se ha mantenido en ello siempre, que cuantos intentaron introducir en España la herejía ó el racionalismo, tuvieron que comenzar por hacer herejías con el castellano.

Pero la raíz de esta elocuencia avasalladora, que se siente en las entrañas, que arrastra á leer y más leer, y llega, perdonadme la frase, como á emborrachar en la lectura, no es sino que cada palabra sale abrasando de la fragua de un corazón encendido en amor de Dios. Juraría que no hay

quien comience atraído tan sólo del encanto del estilo, que no acabe, sin poder irse á la mano, levantando el corazón á él. Lo que el gran maestro escribe del Venerable Juan de Ávila, y presupone en el orador cristiano, si lo ha de ser de veras, eso mismo practica, y en sus escritos y en sus sermones no vá más que á satisfacer su hambre de almas para la verdad. Y como para hablar de amor hay que saber de él; y como de amor no se aprende estudiando sino amando, por esto el santo predicador se esconde en las llagas de Cristo con una contínua meditación, y allí gusta lo que es amor, y con aquel dulzor en los labios, al cual ningún otro dulzor puede igualarse, habla después á reyes y súbditos, á grandes y pequeños, á sabios é ignorantes, á ricos y pobres, á fervorosos y tibios, y comunícaselo, y háceles sentir el fuego que le consume y los lleva á adorar y amar á Dios y á hambrear por él. Algo tiene de angélica esta elocuencia casi sobrehumana y á la vez de cuño español contrastado, donde, si no hay palabra que no sea «de solar conocido en estos reinos», según elegantemente escribe Luis Muñoz, las ideas son todas castizas y de linaje, sin que una sola tenga ni asomos siquiera de menos española.

Y observa bien un orador ilustre de nuestros días, político de los contados que en materia de libros pasan de las guardas, que á tal orador tal pueblo. Porque á Fray Luis de Granada no se le comprende bien sino mirándole dentro de nuestro gran siglo; como que es la voz de aquella España que vivía endiosada, y que acometió á tanta costa suya la empresa más heróica de la Edad Moderna, gracias á la cual todavía la Europa latina se prosterna ante la Cátedra de S. Pedro.

Para cruzada tan recia menester era cebar los corazones porque no desmayasen, y esto hace Fray Luis de Granada: él santo hacer muchos santos; él soldado de Cristo hacer soldados para Cristo, tantos como eran los españoles de su tiempo. Porque entonces, quién con la espada, quién con la palabra, quién con las obras, quién con la pluma, quién con los artes del artista, todo español peleaba contra el enemigo común de su fé, de su patria, y del mundo. Había, pues,

entre el predicador y su pueblo un casarse estrechamente en entendimiento y voluntad, y un adivinarse los pensamientos propio de los que bien se aman y van acordes á un fin.

Esta feliz intimidad se advierte en toda nuestra literatura oratoria del buen tiempo, y la hace popular en grado eminente, ó como diríamos hoy, democrática. Para ello fué necesario que la vida de nuestro pueblo hubiese alcanzado su plenitud, y que en todos sus actos se sintiese alentar el espíritu nacional. Los que han querido hacer del imperio de los Austrias un paréntesis de nuestra historia, donde las miras de los reyes van por un lado y la tradición y la voluntad popular por otro, no han sabido lo que se han dicho. Felipe II, y me fijo en él porque contra él se disparan con mayor furia todos los golpes, no es más ni menos que España en un hombre. El mismo Emperador, á quien ligerezas de mozo y costumbres extrañas hicieron andar al principio con paso poco cuerdo, luego que sentó, y ya que los rumbos de su política fueron más ciertos, resulta español por todos cuatro costados. Dudo que si la descendencia de los Reyes Católicos por línea de varón hubiese llegado á reinar, tomára por otros caminos. Porque bien comparadas entrambas políticas, se vé que no son más de una; la que en las circunstancias del siglo XVI, que España no procuró, había de seguir España so pena de renunciar á sí: suicidio que ningún pueblo puede cometer, y ménos se le puede pedir. El rey era el pueblo en aquella sociedad, porque tenía un alma con él que se encaminaba á donde Dios quería que se encaminase. Así con más verdad que Luis XIV y menos soberbia, hubiera dicho Felipe II que el Estado era él. Pueblo y Estado tenían una misma vida robustísima y de aquí que nuestra literatura, entónces en la cumbre, sea la más original y popular entre las modernas; tánto que en esto de decir por las facciones del rostro cuya es hija, sólo la de los griegos puede comparársele.

Esta excelencia de nuestras letras y en particular de nuestra oratoria sagrada, se nota luego comparándola con la traspirináica del siglo de Luis XIV: siglo y rey que la petulancia francesa llamó grandes, apodándolos más que

apellidándolos. No hay para qué esforzar lo que es probado: que del modo que Esquilo decía de sus tragedias que no había hecho sino recoger las sobras del festín de Homero, así los franceses del siglo XVII debieran confesar de agradecidos que se ahitaron con los relieves de las ollas camachinas de los españoles. Y no trato, porque el tiempo apremia, de la mucha parte que tuvieron nuestros místicos en lo poco bueno que en punto á mística y ascética ofrece aquella literatura. La dulcísima *Vida devota*, á la cual se reduce casi, bebida está en los libros de nuestro venerable escritor, que S. Francisco de Sales tenía siempre delante de los ojos, y los recomendaba como la mejor lectura espiritual, y aun como la única. Y no sigamos contando, pues los franceses siempre propendieron más á cierto sentimentalismo á lo divino, femenil, tibio, é incoloro, aunque hinchado de pensamiento y frase, que por desgracia se nos vá entrando por las puertas con esas devociones insustanciales que hoy en día lo invaden todo. Que hasta el rezar en español y á la española, y el sentir de Dios como hombres lo vamos dando al olvido. Tampoco insistiré en la influencia de nuestros insignes predicadores, y principalmente del P. Granada, en los grandes oradores franceses de aquel tiempo; los cuales en su escuela más que en otra alguna se formaron. Paso estos hechos, y digo: que admiro la gran dilocuencia de Bossuet, y me satisface la nobleza y sencillez de Bourdaloue, y me contenta la elegancia y dulzura de Masillón, aunque en ninguno encuentro, por más que lo busque, ni aun en el obispo de Meaux, que es el de personalidad mas poderosa, el meollo y temple de doctrina de nuestros clásicos, su ternura de afectos, la unción que destilan, y que todo lo penetra y empapa, ni aquel señorío y posesión de sí con que andan por las regiones del espíritu, tan hallados como en lugar donde hicieron siempre su habitación. Pero lo que menos todavía encontraréis es el ambiente de luz, la fuerza de color, la presencia de la vida en cada palabra, que más que se vé se siente: últimas cimas á que no llega la elocuencia del hombre sino cuando en el corazón del orador palpita el corazón de todo un pueblo.

Y en el siglo de Luis XIV domina lo artificial. Un pueblo en una corte: Francia reducida á Versalles. El rey como hombre, piadoso á su manera, con tal de hacer su primer vasallo de la piedad. La corte, según que el rey adultera á lo devoto ó á lo profano, así al mismo compás se vá tras la mojigatez, ó tras la licencia. Felipe II antes arrojara cien coronas que reinar sobre herejes. Luis XIV con humos de Enrique VIII y sin audacia para serlo, más los persigue por rebeldes á su voluntad que por alzados contra Dios. Si en San Jerónimo del Prado se proclama la omnipotencia del príncipe, condénase la proposición por contraria á ley divina y humana; y el rey, sabida la condenación, la consiente. Predicando al de Francia, parécele al predicador delito de lesa majestad hacerle vasallo de la muerte; vuelve sobre sus palabras y enmienda: casi todos moriremos. Salir de Versalles para su diócesis, desgracia sin igual para aquellos obispos palaciegos. El que mas merece la mitra, como el gran Bossuet, después sabe llevarla; pero antes la busca. Huir las dignidades como Fray Bartolomé de los Mártires y el autor de la *Guía de pecadores,* eso es de otros tiempos. Todo es allí teatral y cortesano. Las letras, que en España huelen á incienso y pólvora, en la sociedad francesa trascienden á algalia. Los dramáticos tienen que buscar asuntos en los griegos y romanos y en los españoles, si bien vestidos á la moda por no faltar á la etiqueta de trajes y costumbres. Y ¿dónde buscarlos sino? Sentimientos nacionales no los hay. Tradiciones tampoco, que si algunas quedan, se ensañó en ellas el discreteo de las tertulias, donde el *esprit français,* que daría el alma por un chiste, comienza á reverdercer sus nada envidiables triunfos. La religión poco de sustancia y verdad; muchas prácticas devotas, realce de la vida galante. Ofrece la iglesia hermosos nombres; pero la doctrina de aquellos teólogos y filósofos no toda es de ley, y las contiendas peligrosas sobre las *libertades galicanas* prueban que de Trento á entónces los obispos franceses habían aprendido bien poco. El pueblo, católicos únos, hugonotes ótros; tódos soldados con más feliz suceso que justicia de causa en guerras sin fin que enciende la vanidad. ¿Cómo

salir de todo esto literatura que compitiese con la católica, popular y varonil literatura española? Y lo peor fué que un día dijo Luis XIV: «ya no hay Pirineos», y era verdad. Recuerdo que de niño al llegar á este triste pasaje parecíame que allí se acababa mi España, y se me caía el libro de las manos. Las adivinaciones del niño confírmalas hoy la reflexión del hombre. Entónces sí que se abrió en nuestra historia paréntesis de lástimas y descarríos. Pudo cerrarse con la hazaña del año de ocho. Pecados de tódos le mantienen abierto aún.

Hí teneis, Señores, á Fray Luis de Granada, hermosa muestra de aquella robusta raza española forjada en el yunque de ochocientos años de adversidad. Á duras penas habreis podido adivinarle por este borrón de mi discurso, del cual bien se pudiera decir lo que Cervantes de las traducciones; que es como tapíz vuelto del revés donde se ve la hurdimbre, más no la limpieza del contorno, ni el concierto de los colores. Postrado en venia, ¡oh regalo dulcísimo del espíritu, gallardía del habla castellana, te pido perdón; porque tomándote en boca, siquiera sea para alabarte, parece como que á mi pequeñez he reducido tu grandeza! ¡Quién me diera ver en este lugar á alguno de los ínclitos hijos de Santa Cruz, que él os hubiera enseñado y regocijado! Pero ¡mal pecado! Solos están sus claustros; perdida la celda del bendito maestro; aventada la biblioteca, relicario de inestimables memorias, que no tuvo la dicha de dar con los vándalos, sitiadores de Hipona, los cuales se inclinaron ante los libros de San Agustín. Y con todo ello, todavía hombres de hábito forman en la vanguardia de la ciencia española. Hábito de Santo Domingo vestía aquel Fray Francisco Rivas, cultivador ilustre de nuestra historia eclesiástica; y aquel Fray José Morán cuya noble presencia, que me parece estar viendo, la nobleza de su alma retrataba: río de elocuencia, á las

veces impetuoso cuando caía sobre los vicios, á las veces de mansa y sosegada corriente que llevaba á la virtud. Hábito de Santo Domingo viste aquel Fray Zeferino González, fanal clarísimo de la moderna filosofía española: nombre de los contados que en esta nuestra pobreza de hoy han pasado las fronteras. Hábito de S. Agustín viste aquel Fray Tomás de la Cámara, maestro en ciencias físicas y naturales como muy pocos. Y la sotana de la Compañía aquel Padre Fidel Fita que vá por donde con tanta gloria Florez y Masdeu caminaron; y el Padre Miguel Mir con quien se franquea la hermosa habla castellana, hoy lengua muerta en labios vivos. No afeeis el aplauso á los que viven, que no ha de ser la muerte costa que se pague en el tribunal de la justicia. Y no he de olvidar aquí á aquel Fray José Lerchundi, imitador de los Pedros de Alcalá y los Raimundos Martín, que suple las faltas de la proverbial acidia de la moderna diplomacia española; de suerte que gracias á él y á sus franciscanos todavía saben los moros de Marruecos, que de este lado del mar hay una tierra que se llama España. Ni á aquellos seguidores de Fray Francisco Ruiz y San Luis Beltrán, en remotísimas islas únicos guardadores de las últimas joyas de nuestra grandeza pasada. ¡Ah! que es género de locura que el enfermo arroje por la ventana la medicina con que á tántos otros lleva la sanidad. ¡Ah! que como dice Fray Luis de Granada «no sólo son bárbaros los hombres que andan desnudos como salvajes debajo de la línea equinocial, sino también muchos de los que arrastran sedas y terciopelos». Porque muy bueno es que en el corazón de los indios como en tablas de blanda cera escriban los religiosos palabras de salud; pero también nosotros andamos necesitados de ellos, y cierto que para obra más empeñada, porque con el cuchillo de su dialéctica vengan á raer tanta torpe escritura como la ciencia á medias, y el periodismo, (fórmula de ponzoña la más activa y bien confeccionada para causar la anemia intelectual), han borrajeado en el entendimiento de la gente española; y con el reactivo de su encendida caridad descubran en él el hermoso palimpsesto de santa doctrina escrito por nuestros padres!

Pero ¿qué estoy diciendo? Sin duda que Dios bendice esta fiesta cuando nos deja ver entre nosotros el glorioso hábito del gran español Santo Domingo de Guzmán. Yo os saludo por todos. Bien venido seais á esta casa. Así Dios nos dé para bien de esta ciudad, patria mía de adopción, que repobleis un día los desolados claustros de Santa Cruz. Abrazáronse San Francisco y Santo Domingo en las calles de Roma, y de este abrazo de la ciencia de la caridad y la caridad de la ciencia; esto es, de la ciencia del amor de Dios y de la santificación de la ciencia por este limpísimo amor, nació el siglo XIII, cuya grandeza llena los ámbitos de la historia. Abrazáronse el franciscano Fray Juan Pérez de Marchena y el dominico Fray Diego de Deza, y de este abrazo nació el nuevo mundo. Abrazáronse la Iglesia y las Universidades del siglo XVI, y de este abrazo nació la España que impuso á Europa nobilísima dictadura intelectual. Hábito de enseñanza es ese que vestís; hábito de enseñanza también es esta toga nuestra: pues ¡ea! ¡abracémonos, y que de este abrazo nazca la España de lo porvenir! Pues sois luz, venid á alumbrarnos, que andamos cayendo como ciegos entre oscurísimas tinieblas. Pues sois espíritu de vida, venid y traednos oxígeno que respirar, que esta atmósfera de positivismo nos ahoga. Pues sois agua saludable de buena doctrina, venid, venid á empapar la tierra árida y sedienta porque, fecundada de esta suerte, rompa en nuevos sazonadísimos frutos!

Porque bien es menester que se inculquen estas palabras del venerable dominico: «que como el alma sea sin comparación más noble y cuasi el todo del hombre; y el cuerpo no sea más que la materia, y el subjecto ó caja en que está el ánima encerrada, de aquí nasce que aquel se debe decir de verdad libre, que tiene esta tan principal parte libre; y aquel falsamente libre, que teniendo esta captiva, el cuerpo trae por doquiera suelto y libre». Con que claro se vé que la libertad del error es tiranía del entendimiento, y la libertad del mal tiranía de la voluntad. Y bien es menester también inculcar estas otras hermosísimas: «(Como) el sol es la criatura de cuantas hay más visible, y la que menos se puede

ver por la grandeza de su resplandor, y flaqueza de nuestra vista, (así) Dios es la cosa más inteligible de cuantas hay en el mundo, y la que menos se entiende por la alteza de su sér, y bajeza de nuestro entendimiento».

Por estos caminos marchará la razón holgada, que no traba para andar el que dirige, antes hace ganar tierra fiando que no hay riesgo de caída. No es la fe destructora de la razón, sino quien la perfecciona, como no es la gracia contraria de la naturaleza sino perfección de ella. Tiene la la razón como reina por ley de Dios verdadero y natural señorío con jurisdicción propia y no delegada dentro de las fronteras casi sin límites de sus estados. Y aunque para empresas más allá de ellos busque las sombra de un emperador de más grande poder y riqueza, cual es la fe, y le pague feudo; pero en lo que es suyo, aquel soberano emperador déjala que se gobierne libremente y no vá á menoscabarla y menos á destruirla, con que aquella soberanía y feudo serían también menoscabados y destruídos. Y este es el verdadero racionalismo, enaltecedor de la razón humana, y no opresor de ella; y contra él también está el tradicionalismo filosófico, peste de la sana filosofía. Pues un hombre con sus ojos vé las estrellas del cielo como puntos brillantes, y las altas montañas, y las llanuras de bordadas alfombras tendidas; pero queriendo alcanzar más en aquella vista que le deleita, con el ayuda de unos muy potentes anteojos, luego vé más claro y más de cerca aquellos luminares en toda su hermosura, y las hierbecillas y arbustos que visten y coronan las cumbres, y las flores que alegran los campos, con el arreo de sus galas más menudas; y ahora se embebece en la contemplación de maravillas que antes al solo mirar de sus ojos se le escapaban. Más que diríamos de este hombre si con aquella nueva luz y mayor contento, que con el arte de los anteojos había logrado, imaginase que ya solo esto le bastaba, y se arrancase despiadadamente los ojos? Diríamosle ciego de razón que así se condenaba á noche obscurísima. Porque sin los ojos ¿acaso le serían los anteojos de algún provecho? Pues de esta suerte los tradicionalistas abatiendo la razón dañan la fe: que de hombres es ser

alumbrados de aquella luz que Dios nos dió, y para criaturas racionales es también el don de la fe; que nunca se dijo de los brutos sin razón que sean capaces de creer. Arriba el corazón, á Dios, luz que mirada faz á faz deslumbra los ojos; pero que alumbra y hace visibles todas las verdades. Y con la guía de esta luz, y puesto en ella todo el amor á que convida su inefable hermosura, haga la razón su larga jornada, siempre á nuevas conquistas, que mucho le dejó Dios que conquistar. Quiso Dios que aquella rica hacienda, que de gracia le fué dada al entendimiento, y que junto con la gracia perdió, la cobrase después á poder de sudores y trabajos, con que viniese á hacerse señor de ella por derecho de conquista. Príncipe es la razón, desposeido de grandes dominios, que otro tiempo tuvo, que vá á rescatarlos empeñando batallas bravísimas. Ahí está la tierra, y el universo entero, poblado de grandes maravillas, brindándole con ellas si es que se las sabe ganar. Ahí las ciencias y las artes con todo el mundo de las ideas, entregado á sus disputas, para que disputando y peleando, hoy úno y mañana ótro, todos sus vastos continentes los descubra y conquiste. Pues en estos descubrimientos, para no torcer el rumbo, lleve siempre los ojos como experto navegante en la estrella polar de Dios, y así navegará con derrota cierta la vuelta de la verdad; con que se cumpla el apotegma de Pico de la Mirándula: *Philosóphia quærit, Theológia invenit, Religio possidet.*

NOTAS.

—(Pág. 3).—*En el barrio de la Alhambra* —El diligente Bermudez de Pedraza, en su *Historia eclesiástica de Granada*, 4.ª parte, folio 225, escribe de la casa donde nació Fray Luis de Granada: «los viejos de esta ciudad señalan la casa donde nació este Cicerón Cristiano, en un corral de vecindad que tiene dos puertas, úna á la calle de los Molinos y ótra á la de Santiago». Este lugar corresponde al que hoy se llama *Corral del Paso;* y aunque ahora pertenezca á la parroquia de Santa Escolástica, no hay contradicción con lo que afirma Pedraza en otro párrafo donde dice que Fray Luis fué bautizado en la de S. Cecilio, porque parece que en aquel entónces la colación de esta parroquia, más antigua que la de Santa Escolástica, se extendía mucho más que hoy.

—(Pág. 4).—*Luis Muñoz.*—El más estimable biógrafo de Fray Luis de Granada, que vivió en el siglo XVII. Aunque investigaciones posteriores completen sus noticias, y en ocasiones las enmienden, siempre resultará su libro digno de particular y honrosa mención.

—(Pág. 4).—*Mal que pese á Rousselot y los suyos.*—El libro de este escritor: *Les mystiques espagnoles*, á vuelta de tal cual idea apreciable, es ligerísimo como buen libro francés, y lleno de despropósitos. Qué escrupuloso será que pone el convento de Scala Cœli *junto á Granada!!!* Pues bien, entre otras cosas estupendas dice en la *Introducción.* «L' Espagne etait restée en dehors et par la meme en arriere de la civilisatión europèenne». Por mucho menos que esto se reprueban estudiantes en los exámenes.

—(Pág. 5).—*Estos años de su vida de colegial.*—Algunos hace ya que en la feria de Madrid, por sus lances famosa, recogí, con siete manuscritos griegos, otro de 32 hojas, incompleto, de letra del siglo pasado, donde curioso colector había ido apuntando varias poesías latinas de nuestros humanistas y escritores del buen tiempo. Están sin orden ninguno, y tal como al aficionado se le iban ofreciendo. Entre únas del gran Arias Montano, trae la que Fray Luis de Granada dedicó al egregio maestro de su Orden Fray Diego de Astudillo, catedrático del Colegio de San Gregorio, por su libro *De generatione et corruptione;* y que va con él. Bien merece por lo elegante que trascribamos aquí esta muestra de sus aficiones de colegial, y porque confirma lo que es sabido de la educación clásica del venerable granatense. Es como sigue:

CARMEN.

Qualis purpureo surgens oriente rubescit
Alma dies flammis, sidera cuncta fugans,
Qualisque moriens radianti lumine Phœbus
Verberat occidui rosida tectapoli;
Talis adest facies libri splendentis in auro,
Fulgida, connitens, florida, culta, micans.

Hanc faciem talia dedit; formosus Apollo
Contulit; ornasti, docte Jacobe, donis.
Tu, primum cape, Lector, ovans, cape munera divum
Quœ te felicem tempus in omne ferant.
Perlege, si cupias rerum cognoscere summam,
Perlege, sic faveat docta Minerva tibi.

Buen empleo daría á su pluma quien escribiere la historia del célebre colegio pinciano. Grima da verle hoy ocupado por oficinistas, y en ruinas el contiguo convento de San Pablo. Soberbia es la fábrica de esta iglesia y su fachada del estilo ojival exuberante de la decadencia. En cuanto á la portada y claustro de San Gregorio aseguro que son las construcciones más originales que he visto en aquel género armónico tan corriente á fines del siglo XV y en los primeros años del XVI. Si no se toma á escándalo diré que es el churriguerismo del ojival.

—(Pág. 6).—*Alguien en nuestros días así lo apunta.*—En la *Memoria del estado de los estudios en la Universidad de Granada*, curso de 1859 al 60, se lee esta noticia. Después la repitió el Rector D. Francisco de Paula Montells y Nadal en la *Historia del origen y fundación de la Universidad de Granada.* (Memoria publicada de orden del Excmo. Sr. Ministro del ramo).—Imprenta de Indalecio Ventura.—1870.—Tengo poca fe en libros que se escriben de oficio, y además el doctor Montells no se distinguía por su crítica. Desgraciadamente si algo había en que se fundase tal afirmación, debió de perecer en el incendio que hace algunos años dió al traste con lo más antiguo del archivo universitario. Por otra parte Pedraza nada dice; tradición viva, como era natural que la hubiese de hecho tan honroso para esta escuela, no la hay; y además á lo que se puede conjeturar de este período de la vida de Fray Luis, el más oscuro de todos, él hubo de estar poco tiempo en Granada, y más que de asiento de tránsito para varios lugares. Y el minucioso Muñoz, y los demás biógrafos de Fray Luis, y los historiadores de su Orden ¿cómo ignoraron tódos hecho tan público que sin duda cedía en honor del insigne hijo de Santo Domingo?

—(Pág. 8).—*Sabe nuestro Señor.*—Vide Luis Muñoz.

—(Pág. 9).—*Padre maestro.*—Vide Luis Muñoz.

—(Pág. 9).—*Desde Almeirin.*—Vide *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, tomo 34, pág. 322.

—(Pág. 10).—*Y aun propuso expedientes.*—Que se acudiese á los procuradores á Cortes de Portugal. Fray Luis de Granada con su nobleza de alma por su corazón media el de los demás; y en esto se engañaba. Los hechos probaron que los portugueses no resistían á Felipe II porque dudasen de su derecho, sino en odio á los castellanos. Bien decía el duque de Alba que el negocio de Portugal era empresa de conquista. Vide la *Colección* citada, tomo 35, pág. 192.

—(Pág. 10).—*Porque era grave por demás el estado de las religiones.*—Quien quisiere estudiar á fondo este interesantísimo período de la vida de Fray Luis de Granada, hasta ahora desconocido, consulte los tomos 32, 33, 34 y 35 de la ya dicha *Colección de documentos inéditos*, y allí hallará también pintada de verdad la empresa de la anexión de Portugal en el reinado de Felipe II. Sería alargar mucho este opúsculo trascribir documentos que por otra parte están á cuantos

los quieran leer. Fray Luis de Granada aparece cual le mostramos: devotísimo de Felipe II como todos los españoles de su tiempo, convencido de sus derechos y deseosísimo de que así se reconociese por los rebeldes. Pronto á arrostrar á lo que por obligación de oficio hubiese que hacer para que la autoridad legítima fuese acatada; pero enemigo de entrometerse en negocios de estado que no se avenían con su carácter. Felipe II resulta suspicaz en demasía, aunque se ha de culpar á sus lados, y á lo grave de las circunstancias que excusaban el recelo, y aun la dureza de procedimiento. La gente de corte, como suele, muy por bajo. El duque de Alba, alma de soldado, tan generoso como rudo. En cuanto al proceder de clérigos, frailes y jesuitas, cuanto se diga es poco para lo que dicen los documentos y en particular la *Relación de lo que pasó en la prisión de un clérigo de la Compañía de Jesús en Lisboa á 25 de Octubre de 1580* (tomo 33, pág. 197), y la *Carta del duque de Alba al rey, fecha en Lisboa á 16 de Marzo de 1581* (tomo 34, pág. 135).

—(Pág. 12).—*Mi ilustre paisano.*—Cierto que D. Tomás Tamayo de Vargas es uno de los hijos de Madrid que más honran su patria. Con los escritos de este diligentísimo historiógrafo y esforzado defensor del P. Mariana contra Pedro Mantuano se pudiera formar biblioteca copiosa. Es de la madera de nuestros hombres del siglo XVI. No así su homónimo Tamayo de Salazar á quien no le caería mal el dictado de Tamayo *el malo* por lo que ayudó en la obra nefanda de enlodazar nuestros limpios anales. Las palabras de D. Nicolás Antonio, refiriéndose al manuscrito citado por Tamayo de Vargas, son estas: *M. S. hunc vidit in 4.° D. Thomas Tamajus, qui vereor ne alterius auctoris sit sub tanti viri nomine.* Aunque bien pensado todo, y visto lo que hoy sabemos del papel de Fray Luis en la incorporación de Portugal, la opinión de D. Nicolás Antonio parece muy fundada, siempre será muy de lamentar la pérdida del tal manuscrito. Quizá estuviera, á lo menos en traslado, entre los papeles y escritos de Tamayo, que D. Nicolás Antonio lloraba por perdidos, donde la incuria de los albaceas del diligentísimo investigador los tuviese arrumbados, y luchando con la polilla y los gusanos enemigos jurados de las letras.

—(Pág. 16).—*Pero como atinadísimamente observa el Sr. Menéndez Pelayo.*—En la admirable *Historia de los Heterodoxos españoles,* tomo 2 donde se puede estudiar este asunto.

—(Pág. 17).—*Era Fray Alonso de la Fuente.*—A más del libro del Sr. Menéndez Pelayo, que acabo de citar, y del muy notable *Aparato Bibliográfico para la historia de Extremadura,* de D. Vicente Barrantes, quise procurarme copia del mismo manuscristo de la *Biblioteca de la Universidad de Salamanca,* que tan bien extracta el Sr. Barrantes, donde largamente se trata de esta cuestión de los *Alumbrados;* y aunque el tiempo daba para poco, gracias á los buenos amigos, poseo traslado de cuanto atañe al P. Granada, que es lo que hace al caso. No es más de lo extractado por el Sr. Barrantes. Al final de uno de los *Memoriales* de Fray Alonso se lee: «Este memorial no se deve mostrar á ningún apostol ni á Fray Luys de Granada, porque dello podría resultar grandíssimo inconveniente, y podría ser que los enemigos se remontasen y huyesen sabiendo que son sentidos». En el primer *Memorial* dice así: «Uno de los principales que comunican en esta doctrina

y error es Fray Luys de Granada». En el tercero se escribe: «Todos los fundamentos desta herejía están apuntados en muchos libros de contemplación, y particularmente en uno tan subtilmente y por términos tan recatados que quien no entendiere y viere con los ojos la práctica de aquella teórica ni lo entenderá en su vida y pensará que yo levanto falso testimonio al libro que es tan claro para los que saven este misterio y para mi que e visto la práctica como está clara la ley de Dios en la cartilla. Es el libro principal que trata desto el que compuso Fray Luys de Granada de la oración y estan los errores apuntados en la segunda parte». El manuscrito está rotulado así: *Alumbrados. Papeles que dió contra ellos el maestro Fray Alonso de la Fuente, fraile de la Orden de Santo Domingo, y contra los Teatinos ó Jesuitas, y vindicación de estos*».

—(Pág. 18).—*Fué Cano.*—Acerca de este ilustre hijo de Tarancón, y de su desamor al P. Granada, véase su biografía escrita por D. Fermín Caballero, y la *Historia de los Heterodoxos españoles.*

—(Pág. 22).—*Aquel gran teatro teológico del siglo XVII.*—Vide nuestra *Introducción* á las *Siete tragedias de Eschylo.*

—(Pág. 23).—*Dice el excelente expositor Billuart.—Summa S. Thomæ hodiernis Academiarum moribus accommodata, sive Cursus Theologiæ.* (Dissertatio prooemmialis, artículus primus.

—(Pág. 25).—*Aquel* NIRWANA.—Esta palabra sanscrita significa extinción de la vida, desaparición de una cosa en otra, y de aquí después extinción en Dios. (Del verbo nirvâmi, *extinguirse*). Así decían: brahmanirvânam gaccâmi: voy á extinguirme en Dios.

—(Pág. 28).—*San Buenaventura.*—De este gran maestro del siglo XIII, demás de las obras citadas en el texto, se debe consultar los opúsculos siguientes: 1.º *Itinerarium mentis in Deum.* 2.º *Incendium amoris.* 3.º *Stimulus amoris.* 4.º *De gradibus virtutum.* 5.º *De pugna spirituali.* 6.º *Speculum animæ.* 7.º *Collatio de contemptus mundi.* En todos estos libros anda esparcida su doctrina sobre mística y ascética, así como en sus tratados propiamente escolásticos y filosóficos. Me he servido de la gran edición de Roma, año 1596, *tipographia vaticana.*

—(Pág. 33).—*Y como si Dios hubiese querido con la Orden de Predicadores, etc.* —Este pensamiento ya le apuntó el dominico Fray Miguel Rosel, quien decía: «que así como Santo Tomás había venido al mundo para alumbrar los entendimientos de los hombres, de la propia suerte había nacido el P. Fray Luis de Granada para encender las voluntades». Vide Luis Muñoz, *opere citato.*

—(Pág. 35).—En las *Adiciones al Memorial de la Vida cristiana.*—Segunda parte, cap. XIV.—*Tercera consideración.*

—(Pág. 36).—*Bien sé, escribe en el mismo* MEMORIAL.—Tratado V, cap. VI.

—(Pág. 36).—*Todo ojos porque todo lo veis.*—Recuérdanme estas palabras aquellos versos que Calderón, en *El mágico prodigioso,* pone en boca de Cipriano:

....hay un Dios,
Suma bondad, suma gracia,
Todo vista, todo manos,
Infalible, que no engaña,
Superior, que no compite,

Dios á quien ninguno iguala,
Un principio, sin principio,
Una esencia, una sustancia,
Un poder y un querer solo;
Y cuando como éste haya
Una, dos ó más personas,
Una deidad soberana
Ha de ser sola en esencia
Causa de todas las causas.

Nuestro teatro sólo podía ser popular en un pueblo cuyo nivel intelectual estuviese muy alto.

—(Pág. 37).—*¡Oh toda mi esperanza!—Memorial de la Vida cristiana,* tratado V, cap. VI.

—(Pág. 38) —*No se aprende leyendo ni disputando.—Adiciones al Memorial,* segunda parte, cap. I, párrafo I.

—(Pág. 38).—*Tiene aún otra excelencia.—Adiciones al Memorial* (Tratado del amor de Dios), cap. I, párrafo VII.

—(Pág. 40).—*En otro lugar.—Adiciones al Memorial,* segunda parte, cap. II.

—(Pág. 40).—*Así como en el agua clara.—De la Oración y Meditación,* segunda parte, cap. II, párrafo II.

—(Pág. 41).—*Ya lo reconoce Rousselot.*—En el último capítulo de su libro, que intitula: *Caractéres del misticismo español comparado con las principales escuelas del misticismo cristiano.* Claro es que por errar aun en los aciertos dice muy frescamente que «la caridad era desconocida del catolicismo español». ¿Qué entenderá Rousselot por caridad? Pero añade que sí «la conocían los místicos»; y refutando lo dicho por Emilio Montegut en la *Revue des Deux Mondes* (1.º de Marzo de 1864), escribe: «Me asombra como se los pueda acusar de sequedad, en estos términos: «Los místicos españoles sólo conocían de nombre la caridad, de modo que bien pudiéramos decir, jugando del vocablo, que para ellos más que virtud teologal era una virtud teológica.... Santa Teresa no amaba á los pobres. Esto que á alguien parecerá extraño, es exactísimo. Aquella alma cristiana, visitada de Dios, ignora la existencia de aquellos á quien la Iglesia llama miembros pacientes de Jesucristo». Esto es olvidar que Santa Teresa dice: «Dejad la oración por la limosna, y si para dar de comer al hambriento habeis de ayunar, séd contentas de ello.» Juan de la Cruz gastó su juventud cuidando los enfermos. El estático franciscano San Diego se quitaba el pan de la boca para darlo á los pobres. El agustino Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, más místico que asceta, del éxtasis pasaba á las obras de caridad: llamábanle *el limosnero.* San Juan de Dios, discípulo de Juan de Ávila, fundó la Orden de la Caridad. Luis de Granada recomienda de contínuo acudir al miserable, asistir al enfermo, visitar al atribulado, socorrer al pobre, y dar de comer al hambriento; y en un pasaje importante, que en parte he citado ya, se explica así: «La tercera señal es un gran fervor y caridad para con los prójimos, y grande estudio y diligencia en ayudarlos y socorrerlos en sus trabajos con entrañas de amor, y con sana y sencilla voluntad, y con palabras y obras extraordinarias, de las que comunmente suele haber entre los otros hom-

bres; de tal modo que el que esto viere, pueda muy probablemente decir con los magos de Faraon: el dedo de Dios está aquí. Porque tal manera de ánimo y tratamiento no se halla entre los hombres, ni es propio de carne y de sangre, sino del espíritu de Dios, cuyo olor se comienza ya á sentir aquí. Y que esta sea señal de la perfección de la caridad, está claro, porque no puede crescer el amor de Dios, sin que también cresca el del projimo, pues ambos son actos de un mesmo hábito, como dos ramas que proceden de una mesma raiz». (Memorial, tratado VII, primera parte, cap. VII). Y de aquí que este misticismo mantenga también el principio activo sin el cual la moralidad de la vida humana no se comprendería. Procura aislar al hombre; pero es de las pasiones vulgares y de las miserias que le degradan; y no le pone del todo fuera del concierto de la vida. No tememos insistir sobre este carácter que es su mayor título de gloria. No sepulta los hombres en una fría Tebaida donde no llegue nada humano; y si para hablar al corazón quiere la soledad, más esto es por enseñarle mejor aún, junto con el amor y la adoración de Dios, el amor y respeto á los hombres Desprecia la materia y desdeña el mundo para arrebatar el alma á una esfera superior, y fortalecerla con un perpetuo *sursum corda,* con un contínuo llamamiento á los instintos generosos, á las nobles pasiones, á los impulsos hacia el entusiasmo y la idealidad que viven en su fondo. Es este misticismo una doctrina de amor en toda la extensión de la palabra, sin móviles extraños, sin odios, sin turbaciones, sin palabra de queja ni contra Dios, ni contra los hombres, ni contra las persecuciones: todo fe, dulzura y humildad. Luis de León llama al amor «virtud heróica». Tiene como semblante de heroismo esta humillación voluntaria, esta negación de sí buscada y consentida, que no excluye la alteza de pensamiento, ni la diligencia activa, ni el sacrificio, ni la práctica de las virtudes efectivas. Porque es un rasgo común á las más de estas existencias místicas, su carácter militante. Estos enamorados de lo ideal son á la vez soldados de una empresa llena de peligros; estos soñadores son hombres de acción.... Psicólogos y moralistas, sirven muy particularmente para la dirección de las almas. De aquí su aspecto ascético». Estas confesiones de Rousselot son bien notables.

—(Pág. 41).—*En esto entraron con mucho empeño.*—En la edición del libro de San Pedro de Alcántara, que tengo á la vista, (Barcelona, imprenta de María Angela Martí, viuda.—Año 1761), viene por cabeza una larga *Advertencia,* de Fray Antonio Vicente de Madrid, doctor en Teología, cronista y definidor de la provincia de S. José de los franciscanos reformados, en la cual se trata este asunto. Mucho se escribió de él, y todo con apasionamiento.

—(Pág. 41) —*El de Santa Teresa.*—Son curiosos estos pasajes de sus escritos en los cuales habla de los de San Pedro de Alcántara: «Es autor de unos pequeños libros de oración, que ahora se trata mucho de romance; porque como quien bien lo había ejercitado, escribió harto provechosamente para los que la tienen» (Vida cap. 30). Y en otro lugar: «Y es disposición para poder escuchar, como se aconseja en algunos libros, que procure no discurrir, sino estarse atentos á ver qué óbra el señor en el alma; que si Su Majestad no ha comenzado á embebernos, no puede acabar de entender cómo se puede detener el pensamiento de manera que no haga más daño que provecho; aunque ha sido contienda bien platicada entre

algunas personas espirituales; y de mí confieso mi poca humildad, que nunca me han dado razón para que yo me rinda á lo que dicen. Pero me alegó con cierto libro del Santo Fray Pedro de Alcántara (que yo creo lo es), á quien yo me rindiera, porque sé que lo sabía, y leímoslo, y dice lo mesmo que yo, aunque no por estas palabras, más entiéndese en lo que dice, que ha de estar ya despierto al amor». (Morada cuarta, cap. III.) Á S. Pedro de Alcántara le pinta de un rasgo Santa Teresa con su natural graficismo, diciendo, *que parecía hecho de raíces de árboles.*

—(Pág. 42).—*Aquí verás.—De la Oración y Meditación,* primera parte, cap. II.

—(Pág 43).—*Podemos en su manera decir en este ejercicio.—De la Oración y Meditación,* primera parte, cap. VIII, párrafo II.

—(Pág. 44).—*Es de saber que la devoción.—De la Oración y Meditación.*—Primera parte, cap VIII, párrafo III

—(Pág. 45).—*Que más necesitan de los remedios de Hipócrates.—De la Oración y Meditación,* segunda parte, cap III, párrafo III.

—(Pág. 45) —*Que el uno tiénelo por oficio —De la Oración y Meditación,* primera parte, cap. I, párrafo VIII.

—(Pág. 50).—*Me pasa con este libro.*—Vide el tomo III de la citada obra del Sr. Menéndez Pelayo, *Historia de los Heterodoxos españoles.* Marchena tenía gran predilección por Fray Luis. En el libro que Marchena escribió, intitulado *Lecciones de filosofía moral y elocuencia, ó colección de los trozos más selectos de poesía, elocuencia, historia, religión y filosofía moral y política, delos mejores autores castellanos,* Fray Luis es de los pocos escritores que salen á salvo del famosímo escrutinio del abate afrancesado y apóstata, donde no campea ni siquiera el buen sentido femenil del ama de Alonso Quijano.

—(Pág. 51).—*Los animales brutos.—Guía de Pecadores,* libro I, capítulo III, párrafo I.

—(Pág. 52).—*Son tantas y tan grandes.—Guía de Pecadores.* libro I, cap. I.

—(Pág. 52).—*Esto se verá más claro.—Guía de Pecadores,* libro I, cap. I.

—(Pág. 53).—*Por ventura dirás.—Guía de Pecadores,* libro I, cap. II.

—(Pág. 54).—*Generalmente todas las cosas.—Guía de Pecadores.* libro I, capítulo II, párrafo II.

—(Pág. 54).—*¿Cúal sería la ingratitud?—Guía de Pecadores,* libro I, capítulo III, párrafo I.—Donde dice «ingratitud», por error material de copia, léase «traición».

—(Pág. 55).—*¿Quién dijera al hombre...?—Guía de Pecadores,* libro I, cap. IV.

—(Pág: 56).—*Todos los pecados.—Guía de Pecadores,* libro II, cap. IV.

—(Idem).—*El amor de las riquezas.—Guía de Pecadores,* libro II, cap. V.

—(Idem).—*Procura que no duerma en tu casa.—Guía de Pecadores,* libro II, capítulo V, párrafo I.

—(Pág. 57).—*Esta alhagüeña pestilencia.—Guía de Pecadores,* libro IV. cap. VI.

—(Pág. 58) —*Otro pecado.—Guía de Pecadores,* libro II, cap. XI, párrafo I.

—(Pág. 59).—*Algunos hay.—Guía de Pecadores,* libro II, parte segunda, capítulo XV, párrafo II.

—(Pág. 59).—*La mujer casada.—Guía de Pecadores,* libro II, parte segunda, cap. XVIII.

—(Pag. 59).—*Ni tampoco el hombre.*—*Guía de Pecadores*, libro II, parte segunda, cap. VII, párrafo V.

—(Pág. 60) —*Suele haber un muy común engaño.*— *Guía de Pecadores*, libro II, parte segunda, cap. XXI.

—(Pág. 62).—*Con ciego error.*—El abolengo obscurantista de protestantes, racionalistas y demás enemigos de la fe católica es probado. Arnaldo de Vilanova decía: «El estudio de la filosofía es dañoso para el teólogo; y así los maestros de teología que se valen de ella en sus libros deben ser condenados». Y el artículo 29 de los errores de Wiclef, condenados en el Concilio de Constanza, dice textualmente: «*Universitates, studia et collegia sunt vana gentilitas, et tantum prosunt Ecclesiæ sicut diábolus*».

—(Pág. 62).—*Así como son cuasi infinitas.*— *Símbolo de la Fe*, parte primera, cap. XXXV.

—(Pág. 63).—*Procede á las veces.*—Billuart, opere citato, dissert. procem. art. prim.

—(Pág. 64).—*Se casa la fe.*—*Símbolo de la Fe*, parte primera; capítulo III.

—(Idem).—*Dos especies hay.*—Divi Thomæ Aquinitis. Summa theolog, Quœst. prim., art. II.

—(Pág. 66).—*¡Oh testificado...!*—*Símbolo de la Fe*, parte primera, cap. II.

—(Pág. 67).—*Las ciencias físicas, naturales y antropológicas.... tuvieron nuevo florecimiento en la España del siglo XVI.*—Esta verdad sobre toda duda, está probada plenamente en los áureos libros de D. Nicolás Antonio y de los Padres Andrés y Lampillas, y en nuestros días ha recibido confirmación solemne en *La ciencia española* del Sr. Menéndez Pelayo. Mientras nos empeñamos en conocer á nuestros padres por retratos que pintaron sus enemigos, ¡valiente idea tendremos de ellos!

—(Pág. 69) —*Valverde en su famosa* ANATOMÍA DEL CUERPO HUMANO.—De la versión italiana de este libro, impresa en Roma en 1560, he tenido hermoso ejemplar. La enriquecen grabados hechos por dibujos de nuestro gran Gaspar Becerra.

—(Pág. 70).—*Ni es menos de considerar.*—*Símbolo de la Fe*, parte primera, capítulo X, párrafo II.

—(Pág. 71).—*Más otra parte della.*—*Símbolo de la Fe*, parte primera, capítulo XXVI, párrafo II.

—(Pág, 72).—*Así como en el corazón.*—*Símbolo de la Fe*, parte primera, capítulo XXVIII. D. Arturo Perales Gutiérrez, catedrático de esta Universidad, en su bien pensado opúsculo *Algunas páginas de fisiología cerebral*, trascribe también estos textos de Fray Luis, y hace de ellos el elogio que merecen.

—(Pág. 73).—*Los exteriores y particulares.*—*Símbolo de la Fe*, parte primera, capítulo XXIX.

—(Pág. 75).—*Pues el mar «cuando está quieto y libre..»*—*Símbolo de la Fe*, parte primera, cap. VIII, párcafo único.

—(Idem).—*Pues en los ramalicos retortijados.*—*Símbolo de la Fe*, parte primera, cap. X, párrafo III.

—(Idem) —*Y todas estas hermosuras.*—*Símbolo de la Fe*, parte primera, capítulo XXII, párrafo II.

—(Pág. 77).—*Digo que mi intento principal.— Vida de Fray Bartolomé de los Mártires,* cap. IX.

—(Pág. 78).—*Y valiente contraste el del Emperador y Felipe II.*—En el tomo IX de la citada *Colección de documentos inéditos,* se puede estudiar mucho la interesante y hermosa historia de la conducta de España en Trento. Allí entre otras cartas hay una de Felipe II á su embajador, ordenándole que á trueque de que el Concilio no se turbase, cediese en todo lo que buenamente se pudiera ceder. En cuanto al calumniado embajador D. Francisco de Vargas, varón de los más sabios y virtuosos de aquella grande hornada, habría de qué hablar para largo. De él vino el refrán *averígüelo Vargas* con que Felipe II encarecía lo grave de cualquier negocio. El Concilio de Trento está pidiendo á voces una pluma española que escriba su historia.

—(Pág. 82).—*Parecía recordar las tradiciones de la primitiva disciplina de España.*—Escribe mi maestro el eruditísimo D. Vicente de la Fuente en su *Historia eclesiástica de España,* tomo II, cap. VII, párrafo LVII (segunda edición): «Aun cuando el obispo era dueño de los bienes de la Iglesia, y podía enajenar sus predios, con todo, los cánones de España no le permitían disponer sino de la tercera parte de las rentas para su decorosa subsistencia. El Concilio Tarraconense, canon VIII, después de prescribir que el obispo visite anualmente la diócesis dice: «*Quia tertia pars ex omnibus, per antiquam traditionem ut accipiatur ab Episcopis novimus statutum*». En el canon XXIV (ó VII disciplinal) de Braga se expresan las tres porciones: «*Item placuit, ut de rebus ecclesiasticis tres œquæ fiant portiones, id est, Episcopi una, alia Clericorum, tertia in recuperatione* (*reparatione*) *vel in luminariis Ecclesiæ, de qua parte, sive Archipresbiter, sive Archidiaconus, illam administrans, Episcopo faciat rationem.*» Véase también el canon II del Concilio de Braga, que repite lo mismo. En otras partes las rentas eclesiásticas se dividían en cuatro porciones, para el obispo, clero, culto y pobres (1). Mas la iglesia de España no creyó oportuno separar una parte para los pobres, sino que llevada de su innata generosidad, impuso al obispo, al clero y á la fábrica el deber de socorrerlos con arreglo al precepto *quod superest date eleemosynam.* La división en cuatro partes tenía el inconveniente de que el obispo y las iglesias se creían relevadas de dar limosnas, una vez dada la cuarta parte; lo que no sucedía en España. Por eso se suele considerar nuestra disciplina como más favorable á los pobres en esta parte».

—(Idem).—*Santo suelo.—El licenciado Vidriera.*

—(Pág. 84).—*Aquí entiendo.— Vida del Venerable Maestro Juan de Avila,* cap. I.

—(Pág. 86).—ABECEDARIO ESPIRITUAL.—De la quinta parte de este libro poseo curioso ejemplar.—Portada.—Quinta parte: del abeceda | rio espiritual de nueuo compuesta por el padre fray | Francisco de Ossuna, que es. Consuelo de pobres y auiso de ricos. No menos útil para | los frailes: que para los seglares | y aun para los predicadores. | Cuyo intento deue ser | retraer los hom | bres del amor | de las rique | zas fal- | sas y hazerlos pobres de espíritu. | M. D | xlij.

Colofón.—Á gloria y alabança de Jesuchri- | sto nuestro Dios y señor y de su

(1) Esta era la disciplina general de la Iglesia.

gloriossisima madre: haze fin la | quinta parte del libro llamado Abecedario Espiritual. | Fué Impresso en la muy noble y mas leal ciudad | de Burgos. En casa de Juan de Junta | A quinze dias del mes de Abril | Año de mil y quinientos | y quarenta y dos | años | † fué Impresso el pressente libro á costa del señor Juan de | Espinosa mercader de libros vezino de Medina del Campo.

Como muestra del estilo y confirmación del texto, que da idea también de la libertad de escribir de entónces, que frisaba con el descomedimiento, trascribo algunos pasajes. En el cap. L, del tratado I, hablando de las maneras de continencia dice: «Al segundo (escuadrón) convienen los que son continentes por industria de otros, así como los que realmente son castrados, ó son esclavos y sus señores no los permiten casar. Entran aquí todos los sacerdotes y comendadores que se hicieron continentes por haber alguna renta. Y también se juntan con estos cuantos se meten frailes y monjas por falta de dote y hacienda que requiere el buen casamiento». Y en el cap. LXII del tratado II, cargando las tintas del cuadro de modo que hoy apenas lo podemos concebir, escribe de los malos obispos: «Hay otra manera de obispos que tienen anillo y báculo y gran autoridad para comer y ataviarse con el patrimonio del Crucifijo. Estos tales mejor se llamarían obispotes; y son figurados en los obispos que hacen de los puercos en Castilla, donde ayuntan muchos pedacitos y huessos del puerco, y echan, si hay, especias y huevos, haciéndolo muy relleno de cosas diversas, para echarlo en una olla podrida, y convidar á muchos». Finalmente, véase lo que dice en el capítulo LXXXVII del tratado I, acerca de la tasa de la riqueza: «Pues no hay rico que ponga tasa en su adquirir, ni término en su hacienda, los reyes á lo menos debían hacer leyes y mandar que ningunos mercaderes ni ricos hombres tratasen mas de hasta llegar treinta mil ducados, y que, llegados aquellos, comprasen rentas y viviesen de sus rentas. Porque cuando uno llega á tener cien mil ducados, por su buen crédito fian todos dél, y llévase todas las ganancias, y los otros mercaderes no tratan sino en lo dudoso y de poca ganancia, porque compran más caro, de manera que todos los buenos lances se lleva el muy rico, y deja los huesos roídos para los que poco tienen. Ninguna ave puede cazar buena pieza cuando el águila sale á cazar, porque todo lo apaña ella, y no deja sino las cosas viles que tienen poca carne. De esta manera hace el rico mercader con los mercaderes pobres; que no les dá lugar ni les dá parte sino de las cosas donde hay poca ó ninguna ganancia. Él con su buena dita se lo quiere ganar todo, y escoger los mejores bocados; de manera que no hay quien hable delante dél, ni hay quien trate sino él, porque tiene tanto dinero que mas le quieren dar á él cualquier mercaduría por ochenta que á otro por ciento, creyendo que él no faltará, y los otros menores podrán quebrar, y no responder á su tiempo con la paga. Y acaesce que este recoge toda la mercaduría, y después revéndela á los otros al precio que le place; de manera que gana cuando compra y cuando vende. Á dos manos apaña, lo cual es doblado pecado en él, y doblado daño en la república, y por tanto no solamente Dios, más aun el rey lo había de castigar, y ponerle silencio en el mercadear. Bástele que viva de rentas y posesiones». Peligrosa es la doctrina, y sin duda que muy controvertible; pero así y todo vale mucho más que las teorías de nuestros insulsos y funestos economistas.

—(Pág. 87).—*Ejemplar precioso.*—Es realmente notable por su buena conservación. Imprimióse en Alcalá de orden de Cisneros, año 1512. La traducción es de Fray Antonio Peña.

—(Pág. 91).—*Otros españoles, y entre ellos nuestro clarísimo granatense.*—El señor Menéndez Pelayo trata de Fray Luis como retórico en su *Historia de las ideas estéticas*, del modo que él sabe hacerlo.

—(Pág. 93).—*En el libro de la* Retórica eclesiástica.—En la Biblioteca de la Universidad hay un ejemplar de la primera edición perfectamente conservado. Esta es la portada: Ecclesiasticæ | Rhetoricæ sive de Ra | tione concionandi libri sex nunc pri | mum in lucem editi | Auctore R. P. F. Ludovico Granaten. | Sacræ Theologiæ profesore, | monacho Domicano. | *Fausis mellis composita, verba, dulcedo animæ, &* | *sanitas ossium* | *Qui Sapiens est corde, appelabitur prudens, & qui* | *dulcis eloquio, maiora reperiet* | Prouerb 16 | Olysippone | Excudebat Antonius Riberius expensis | Joannis Hispani Bibliopolæ | Anno Domini | 1576 | cum privilegio.—Esta taxado á 100m con papel.

—(Idem).—*Los que predican al pueblo.—Retórica eclesiástica*, cap. II.—El texto es de la traducción castellana mandada hacer por el obispo de Barcelona D. José Climent, la cual se imprimió en 1770. La trae la *Biblioteca de autores españoles*. Es buena.

—(Pág. 94).—*¿Creerá acaso alguno...?—Retórica eclesiástica*, cap. II, párrafo III.

—(Pág. 95).—*El hombre, dice, olvidado de sí.—Retórica eclesiástica*, cap. V.

—(Pág. 97).—*Y observa bien.*—D. Alejandro Pidal y Món en su discurso de recepción en la Academia española.

—(Pág. 101).—*Perdida la celda.*—Lejos estaba de pensar, cuando escribía ésto, que bien pronto habría de ser más verdad aún. En prensa este discurso, ha derribado el Ayuntamiento el noviciado de Santa Cruz, donde Fray Luis pasó las pruebas del estado religioso. Á más de esta memoria venerable, tenía el valor de ser el monumento más antiguo de estilo ojival que aquí se conservaba. Dicen que en lo que queda (si es que al fin queda algo), se va á poner un Instituto militar. Dándolo por supuesto, porque suponer cuesta poco, ya sabemos que al convento de Santa Cruz le aguarda la suerte que á los alcázares de Toledo y Segovia.

—(Pág. 102).—*Que como dice Fray Luis de Granada.—Símbolo de la Fe*, parte primera, cap. X.

—(Pág. 103).—*Que como el alma sea sin comparación.—Guía de Pecadores*, libro primero, cap. XIX.

—(Idem).—*El sol es la criatura.—Símbolo de la Fe*, parte primera, cap. V, párrafo I.

ERRATAS MAS NOTABLES.

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
66	25	Catequesís	Catequésis
Idem	27	Exaémeron	Hexaémeron
68	8	Osuna	Osma
69	8	mism	misma
70	33	Manero	Mancio
99	24	gran dilocuencia	grandilocuencia
100	29	reverdercer	reverdecer
104	13	las	la